



De La Habana, Nueva York y Mexico a Gijón

**Cartas del emigrante Sixto Fernández
a su hermana Florentina
(1913 -1932)**

Edición y prólogo de Alfonso López Alfonso

DE LA HABANA, NUEVA YORK Y MÉXICO
A GIJÓN

MUSÉU DEL PUEBLU D'ASTURIES

ESCRITOS DE LA VIDA COTIDIANA

III

DE LA HABANA, NUEVA YORK Y MÉXICO A GIJÓN

Cartas del emigrante Sixto Fernández
a su hermana Florentina
(1913-1932)

EDICIÓN Y PRÓLOGO DE
ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

MUSÉU DEL PUEBLU D'ASTURIES

2012

Muséu del Pueblu d'Asturies
Paseo del Doctor Fleming, 877
La Güelga, 33203 Gijón /Xixón (España)
Teléfono: 34 / 985 18 29 60

museopa@gijon.es
<http://museos.gijon.es>
<http://www.redmeda.com>

© de los textos: sus autores

© de esta edición: Muséu del Pueblu d'Asturies-Fundación Municipal de Cultura,
Educación y Universidad Popular de Gijón

Diseño de cubierta y compaginación: Marina Lobo

ISBN: 978-84-96906-37-2

D.L.: As.3083-2012

Impresión: Gráficas Apel

LA VIDA LEGENDARIA DE SIXTO FERNÁNDEZ GARCÍA

«**M**i carta, que es feliz pues va a buscaros, / cuenta os dará de la memoria mía». Quizá estos versos de Ramón de Campoamor en *El tren expreso* nunca hayan sido tan literalmente verdaderos como en el caso de Sixto Fernández, un emigrante asturiano del que todo lo que sabemos lo sabemos gracias a que él lo dejó escrito en las cartas a su hermana Florentina. Aunque no están todas las que fueron, se conservan las suficientes para dar idea de los avatares de una vida en la que, como en todas, hay mucho de novela real, en este caso con final abierto. Las cartas, todas las cartas, las que hasta no hace tanto tiempo se escribían en papel y tardaban días, semanas o meses en llegar a destino y las que ahora escribimos aporreando un teclado y los destinatarios pueden leer en la pantalla de su ordenador casi al mismo tiempo que las escribimos, tienen el objeto de comunicar algo. Esto cobra especial relevancia en las de emigrantes, que son capaces de transmitir el aroma de su tiempo al volcarse en ellas esperanzas y anhelos, sonrisas y lágrimas, sentimientos y paisajes, en ocasiones expresados de manera muy gráfica y descriptiva. Cuando esta minuciosidad en la descripción existe y estamos leyendo cartas de una época que no es la nuestra, tenemos la oportunidad de ver resucitar un tiempo que pasó por la imaginación y la pluma de quien escribía como algo real y tangible, que él creyó controlar y del que creyó hablar con conocimiento de causa, pues todo estaba sucediendo allí y ahora, del mismo modo que para nosotros todo está sucediendo aquí y ahora, y el presente, bien lo sabemos, es un tiempo en fuga, inexistente, alcanzado constantemente por el pasado mientras corre fatigado hacia el futuro.

Un lector actual coge las cartas escritas por un emigrante hace casi cien años y ve ponerse en pie, hacerse huesos y carne y piel, un fragmento del pasado que recorre su imaginación mientras las lee tantos años después. Por su imaginación pasa el hombre que las escribió y todo lo que en ellas dice, y también pasa lo que no está en ellas porque no puede estar, como ese transcurrir paralelo de la conciencia que a menudo hace decir cosas distintas de las que se piensan para no preocupar a quienes se quiere. Se imagina el lector las reacciones y algunas de las respuestas de Florentina al recibir y

leer estas cartas; y también cómo se le ocurrirían a quien las escribió, pues las hay que son cuadros de costumbres o sencillamente pequeñas obras de ficción que Sixto imaginaba mientras vivía su propia novela real, en la que leía y escribía cuanto podía.

Todos, cada uno a su manera, creemos tener cierto conocimiento de lo que nos rodea, cierta idea del mundo, pero está claro que es nuestro tiempo, nuestro momento histórico, el que se nos impone y que del mundo apenas tenemos una idea fragmentaria y víctima de nuestros prejuicios. Sin embargo, mientras creemos estar al mando cada uno de nosotros juega a ser su propio Napoleón, y en espera del huracán de la Historia, que no deja títere con cabeza y nos barre a casi todos poniéndonos a orear de cara al agujero negro del olvido, vamos capeando el temporal y desparramando retazos de nuestra existencia por aquí y por allá, a ver si hay suerte y algo se salva del naufragio. Todo lo que queda hoy de Sixto Fernández es un puñado de cartas y tarjetas postales. Una vida plagada de luchas y trabajos, de viajes, queda reducida a unos cuantos trozos de papel amarillento y quebradizo, pero consolémonos, porque de otros que compartieron con él vida y destino ni siquiera queda eso. Y de nosotros, de ti y de mí, querido lector, ya se verá. Puede que nosotros tengamos la misma suerte que Sixto, o puede que no. En cualquier caso, para que la tengamos, como para que la tuviera Sixto, es importante ser conscientes del papel que desempeñan algunas instituciones públicas como conservadoras de nuestra historia y nuestra memoria. En la azarosa historia de las cartas de Sixto se tropieza pronto con el Muséu del Pueblu d'Asturies, quien en este caso, como en tantos otros que atañen a la memoria colectiva asturiana, se encargó de adquirir, conservar y estudiar esta correspondencia. Las cartas son un material frágil, voluble, propicio a revolotear, traspapelarse, quemarse o perderse. Las de emigrantes, como es el caso, están muchas veces repletas de sueños, pero no solo eso, por el poco cuidado que en general hemos tenido con ellas —en cada casa asturiana hubo algún emigrante, y casi todos escribirían alguna carta— parecen hechas del mismo material que los sueños, tan evanescentes como el mismísimo halcón maltés. Deberíamos tener muchas, porque forman parte de lo que fuimos y porque ayudan a entender un mundo ya distante y extinto, pero sin el cual no tendría sentido el mundo en que vivimos. Deberíamos tener muchas, pero tenemos pocas. La historia de por qué podemos hoy tener entre las manos una parte de las que escribió Sixto Fernández García es tan fortuita e ilustrativa que merece reseñarse: Javier Canteli Loredo, de Gijón, conocía al dueño de la inmobiliaria que vendía una casa en la calle

Covadonga de la misma ciudad, le pidió permiso para entrar en la casa y allí, en los cajones de una cómoda, dio con las cartas, adquiridas luego por el Muséu del Pueblu d'Asturies a Javier. No mucho después de sacar las cartas, derribaron la casa. A estas, qué duda cabe, una mezcla de azar y buen hacer vino a salvarlas, otras, tantas y tantas otras, en cambio, no tuvieron la misma suerte.

A las cartas de muchos emigrantes les sucede como a los héroes legendarios, con un poco de manga ancha hay una serie de abstracciones genéricas que se pueden hacer sobre ellas para igualarlas. Cada emigrante pasaba más o menos por las mismas circunstancias: apenas un adolescente salía de su casa en dirección al puerto más cercano, se retrataba antes de coger el barco, escuchaba algunos consejos de su padre — «te vas, mira por ti, cuida la salud, sé honrado, obediente y bueno, que eso te ayudará en todas partes, y mira que un hombre sin dinero no es nada»—, pasaban los oportunos mareos en el barco, malcomían durante quince o más días, llegaban a destino y allá, en La Habana o en Buenos Aires o en otro cualquiera de los destinos habituales, si había suerte siempre esperaba alguien, un hermano, un tío, un primo, un vecino, alguien; si había suerte y algo de dinero, si no a algún centro de internamiento como Tricornia (La Habana) —hecho a semejanza de Ellis Island (Nueva York)— o a buscárselas como buenamente pudieran; luego venía la angustia de encontrar colocación, y cuando la conseguían el durísimo trabajo por poco más que alojamiento, ropa y comida en espera de una oportunidad de prosperar, de ser alguien en la vida; una oportunidad que la mayoría de las veces no llegaba. Hay una serie de circunstancias que igualan las correspondencias de emigrantes, y si cogemos *Asturias que perdimos no nos pierdas: Cartas de emigrantes asturianos en América (1863-1936)*, el detallado estudio de Laura Martínez Martín editado por el Muséu del Pueblu d'Asturies, nos damos cuenta de que las cartas que se conservan de Sixto Fernández se ajustan casi punto por punto a los bloques temáticos en los que ella divide los epistolarios que contiene el libro: la salida del hogar, la búsqueda de un futuro mejor, la preocupación por la salud y el amor, los problemas familiares, las redes de ayuda mutua desarrolladas por los emigrantes, la narración del día a día envuelto en acontecimientos que entonces eran cotidianos y ha convertido el tiempo en históricos, e incluso la nostalgia del regreso, todo está en las cartas que Sixto le envió a su hermana Florentina. Constituye por tanto esta correspondencia una ejemplificación perfecta del emigrante asturiano medio anterior a 1936. En este sentido, quien las escribe es un arquetipo, pero estas cartas no interesan únicamente

por eso, interesan tanto o más por lo que tienen de anecdóticas, por lo que enseñan de la novela que fue la vida de Sixto Fernández García, un emigrante más, pero también un hombre único, con una trayectoria única, con una particular manera de entender el mundo, con unas esperanzas y unos sueños propios, con unas experiencias intransferibles. Un hombre que fue dando alegremente cuenta de la epopeya que llevaba a cuestas en las cartas que le escribía a su querida hermana Florentina. Los héroes legendarios a los que más acostumbrados estamos tienen nombres como Aquiles, Ulises, Eneas o Agamenón, ¿puede un héroe llamarse Sixto y apellidarse Fernández y García? Hombre, no lo parece. Pero se ha dicho muchas veces que son los héroes y los poetas quienes empiezan todas las guerras, y son los Sixtos que en el mundo ha habido y seguirá habiendo quienes tienen que soportarlas, así que a su manera ansiosa y gris, pero no por ello, como comprobará el lector, menos interesante, quizá también Sixto fue un héroe, claro que un héroe cotidiano, de los que luchan por la supervivencia, y de los que creían en el progreso, porque la idea de progreso, heredada de la Ilustración, todavía tenía algún sentido en su mundo.

Sixto Fernández García nació en Gijón en 1896 y su familia era originaria del concejo de Muros del Nalón —hasta 1916 Muros de Pravia—. Nada sabemos del padre, y de la madre únicamente que muere hacia 1906, cuando Sixto contaba diez años. Tiene dos hermanos mayores —Serafín y José— y una hermana —Florentina—. Pasa buena parte de la niñez y toda la adolescencia bajo los cuidados de su hermana Florentina, con el apoyo de José, que trabaja en una fábrica; su hermano Serafín emigra pronto a Cuba y, tras realizar unos estudios de comercio, Sixto le sigue en febrero de 1913. Tiene entonces 17 años y desde el mismo momento en que deja el hogar comienza su correspondencia con Florentina, que abarca hasta 1932. Casi veinte años de cartas que van yendo a menos hasta interrumpirse del todo, dejándonos en ascuas y con el gusanillo de la intriga metido en el cuerpo. En total se conservan en el archivo del museo, entre cartas y tarjetas postales, 81 piezas (una de ellas dirigida a José). Muy abundantes entre 1913 y 1917, bastante constantes entre 1917 y 1921, y muy escasas a partir de ese año, no se conservan todas las que envió, pero las que hay valen un pico y entretienen un rato. En ellas vemos, además de la evolución psicológica de quien las escribe, el cambiante decorado de la Historia: la I Guerra Mundial vivida desde un país alejado de los campos de batalla y en el que, tras las primeras restricciones en el abastecimiento, influirá positivamente dinamizando su economía; las consecuencias de la revolución en México, a donde se traslada

su hermano Serafín a finales de 1915 y donde encontramos al propio Sixto a partir de 1921; la huelga asturiana de 1917 vista desde la distancia; Nueva York, aquella ciudad automática de la que habló Julio Camba, con sus rasca-cielos y su imponente metro, pero también con sus playas y los pueblecitos del campo, alejados de la gran metrópoli; y por último alguna referencia a la Dictadura de Primo de Rivera y la II República.

La primera carta desde La Habana lleva fecha del 7 de marzo de 1913 y en ella rememora su paso por La Coruña: «Salté a tierra con Avelino y visité la población, la cual me gustó mucho, no por los edificios, puesto que sus balcones son formando galerías, sino porque hay muchas jóvenes bonitas, pero el modo de pronunciar las echa a perder esta gracia» [n.º 2, La Habana], le dice a su hermana haciendo gala de un prejuicio lingüístico que formaba parte de la mentalidad del momento. Prejuicio que utilizará inconscientemente al tratar su propia lengua, pues cuando quiere divertir a su hermana o cuando trata algún tema jocoso lo hace en asturiano, y aun en los casos que no es así, cuando utiliza el asturiano se aprecia un retintín gracioso, lo que revela, contradictoriamente, orgullo por la tierra de procedencia, complicidad familiar, sabor a *tierrina* y también cierto complejo de inferioridad por su lengua, muy frecuente entre los asturianos de entonces y de mucho después. En La Habana, como queda patente en alguna de sus cartas, se aficionará Sixto a leer la revista *Asturias* (1913-1921). Esta revista era un órgano de vinculación de los emigrantes con la tierra de procedencia. Boletín informativo, tenía noticias de todos o casi todos los concejos de Asturias, e incluía además una extensa nómina de escritores que colaboraban con ella, entre los que se encontraban José Díaz Fernández, Alfonso Camín o María Luisa Castellanos. De estos colaboradores algunos escribían en asturiano, como Emilio Robles Muñiz, más conocido como *Pachín de Melás*, o Fabriciano González García, *Fabricio*, y no cabe duda de que el costumbrismo y los temas populares y festivos que eran propios de algunos de ellos influyeron poderosamente en Sixto.

La Cuba a la que llegó Sixto había dejado de ser española en 1898 y desde entonces vivía bajo la tutela, unas veces por intervención directamente militar, otras solo comercial, de unos Estados Unidos que estaban dando patente de corso a su Destino Manifiesto. Para cuando desembarca, el mandato del primer presidente de la república, Tomás Estrada Palma, había quedado atrás y estaba a punto de terminar el del segundo, José Miguel Gómez, marcado por la corrupción, los conflictos de origen racial derivados de la marginación de los negros y la intervención norteamericana. A

Gómez le sucedió el conservador Mario García Menocal (1913-1921), que ocupó el poder durante el resto del tiempo que Sixto pasó en Cuba, y cuyo mandato, a pesar de la poco disimulada corrupción (aprobó la primera ley de divorcio que tuvo el país para que pudiera utilizarla su hermano), será favorecido económicamente por la coyuntura internacional que propició la I Guerra Mundial.

De las vicisitudes del viaje le cuenta Sixto a Florentina las dos comidas al día, el asco que le producía tener que bajar al sótano del barco en el que dormía —un espacio reducido que compartía con 45 personas más— y otros pormenores. De sus primeros pasos en la isla también nos enteramos por estas cartas: su hermano Serafín lo está esperando cuando llega, pasa un día con él y lo deja en una casa a la espera de encontrar colocación. Durante este tiempo, movido por la añoranza del hogar, le escribe largas cartas a su hermana, y después de más de dos años en Cuba, debido a la insistencia de Florentina por trasladarse también allí, le explica su situación con más madurez, detalle y las notas de humor habituales en él para relajar la impaciencia y levantarle el ánimo:

Tu sabes bien que yo soy dependiente de una tienda de ropa, camino que puede abrir mañana a un porvenir; que en esta el dependiente come y duerme por la casa, causa esta que impide crear y mantener un hogar; yo entré en la casa de muchacho; tenía mi carrera, mas sin fruto positivo; tenía mucha ilusión; venía de mucha bota de charol y mucho pantalón de campana: un figurín; creí que esto era Jauja, no me apuraba en buscar colocación; yo esperaba una carpeta, pasaba un mes, luego dos y tres e iba a entrar en el 4º; comenzaba a inquietarme; parecíame que no era la cosa para juego, que había que moverse, pero yo era un inocente, no conocía la vida [...]; me sobrecogía el temor de estar paseando tres meses sin encontrar nada; comencé a buscar, dominé mi ambición [...]. Llegó el día 19 de Junio de 1913; era sábado (cómo tengo presente la fecha); me dieron la noticia de que si quería entrar de muchacho en la tienda de ropa; al principio titubeé, mas tuve fuerzas de ánimo [...]. Fui a donde estaba el dueño de la casa, me entrevisté con él y para el lunes siguiente quedé en ir a trabajar.

Llegó el lunes, me presenté en la casa y comenzó la función: el debut lleno de éxito hizo delirar a las damas engasadas (léase mesetas de tela); el público entusiasmado (léase polvo) afluía por los palcos (léase puertas); el actor que representaba el principal papel (un servidor) acompañado del galán joven de la compañía (léase plumero) rogó al público (polvo) que no le hiciera

dar más notas agudas (léase brazos cansados). Al fin atendió mis súplicas y cesaron los aplausos (ráfagas de viento) [n.º 40, La Habana, 4-11-1915].

«Recibí tu carta amante / llena de tristes pesares / pronto escribo, al instante / estos versos bien vulgares» [n.º 50, La Habana, 16-11-1916], comienza un poema que Sixto le envía a Florentina. En el muchacho que se va a La Habana se aprecian una educación bastante alta para la época y cierta tendencia a la pedantería más o menos literaria, lo que unido a una especie de sublimación edípica que tiene por objeto a su hermana lo hace aparecer a menudo como un joven envaradito y pesadito, capaz de caer en ciertas cursilerías. En buena medida, muchas de estas cartas, como todas las cartas de amor, tienen algo de ridículas, aunque más ridículo, diría Fernando Pessoa, es quien nunca ha escrito ninguna:

¡Qué hermosa estás! Te estoy viendo y me parece un sueño, sueño de poeta que ve entre las obscuridades de la noche aparecer sublime, gallarda y encantadora, la mujer en que inspirar su musa y que tantos desvelos y desasosiegos ha pasado por llegar a encontrarla. Te estoy viendo —repito— en el transcurso de estas líneas y mi mente se llena de gratísimos recuerdos como los guardan los héroes que vienen de campaña, que dejan la tierra donde han realizado sus imborrables hazañas pero que su recuerdo está perenne en aquellos hechos heroicos que le han dado nombre y fama [n.º 16, La Habana, 28-12-1913].

Pero no son los pasajes más intensamente ñoños, esos que a cualquiera sonrojarían si le leyeran en voz alta lo escrito en la adolescencia, los que tienen importancia para el lector actual, sino aquellos otros en los que pormenoriza su día a día, a veces echando mano de su agradable sentido del humor, su capacidad para observar los detalles del entorno y sus influencias literarias, capaces de convertir una carta en un cuadro teatral que se mueve entre los hermanos Quintero y Carlos Arniches, como la del 13 de febrero de 1914, en la que refiere sus diálogos tras el mostrador con cuatro tipos de clientas estándar; o la del 5 de abril del mismo año, en la que le reproduce el diálogo entre un matrimonio de desigual edad —ella joven, él casi anciano— con innegable influencia de las novelas románticas y algo sicalípticas del momento, a la manera de Eduardo Zamacois, Alberto Insúa o Felipe Trigo. Su interés por el estudio, los libros y la lectura, constante en estas cartas, desembocará en la escritura, pues Sixto termina por escribir crónicas de fútbol en algunos

periódicos cubanos, entre ellos el importante *Diario de la Marina* —«Mándote también el último escrito mío que mandé al *Diario la Marina*, el mejor pediórico de la isla», le dirá en alguna ocasión—. El 2 de noviembre de 1916 le cuenta con entusiasmo a Florentina sus progresos en estos asuntos:

No te intranquilices por mí, pues nunca disfruté de mejor salud que ahora. Soy cronista de *foot-ball* de un importante diario de esta capital llamado *La Nación*, adjunto con esta te envío algunas de mis crónicas que firmo con el nombre de Trebús, para que no me conozcan. Supongo que no te parecerá mal esto, pues el hombre que aspira a ser algo, como te decía en una de mis cartas, además de ambicionar el vil metal, debe educarse en la sana lectura de los libros y trasladarla al papel para demostrar que sus estudios no son estériles [n.º 49, La Habana].

Pero estas ocupaciones, a juzgar por la carta del 18 de julio de 1917, debieron costarle alguna reprimenda de su hermana, más interesada en que ganara de forma rápida el dinero necesario para adquirir independencia y llevarla lo antes posible con él, de modo que se ve forzado a darle explicaciones:

Luego viene la LITERATURA. ¿Pero te has creído que me paso todo el día leyendo? ¡Ay!, pues por lo que leo te has figurado que ni como, ni bebo, ni trabajo, pues no, no es así. Por las noches, de siete a diez, cuando estoy de guardia, en vez de estar mirando cómo corren las estrellas o como cruzan veloces los automóviles me las paso leyendo no solo a Víctor Hugo, el padre de la literatura francesa, y a otros autores de más baja calaña, antepasados. No, también leo del gran españolista Ricardo León, del popular Armando Palacio Valdés, A. Pérez Lugín, Pérez Galdós, el abuelo de los autores contemporáneos, del gran psicólogo Benavente, etc., y de ilustres autores extranjeros [n.º 55, La Habana].

Si hay una constante en la vida de Sixto, además del inquebrantable amor a su hermana, algo apaciguado por el tiempo, la distancia y las volteretas que le da la vida, es la pasión por la escritura. Cuando en 1932 le perdemos la pista en México, ya muerto Serafín y él heredero del negocio que su hermano había fundado en aquel país, todavía sigue escribiendo: «Te sorprenderán estas cosas —le dice a Florentina— ya que nunca te mando artículos que escribo en periódicos y revistas. *Na neña, que toy fechu un Castelar*» [n.º 81, México, D.F., 27-6-1932].

En enero de 1918 le anuncia que ha encontrado un nuevo empleo como comercial de una empresa norteamericana, que lo llevará al año siguiente a Nueva York y Wilton, un pequeño pueblo del estado de Connecticut, para formarse y aprender inglés: «De New York he de decirte que es una ciudad sencillamente admirable, y las americanas, unas mujeres ideales; me gustan bastante más que las cubanas» [n.º 66, Nueva York, 24-6-1919]. Vuelve a La Habana y para mayo de 1920 está de nuevo en Nueva York, pero en medio sucedió algo que dio un vuelco a su vida: en enero de 1920 informa a Florentina de la suerte que ha tenido Serafín al sacar un importante premio en la lotería mexicana. Como consecuencia, en marzo de 1921, Sixto se ha trasladado a México, D.F.: «Yo sigo encantado de esta bonitísima ciudad de los palacios. Diversiones donde regocijar el alma nunca faltan» [n.º 76, Ciudad de México, 14-3-1921]; a partir de entonces las cartas escasean. ¿Qué sucedió con la fortuna? ¿Cómo se disipó? Durante estos años, Serafín primero, hasta su muerte en 1926, y Sixto después, le envían cantidades periódicas de dinero a Florentina, pero Sixto dejará de hacerlo por un tiempo, y tan avergonzado se sentía de no poder cumplir el compromiso con su hermana que no contestaba a sus cartas. La muerte de Serafín lo había hundido en una depresión que lo llevó a descuidar el negocio y endeudarse hasta el punto de no poder enviarle nada, pero pronto hará todo lo posible por encarrilarse de nuevo. En esta situación lo dejamos el 27 de junio de 1932, inmerso en el abismo de unos tiempos económicamente tan apocalípticos o más que los actuales: «Mis negocios, aunque no van bien, tampoco van mal. Me voy defendiendo con dificultades, pues has de comprender que la gran crisis que azota al mundo entero, por lógica, tiene también que repercutir en este país» [n.º 81, México, D.F.]. ¿Qué sería de Sixto, qué de Florentina? Nada sabemos más allá de estas cartas, válidas como testimonio biográfico y no menos válidas como documento histórico. La novela real de nuestro héroe, querido lector, ha llegado a su fin, y qué mejor broche para terminar que estos versos de Sixto escritos con amante devoción a su hermana Florentina: «Doy final a esta carta / que con ternura te escribo / pues quiero que pronto parta / para su puntual recibo» [n.º 60, La Habana, 4-12-1917].

ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

NOTA A LA EDICIÓN

Las cartas de Sixto Fernández García que contiene esta edición son copia de los originales que se encuentran en el Muséu del Pueblu d'Asturies. Se publican atendiendo a un orden cronológico, pero un lapsus del autor le hizo fechar el 8 de febrero de 1913 una carta que sin duda es posterior —probablemente del 8 de febrero de 1915—, de manera que una vez recolocada aparece aquí con el número 34. He puesto entre corchetes 1915, el año en que me parece más probable que fuera escrita. Asimismo, las tarjetas postales encabezadas con los números 33 y 74 no están fechadas, y aunque contienen tan poca información que no afectan al conjunto he tratado de colocarlas lo más aproximadamente posible.

A estas cartas se les ha regularizado la puntuación y corregido la ortografía con el fin de facilitar la comprensión al lector. Se han mantenido, sin embargo, las peculiaridades léxicas y estilísticas del autor, aun en los casos en que no parece tener muy claro el significado exacto de algunas palabras. Se han mantenido también tal como él las enuncia, sabiendo que no son literales, algunas citas que hace de cantares, poemas y zarzuelas.

En el caso de las cartas escritas en asturiano se les ha regularizado únicamente la puntuación, respetando enteramente su ortografía, marcadamente fonética. Pongo en cursivas algunas palabras extrañas y también las extranjeras y las asturianas, aunque estas últimas únicamente cuando se trata de casos aislados en medio del castellano, y no cuando conviven con éste de igual a igual o dan lugar a un texto en asturiano

Añado entre corchetes las palabras que me parece Sixto pudo omitir por despiste y las que creo más adecuadas por el contexto en los casos en los que el original no ha resultado claramente legible. En los casos en que faltan palabras o fragmentos o han resultado ilegibles lo he señalado con puntos suspensivos entre corchetes.

Quiero agradecer a José Havel la supervisión minuciosa de las cartas y la paciencia por el acoso constante al que lo sometí con mis preguntas y requerimientos; a Juaco López Álvarez sus siempre juiciosas precisiones; y a Sonia Gayo y al resto del personal del Muséu del Pueblu d'Asturies la transcripción de las cartas, su buena disposición y su exquisita profesionalidad.

CARTAS

I

La Coruña, 21 de febrero de 1913

Queridísima hermana:

He llegado sin novedad a La Coruña con un viaje felicísimo. Estoy muy contento, porque va conmigo Avelino y pasé todo el día con él y nos tratan muy bien. Muchos recuerdos a todos, especialmente a José, y tú recibe un abrazo muy fuerte de tu hermano, que siempre está pensando en ti,

Sixto.

2

Habana, 7 de marzo de 1913
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Me alegraré si al recibo de esta te encuentras bien de salud; yo bien, a Dios gracias. He llegado sin novedad a esta después de un viaje de cerca de catorce días, con que con esto comprenderás lo malo de la travesía, sobre todo los seis primeros días después de salir de La Coruña. Figúrate si estaría malo, que en ese tiempo no comí nada a causa del mareo, pues era cosa de que me pusiera a comer algo y lo volvía otra vez, siéndome de todo punto imposible comer. Temporal como el que pasamos no se recuerdan otro los pasajeros, pues del balanceo que había casi tocaba la cubierta en el agua, conque así que echamos, como dicen mucho, hasta lo que comimos en 1905. No solamente era el mareo, sino que no se podía dormir a causa del ruido de la hélice, pues esta continuamente estaba en el aire. Y todo lo contrario de esto sucedió en el resto del viaje, pues el buque no se movía;

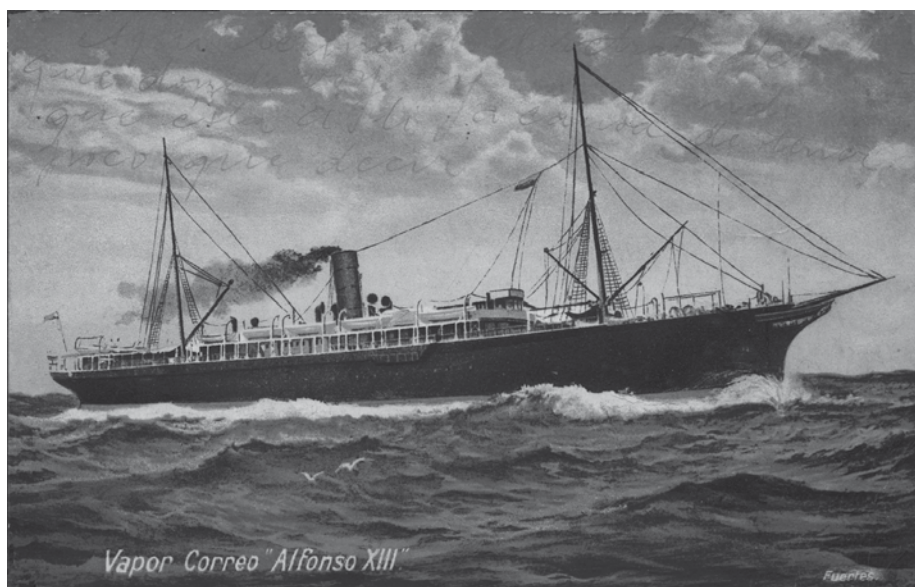
estaba la mar como una balsa de aceite y, no obstante esto, había mujeres que, desde que embarcaron hasta el día del desembarco, no salieron de su camarote. Así que parece que el viaje quiso instruirnos algo dándonos a conocer lo bueno y lo malo.

Después de que te escribí desde a bordo, cuando estaba el buque en La Coruña, salté a tierra con Avelino y visité la población, la cual me gustó mucho no por los edificios, puesto que sus balcones son formando galerías, sino porque hay muchas jóvenes bonitas, pero el modo de pronunciar las echa a perder esta gracia; y, como te dije, la visitamos toda, pues, habiendo desembarcado a las diez, nos dio sobrado tiempo. Es esta misma población bastante atrasada, pues no hay, como en Gijón, tranvías eléctricos, y sus muelles no pueden comparársele con los de esa: este es más feo y las grúas que empleamos para la carga y descarga son fijas y, además, son peores que las que se emplean en esta para levantar los pinos. La playa es pésima, toda llena de rocas y no tiene cien metros de larga. Lo único que me gustó de la población son sus calles que son muy anchas.

Fue Serafín a esperarme y hacía tres días que estaba en esta y, por lo tanto, no estuvo conmigo más que el día que desembarqué, marchándose al día siguiente. Le hablé de eso y dijo que le gustaba mucho la decisión, pero que no debías de venir tan pronto, porque ahora él parece que marcha mejor y quisiera a ver si te podíamos mandar algo tardando un poco más de tiempo; pero yo le dije que querías venir cuanto antes mejor, y él me dijo que veríamos a ver, porque no ibas a venir de cualquier modo. Le hablé también de que tu gusto era ir a New York, y dijo que mejor sería en La Habana, que pagan mejor y que yo, en cuanto aprenda el inglés, venir para esta otra vez. No te escribo más por no hacer interminable la carta. Únicamente te diré que me hospedo en casa de don Marcelino y que como y duermo en ella, así que tardaré algo más en marcharme. Cuando te escriba otra vez, te daré más detalles.

Muchos recuerdos a los tíos, tía, primos, primas, Belarmina, Aurora, Carmen, Palmira, José, Maura; un beso a Juan y otro a Rodrigo, pero que se los des de mi parte, y tú recibe un abrazo muy fuerte de tu hermano, que siempre se acuerda de ti y tus obras,

Sixto.



Vapor correo Alfonso XIII. Tarjeta postal enviada por Sixto Fernández a su hermana Florentina, La Coruña, 21 de febrero de 1913.

Habana, 12 de marzo de 1913
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Me alegraré si al recibo de esta te encuentras bien de salud; yo bien, a Dios gracias. Como ya te dije en la anterior carta respecto de mi viaje, voy a darte más noticias referentes al mismo.

No hacíamos más que dos comidas a bordo: una el almuerzo, que era a las diez, y otra la comida, que era a las cinco. Conque figúrate qué ganas de comer no tendría a esas horas, puesto que de desayuno nos daban una tacita de café puro o té, pues no nos daban ni leche ni chocolate, y el que lo quería tenía que lo comprar, costándonos el chocolate 0,50 y eso que debía ser de lo que venden en esa a 0,05 pesetas onza. Las comidas no eran del todo malas, pues nos servían tres platos por cada una, que yo quisiera más un plato de habas que los antes mencionados. Lo único que me gustaban eran las patatas fritas con bistecs, y los postres, si me descuidaba un poco, me quedaba sin ellos. Los platos que nos servían casi todos los días eran sopa de fideos, bacalao de todas clases, potaje bien malo y bistecs con patatas y, alguna que otra vez, pescado.

Del dormitorio, todo cuanto te diga es poco, porque con decirte que en una habitación que no será tan grande como el tu comedor dormíamos 45 personas; una habitación sin ventilación, pues dos ventanillas que tenía el camarote permanecían cerradas a causa del fuerte temporal; así que aquello era insano, pues aun cuando ya teníamos buen tiempo no nos dejaron poner los ventiladores. Las literas no eran del todo malas, pero tenían el inconveniente de que cuando balanceaba el barco podía uno caer.

Como te dije ya en la carta anterior que no comí en seis días seguidos, no fue solamente la causa del mareo sino la de un pasillo que hay que pasar para ir al comedor y dormitorio; pues olía tan mal que yo le cogí tanto asco que siempre que pasaba por allí me daban vómitos, así que desde que me levantaba hasta que me acostaba no bajaba abajo. Esto era debido a la poca ventilación y limpieza.

Respecto a la comida que yo llevaba fue muy poquísima, por la razón antes dicha y a causa de que a bordo no se podía comprar nada porque estaba

malo. Así que por el viaje me pesaba no haber llevado chorizos y conservas, porque eso de que se pierde es falso.

Yo, como ya te dije, estoy en casa de González y Suárez, antes de don Marcelino, y creo que como por cuenta de la casa. Estuve en casa de Carmen y está muy requetebuena, mejor que cuando estaba en esa. Según me dijo, no sabe si irá a esa este verano, depende de cómo se le arreglen las cosas, pues ella estaba empleada en el gobierno, ganando un buen sueldo, pero debido a que subieron los conservadores al poder las dejaron cesantes. Pero cree que se empleará en otra oficina ganando un buen sueldo. Esto es por la mañana, que por la tarde está empleada en una sombrerería.

Le hablé de ti, respecto de tu venida, y me dijo que hacías muy bien, pues aquí la mujer gana mucho más que si fueras a New York, pues podrías coser tú sola y ganar bastante; pues aquí una cualquiera se gana un peso, conque tú, sabiendo lo que sabes y perfeccionándote un poco más, puedes ganar un sueldo superior. Así que yo estoy para desistir de marcharme para New York con tal de poder encontrar una colocación regular para mandarte a llamar, cuanto antes mejor, y aprenderlo yo solo, poco a poco.

Yo me encuentro muy bien aquí y estoy contentísimo, únicamente me faltas tú para completar mi felicidad. Aquí la vida está más arreglada que ahí, pues por 17 o 18 duros come uno como un marqués; únicamente las habitaciones son las más caras.

Te mando también unas postales con vistas de La Habana.

Le dices a José que le escribiré otro día; y a tío Eulogio, que en cuanto sepa así algunas noticias le escribiré. Muchos recuerdos a mis tíos Juan Antonio, Eulogio, Joaquín, a mi tía Victorina, a mis primas Consuelo Perfectina, Hortensia y demás primos; a José, Aurora, Carmen, Palmira, Belarmina, Ramón, Severino y demás amigos; y tú recibe un abrazo muy fuerte de tu hermano, que te quiere muchísimo,

Sixto.

P. D.: Quisiera que les dijeras a Fernanda, Lolita y Brígida que me dispensen de no haber ido a despedirme por sus casas, que fue que se me olvidó.

Hasta el día 8 no me he enterado de la catástrofe del Musel y quisiera que guardases los periódicos que la traigan, para enviármelos.

Habana, 15 de marzo de 1913
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Me alegraré si al recibo de la presente sigues disfrutando de una perfecta salud; la mía, buena, a Dios gracias. Como te había dicho en mi anterior, seguiré describiéndote mi vida (nada de interesante después del fraternal abrazo de separación).

No te narraré mi incursión por los mares a bordo del viejo trasatlántico, porque sería una historia demasiado larga y poco interesante, únicamente los rostros pálidos, languidecientes y fehacientes, en los cuales las huellas del mareo se destacaban en sus fisonomías (o nuestras fisonomías), es todo a lo que me puedo referir. Sus figuras gallardas y resueltas, como los Césares, se veían en aquel largo viaje encorvadas y taciturnas. La alegría que en otros momentos reinaba en sus ojos permanecía oculta; la sustituía la pesadilla.

¡Y las mujeres!, el vaivén del barco las movía en la dirección de los cuatro puntos cardinales. Sus esbeltas figuras y donaire, como las Caucasianas, las envolvían grandes capas y vaporosos chales; el fuego amoroso de sus ojos, junto con las sonrosadas mejillas, ya no existían; sus ambicionados labios de carmín permanecían inertes; el frío hacía crujir sus finos y blancos dientes, como si témpanos de hielo formaran la cubierta. Algunas veces paseaban su triste aspecto por los anchurosos corredores, acompañadas de sus maridos (no todas), y en uno de estos paseos, pude oír la conversación amena que sostenía una pareja, la cual te describiré porque quedó impresa en mi memoria debido a la clase de personajes que la componían.

Él era bastante viejo, aparentaba tener sus cincuenta y pico de años, bajo y grueso, la fisonomía de su rostro aparentaba tener carácter brusco; un espeso bigote adornaba su triste figura. Ella, una mujer joven, en el esplendor de sus días en la que el barco no había causado mucho daño, alta, hermosa, su recogido pelo alegraba bastante su faz, que tantas cuantas veces la veía me acordaba de la noble Ligia, no tenía ni un defecto. Sus manos largas y afiladas y su pie chiquito le daban aire aristocrático; sus labios de púrpura, mezclados con el negro de sus ojos, formaban en su alrededor una aureola de amor embriagador.

Mas te he dicho antes que no tenía ningún defecto y me rectifico de lo dicho. Tenía uno, muy grande, por cierto: el de haberse casado con un viejo, rico y achacoso; su continua tos, me ahogaba a mí más que a él viendo que un tesoro lleno de vida se deshojaba en manos de un hombre que el peso de sus años y su bebida (lo he visto beber mucho) le hacían incapaz para darle grandeza y vigor. Me daba pena verlos. Tal parecía que los hermanos Quintero habían ideado sus celebrados versos de amores y amoríos tomando por modelo dos personajes como de los que te estoy mencionando, sobre todo aquella parte que dice:

¿Por qué te fuiste tan pura
de otra vida a la ventura
o al dolor?

Te seguiré con la narración en la carta siguiente, pues ya es tarde y como todavía falta mucho, reparto la dosis de la lata en varias veces, pues es el modo de tener de qué hablarte en todas las cartas; algo antiguo que es nuevo.

Yo sigo como siempre, tan GUAPETÓN, lleno de vida y alegría. La vida para mí es un sueño largo y confuso que no se puede describir. Un sueño extraño: por el día sueño con los ojos abiertos; por las noches sueño que se eleva el alma y me deja sin vida para comunicarse con los espíritus. Despierto y me parece un nuevo día muy distinto al anterior y, sin embargo, como dijo Bécquer, el poeta de los poetas:

Hoy como ayer, mañana como hoy,
¡y siempre igual!
Un cielo gris, un horizonte eterno
y andar... andar.

Con recuerdo a tíos y tías, primos y primas, amigos y amigas; a José un abrazo y tú recibe muchos de este tierno hermano, que te quiere con delirio y abrazarte desea,

Sixto.

Habana, 22 de marzo de 1913
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Me alegraré infinito si al recibo de la presente sigues disfrutando de una perfecta salud; la mía, bien, a Dios gracias. Ayer he recibido tu carta, como también los periódicos y coplas que me mandaste. Te diré que he recibido entrambas cosas por los asuntos de que trataban.

Con los periódicos me han convencido que los carnavales han estado malos, lo cual lamento mucho, pues ya que no los disfruto yo, que los disfrute esa juventud bullanguera, que con sus burlescos disfraces desprenden por sus bocas improperios seguidos de sarcásticas risas para hacer mayor su lenguaje y que, como es natural, disfruta ridiculizando a su contrario.

Carnaval, ¡qué loco eres!, tus máscaras y carrozas, tal parece que desafías al mundo real, para convertirlo en uno ficticio lleno de incomprensibles en que a los seres les oculta ese disfraz impropio de las personas cultas, en que el enemigo echa por su boca los rencores que en el año tiene guardados y que, con un «¿no me conoces?», provoca la ira de su blanco.

Y sin embargo, no obstante ser tan contrario al materialismo actual, todos lo ansiamos y lo esperamos, como los profetas esperaban la venida del Mesías, con tan ardor y cariño que tal parece que no vivimos verdaderamente en el mundo más que esos tres días en que el cruce de serpentinas a los multicolores papelillos se suceden alternativamente, separándose de nuestras mentes en ese corto lapso de tiempo los sinsabores y abstenciones a que estamos sujetos los mortales.

Yo, más te podría decir sobre el carnaval y sus delicias, pero no quiero meterme en profundidades para no salir mal parado. Los carnavales en esta se reducen a combates de confeti y serpentinas en el malecón, o sea, el paseo predilecto de esta bella capital americana. Los mascarones con sus roídos disfraces en que la estética parece estar reñida con el carnaval no se ven por las calles. Las alegres estudiantinas, única nota verdaderamente sobresaliente con sus alegres pasacalles, tampoco circulan por estas angostas calles. Las carrozas que conducen a los grandilocuentes oradores con sus ridículas palabras tampoco existen. Únicamente los adornados carruajes con sus

ocupantes disfrazadas es lo que se ve. Es grandioso ver ese desfile de automóviles en los que las alegres automovilistas van vestidas por igual, con un derroche de gusto y elegancia que más que cubanas parecen gitanas venidas expresamente de Andalucía a exhibirse a esta ciudad.

Hoy es en esta el último domingo de carnaval, por lo cual el alcalde de La Habana ha permitido que se puedan tirar huevos de harina. Es un espectáculo en extremo alegre de irritante, porque figúrate que le den a uno llevando un traje de los tres de la frase, y con el día de lluvia que está hoy, lo echan a perder.

Yo, cada vez tengo más amor a los libros; paso los días estudiando como si el porvenir estribara en ello. Unos días estudio historia; otros, inglés; y así sucesivamente, con decirte que estudio hasta la poesía, y te hice unos versos que guardo. No te pondré en esta más que un fragmento que dice:

Y por eso, de esa unión
de las flores con la tina
se elevó Flor-en-tina
en un trono de expansión.

Ya ves, hay que entretener la mollera en algo, que si al principio son malas, luego serán mejor. El sabio empezó por no saber nada.

Esta tarde, como estaba de guardia, estuve revisando unas crónicas de *Asturias* y con gran respeto y admiración he visto la figura del nunca bien llorado Severino (q. e. p. d.) destacarse en un banquete, cuya fotografía adjunta te mando para que la enseñes a Aurora. Está igual que era.

Nada más por hoy. Muchos recuerdos a tíos, tía, primos, primas, amigos, amigas; besos a Juan y Rodrigo, abrazos a José y tú recibe muchísimos de este pequeño que te quiere muchísimo y con ellos abiertos te espera,

Sixto.

Habana, 5 de septiembre de 1913
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Con grandísima alegría me he enterado de que estás muy buena de salud, lo cual celebro mucho; yo, bien. He recibido el encargo que me mandaste, el cual agradezco tanto que no sé con qué pagártelo; como también tus cartas y tarjetas, de las cuales mandé unas cuantas a Serafín (primo), como también haré lo propio con nuestro hermano Serafín.

Sobre Caicoya te he de decir que nos hemos hecho tan amigos como éramos ahí, pues hoy (domingo) he salido con él para enseñarle algo de La Habana. Yo no he podido ir a esperarlo al muelle porque no tenía tiempo, pues desembarcó a las 10 de la mañana, hora en que estoy muy ocupado y, como era un martes, aunque quisiera no podía ser; pero más tarde vino por aquí a saludarme. Él está parando en un almacén de sombreros de don Pancho, aquel que tuvo en esa la sombrerería El Modelo, que es tuerto y cuya familia vive en el segundo piso de casa de las primas. Dicho almacén está situado en la calle Muralla, sitio donde estoy yo colocado y a las cuatro o cinco.

Yo, por ahora (gracias a Dios), no necesito nada más que ganar mucho dinero para poder pagarte algún día lo mucho que has hecho por mí, pues cada vez recuerdo más tus consejos y tu cariño hacia mí.

De lo que me dices de la fonda y demás te voy a decir: que la primera la paga la casa y cuesta 20 pesos, y de lo que gano no lo sé hasta que pase balance la casa; de salud estoy tan bueno que todos dicen que engordé mucho, cosa que veo yo cuando me pongo la chaqueta azul, que me queda muy justa, teniendo además muy buen apetito, y sobre todo cuando ponen *fábes* me recuerdo mucho las que tú ponías, mas estas no son tan buenas como las que tú cocinabas, pero, no obstante, como un buen plato de ellas, pues hasta parece que tengo más *fame*.

Nada más por hoy, muchos recuerdos a todos, felicidades a los tíos, besos a Juan y Rodrigo, un abrazo a José y tú recibe muchos de tu hermano, que te quiere y sabes lo mucho que te quiere,

Sixto.

Hasta el domingo próximo.

No he de conocer el papel, pues es de los problemas que tanta guerra me dieron.

Ya me dijeron que habían suspendido todos en Reválida, no siendo Caicoya, que le faltaba el ejercicio de idiomas y se presentó aprobándole. Dime si se mudó para esa y qué clase de gente es.

Señas de Serafín, por si no comprendiste bien mis anteriores:

Isla de Cuba

Sr. D. Nicolás Pons

Para entregar a Serafín Fernández

Niquero, Manzanillo

7

Habana, 12 de septiembre de 1913

Srta. Florentina Fernández

Gijón

Queridísima hermana:

Con la presente tengo el gusto de saludarte, deseándote al propio tiempo mucha salud. Sin otra tuya a qué referirme, te escribo esta por no variar la costumbre, mas no obstante, voy a contestarte a algunas cosas de lo que me decías en tu última carta.

De lo del giro de ropa te he de decir que, en cuanto aprenda el giro de sedería, me meteré en la ropa, pues dejarlo ahora no me conviene, por la sencilla razón de que, no tardando dos meses, ya sé perfectamente el oficio que estoy desempeñando en estos momentos, y si lo dejo, pierdo de saber un cargo muy importante para el día de mañana.

De ropa no me he hecho nada más que un traje de dril, pues gracias a Dios no necesito nada más, sino, como te decía en mi anterior, mucho dinero... De esta poco te puedo contar, a no ser que hace un calor que yo de buena gana estaba todo el día debajo de la ducha, mas eso no quita para no hacer la animalada que hacía en esa de quitarme la camiseta en verano, cosa que aquí no se puede hacer. Yo ya me estoy aplatanando (como dicen aquí a los que comemos fruta del país con las comidas, como el aguacate, fruta

favorita de los cubanos, que es como si dijéramos en esa la lechuga —que tanto me gustaba a mí—, aunque muy diferente), lo cual, noto porque, no obstante el calor que hace, sudo poco, a no ser que beba agua, pues en cuanto la bebo ya estoy sudando a torrentes.

Cada vez estoy más encantado del giro, figúrate, con *les nenes tan guapes* que hay aquí a cualquiera no le cae la baba, pero, no obstante, no las cambio por las de esa.

Creo que han matado a tío Hermenegildo, envíame noticias.

Sin más por hoy, muchos recuerdos a los tíos, tía, primos, primas, amigos, amigas; besos a Juan y Rodrigo; abrazos a José; y tú recibe el cariño de tu hermano, que ya sabes lo mucho que te quiere y con los brazos abiertos te espera,

Sixto.

P. D.: En una postal que me mandó Acebal está Manolo el de la tienda con traje de explorador, está muy claro y con la risa de siempre.

Vale.

8

Habana, 21 de septiembre de 1913
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Mi dicha será infinita si al recibo de esta estás gozando de una perfecta salud en compañía de mi querido hermano José.

Ya he probado los chorizos que me mandaste, los cuales están mu güenos y me llambo les dedes y llimpio bien el platu pa coyer bien la salsa, pero paezen de fábrica porque tien algo de tocín; unes veces, mando freílos y, otros, facer tortilles con ellos, parecías a les que facías tú, aunque no tan sabroses. Y ya que hoy toy de gracia (siempre lo estoy), voy dicite que ti voy a escribir como hablen en mi tierrina, sitiú de les mío amores (que no los tengo); pero hay que facer así toos los que vinimos desi pueblu, pues con los rapazos que hablo toos dicin que desearon güeyes de sus andances amoriles, no ye seusto que no i yos meta alguna mentirina. Y ye que me fundo, como te dixe más parriba, en que hablo con unu y me diz que en el momentu de despi-

dise de la neña diciái bañao en un mar de llagrimas: «Ay, Manolín (que así se llamaba), ya acabóse mi felicitá, marches pa Cuba y no te vas acordar de mí». Otru me decía (que le decía la novia, por supuesto): «Ay, Pepín, no me dexes aquí sola, quiero marcharme contigo». Y per últimu, pa terminá estes frases que son de triste ricordación pa les muyerines piquiñines, desas que ya piensen en mozu, y hasta algunes piensen en casase con el rapacín de sus primeres rilaciones, y, como te dixe, me diz el últimu con que hablé:

—Empecipióse ella qui s'abía interao per una amiga qui iba marchame. Ella púsose muy triste y yo sentí pol cuerpu unes cosquillines que sintimos los enamorao y que me ficieron cambiar de color: ella notólo y entós yo, pa disimulalo y non viera que yo era más débil quella (aunque agora, en tiempu de «suframesmo», no sé qué cosa qui dicin que les mueres quieren conseguir votu como los hombres, pe lo cual andamos de cabeza con lo que hablen los pedióricos), dixiey que taba de purgante porque m'iba a marchar mañana. Na'bia terminao, cuando me fixo en ella y veo que tien los güeyos toos virolaos como pa dai un síncope. Pues bien, ¿sabes tú por qué púsose así? Porqui decía que aquí, en L'Habana, había munches neñes muy guapes y rescamplaes que incendian corazones a los más enemigos del dios Cupido. Al oiy Cupido, asustéme, porque sabía tanto la mi moza y empecé a sospechar que pa dentro de pocu van saber más que nosotros y el «sufraguismo» femenino va ser un hechu.

Y aquí tuvimos que suspender la conversación porque ya eran las once de la mañana y había que ir a comer, pero quedamos en citarnos para otro día y hablar sobre el particular, pues son estas cosas de amores que, empezando, nunca se termina.

Con esto quiero demostrarte que el que se concreta a decir verdades no puede vivir, porque es muy probable que, siéndolo, no lo crean. Dispensa la lata, pues algún día hay que variar de ruta.

Muchos recuerdos a tíos, tía, primos, primas; besos a Juan y a Rodrigo; un abrazo a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que con los brazos abiertos te espera,

Sixto.

Habana, 27 de septiembre de 1913
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

He recibido tu carta con gran alegría, porque en ella me dices que estáis buenos, cosa por mí nunca bien deseada. Ya me había enterado yo con gran pena de la nueva desgracia que acarrea a nuestra familia. Yo la había leído en un periódico de esta, pero, como no traía los nombres ni de la víctima ni del matador, me abstuve de decirle nada a Serafín (primo) hasta que me escribió, dándome cuenta del espantoso crimen. Mucho sospecho que haya sido Pevida, pues tenía tan malas intenciones que sería capaz a realizar tan horrible asesinato.

No me andes mandando nada, pues yo, gracias a Dios, no necesito nada, y yo vería con más agrado que lo que habías de gastar en mí lo hagas en tu provecho. ¿Gastaste poco en mí cuando yo estaba a tu lado para que sigas todavía? Yo sé positivamente que, por desgracia, te hace más falta a ti. Con que espero cumplas esa súplica que te hago, pues yo sé lo mucho que me quieres y que el cariño no está en regalos, sino en el corazón; y, además, ahora no te corresponde a ti mandarme nada, sino que es a mí el que lo tiene que cumplir y lo cumpliré, si Dios me da suerte y salud.

¿Lo cumplirás? Espero que sí; ahora bien, si algún día me viera en la necesidad (y que Dios quiera que no suceda) de pedirte algo, entonces sí te correspondería el mandarlo, pero por ahora ni pensarlo. No quiere decir esto que yo desprecie nada tuyo, no; antes la muerte que sucediera esto; pero comprendo que es una bobería andar gastando nada en uno que no lo necesita.

Respecto de salud, yo mismo estoy asombrado de lo que peso, con decirte que peso 122 libras, o sea, 61 kilos. Esto es desde que estoy colocado, lo cual hace tres meses, en cuyos tres meses no he salido nada más que una tarde a ver una película cinematográfica que se titulaba *Quo vadis?*, tanto me dijeron que era tan preciosa que me metieron en ganas de verla. Cuando llegué a esta pesaba 50 kilos.

Sentí mucho que se haya cerrado Gijón Industrial, principalmente por Ramón y familia.

Sin más por hoy, muchos recuerdos a tíos, tías, amigos, amigas, primos,

primas; besos a Juan y Rodrigo; abrazos a José y tú recibe muchos de tu hermano, que te quiere infinito. ¡Hasta el domingo!

Sixto.

P. D.: Has de darle el pésame en mi nombre a los tíos, ¿vale?

IO

Habana, 12 de octubre de 1913

Queridísima hermana:

Con la presente tengo el gusto de saludarte deseándote mucha salud, como para mí mismo deseo; yo bien. Se despide tu hermano, que te quiere muchísimo y con los brazos abiertos te espera,

Sixto.

II

Habana, 20 de octubre de 1913
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Con la presente tengo sumo gusto en saludarte, deseándote al propio tiempo mucha salud y prosperidad; yo, bien.

Por mis queridos primos te envío unos regalos para ti, para José y para Aurora; total, unas boberías, y no te mando más porque, como estamos casi a mediados de mes, no puedo pedir dinero en la casa, la cual nos lo entrega a principios de mes, lo cual siento muchísimo, pues bien sabe Dios que todo lo que pueda hacer por ti es poco en comparación con lo que tú te mereces, pero, como se suele decir, «la intención basta».

Sin más, por hoy se despide de ti tu hermano, que te quiere muchísimo,
Sixto.

P. D.: Hace más de un mes que no recibo carta tuya, lo cual me entristece mucho; has de escribirme más a menudo.

Vale.

Habana 20 de Octubre de 1913

Sta Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana: con
la presente tengo sumo
gusto en saludarte deseán-
dote al propio tiempo mucha
salud y prosperidad. yo bien.

Por mis queridos primos
te envío unos regalos para
ti, para José y para Aurora
total unas bobberías y no te
mando mas porque como es-
tamos casi a mediados de
mes no puedo pedir dinero
en la casa la cual nos lo
entrega a principios de mes

Carta enviada por Sixto Fernández a su hermana
Florentina, La Habana, 20 de octubre de 1913.

Habana, 17 de noviembre de 1913
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Mi queridísima y cariñosa hermana:

Con cuánta alegría me he enterado que estás disfrutando una muy perfecta salud, por lo cual mi regocijo es inmenso, pues nada en este mundo me causa más felicidad que el saber positivamente tu buen estado, en compañía de nuestro querido hermano.

Qué oportunos habéis estado con las moras, con las cuales me hacéis recordar estos tiempos (no muy lejanos) en los que solía ir al campo con mi cestito correspondiente —que si señas hoy me pidieran de él, las sabría narrar lo mismo que aquellos grandes artistas que hacían retratos de personas, que más que retratos parecían ellas mismas— en compañía de uno o dos amigos; cuánto te felicito por tu oportunidad, y es más, ya que estamos hablando de ellas, te voy a describir mi última jornada en busca de moras.

De esto hace cuestión de dos o tres años, y, como es de suponer, en la época del verano, que es cuando las zarzas producen esa fruta, y como también en época de vacaciones, para que los estudiantes reposen de sus grandes estudios y tareas que, como es consiguiente, acarrear tales como hacer mapas y problemas en tercer año (¿te acuerdas de los mapas? Creo que sí, y yo me tengo que recordar más, porque el día anterior a los exámenes he tenido un dolor de muelas que no me ha dejado dormir en toda la noche); y dibujar aparatos y hacer la contabilidad (cuánto tengo que agradecer a José lo de los aparatos). ¿Y la contabilidad? Tristes recuerdos para mí, y sobre esto te recordaré que el día 19 o 20 (era domingo y cantaba el orfeón en la plaza de toros) fui a terminar los libros a casa de un amigo mío, cuyo padre se portó muy bien conmigo, y este padre ha venido algunas veces a visitarme y me ha ofrecido su casa, y sobre esto me acuerdo de aquel refrán que dice: Vale más caer en gracia que ser gracioso.

Y sigamos con las moras (que buenas están). Pues bien, el primer día salí a la una, yendo al propio tiempo con la comida para [mi] hermano que esperaba ansioso por ella. Después que hacía entrega de mi mandado me [fui] acompañado de mi querida cesta (pues hay veces que nos enamoramos hasta de las piedras que pisamos diariamente) a los prados colindantes con

las fábricas y buscaba las más gruesas (como es natural), y mírate tú si me recuerdo, que ese día nos sirvieron porque recogí pocas y, como es de sentido común, me las comí en tu compañía y en la de las simpáticas amigas y vecinas. Y estoy pensando en este momento, ¿para qué continuar? ¿Para qué darte tanta lata? Pues —me contesté a mí mismo— lo que me está pasando a mí les pasa a todas las personas las cuales están agradecidas de otras, que por más boberías que les dicen y más conversación les das, todo les parece que son cosas serias.

Y pasemos a lo esencial (o al grano, como decía el estadístico), o sea, a lo relacionado con Silverio. Te voy a empezar por decir que tardó catorce días (yo, trece) en llegar a esta capital, y al día siguiente me avisó Carmen por teléfono que fuera por su casa el domingo. Pero dio la coincidencia que aquel día estábamos dos de guardia, por lo cual no pude ir hasta el domingo próximo, pues yo no puedo salir más que cada quince días, o sea, dos veces al mes, y estuve con ella y su hermano hasta las ocho p.m., a cuya hora fuimos a pasear por el Malecón, ¡hora feliz! en que el bullicio y las caras bonitas de las bellezas cubanas ahogaban mi corazón como la voz de las artistas ahogan los sonidos fuertes y sonoros de la música u orquesta.

Pues bien, después de tirar varios flechazos, nos encaminamos a oír la música y, rara casualidad, tocaban *Alma de Dios*, de gratuitos recuerdos para mí. Después de terminada la pieza, me encaminé para casa en compañía de Silverio, porque tengo que estar en casa antes de las diez, y no obstante eso, estoy contentísimo de haber venido. ¡Si no hubierais sido vosotros que me sujetasteis en mi infancia!

Y me parece que ya debe estar bastando de lata. Y en este momento se acaba de situar enfrente de casa un organillo a llenar mi mente de ilusiones como si verdaderamente estuviera en esa, y es más, me hace recordar la última boda a cual yo tuve el alto honor de asistir (acuérdate de darte recuerdos a todas y a todos), pues tocan las mismas piezas, y en este momento acaban de cambiar de pieza y están tocando aquel cantar que empieza:

Quien te hizo Petenera...

Me gustó mucho la sociedad y sus fines, y respecto de eso, ¿qué tal estuvisteis Palmira y tú en el desempeño del papel que os encomendaron? ¿No metisteis ningún gallo? Supongo que lo habréis desempeñado muy bien.

Y nada más por hoy, muchos recuerdos a todos, besos a Juan y Rodrigo, un abrazo muy fuerte a José y que le agradezco muchísimo la atención y

hasta me parecen que las moras saben mejor, y tú recibe muchos de tu hermano, que te quiere muchísimo y con los brazos abiertos te espera,

Sixto.

13

Habana, 30 de noviembre de 1913

Srta. Florentina Fernández

Gijón

Queridísima hermana:

Justo es que después de haber recibido dos cartas tuyas te escriba esta contestándote a las dos, puesto que no lo he podido hacer antes. Tratemos de la primera.

¡Qué susto más grande me hiciste pasar con tu retrato! Cinco días o seis me llevé impaciente. Viendo que no llegaba, temí que se hubiera extraviado. El día que recibí tu carta y en el momento que me hacía entrega de ella el cartero, salía yo de casa a un mandado, y yo, ansioso de tener noticias tuyas, abrí la carta por el camino poniéndome a leerla, cuando con gran sorpresa, leo lo del retrato. Cuán sería mi asombro al ver que no venía dentro de ella, por lo cual di la vuelta en busca del retrato, temiendo que se me hubiera extraviado y, no lo encontrando, fui a correos a ver si estaba detenido, y tampoco; cuando a los pocos días vuelvo a recibir carta tuya indicándome que lo habías mandado.

De lo que me dices de haberme retratado jugando al *foot-ball*, no es cierto, porque si lo hubiera hecho te habría mandado un retrato. Ahora bien, yo iba a jugar algunos domingos (cada quince días) para obtener alguna distracción, pero ahora me estoy dedicando a estudiar, porque comprendo que me es más necesario que la pelota. Por lo cual te pido que cuando venga Serafín me mandes por él una Geografía estadística de Antonio López, un atlas de Artero, una Historia Universal, los problemas; y le dices a Nemesio que si te quiere hacer el favor de regalarte *El atraso de España*, por John Chamberlain; y voy a escribirle a Luis, a ver si le dan en la Escuela de Comercio más trabajos de contabilidad, para que me lo mandes también; y, además, una teneduría de libros, y algún libro de estudio que tenga por ahí.

Mi decisión de ponerme a estudiar otra vez es porque se me está olvidando lo poco que sabía, y por eso quiero dedicar las horas que no esté trabajando en algo provechoso, porque estoy empezando a comprender que un hombre que no sepa no sirve para nada. Y también quiero seguir los consejos que Luis me daba en una carta suya, y es que me procurara ser algo provechoso. Te pido la estadística porque es una de las ciencias más necesarias al saber humano, y el pedirte de Antonio López es por los datos recientes que contiene en su libro.

Nada más por hoy, recuerdos a todos, besos a Juan y Rodrigo, abrazos a José y tú recibe muchos de tu hermano, que sabes que te quiere,

Sixto.

14

Habana, 1 de diciembre de 1913

Queridísima hermana:

Con motivo de acercarse el año 14, justo es que te envíe, desde estas lejanas tierras, mi más grata felicitación en compañía de mi querido hermano José y demás familia y personas de tu agrado, acompañada de toda suerte de felicidades y prosperidades.

Tu hermano, que te quiere muchísimo, muchos abrazos te envía como también a José,

Sixto.

15

Habana, 23 de diciembre de 1913
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

He recibido tu cariñosa carta del 7 del corriente y por ella me entero, con gran alegría, que estás gozando de una perfecta salud, de lo que me alegro infinito; la mía, bien, a Dios gracias.

Con gran pena he leído tu carta y más aún por el disgusto que te he oca-

sionado a causa de mi tardanza en escribirte. No puedes achacarlo a pereza —nunca— para contigo, tú, mi hermana, la persona que más quiero en el mundo, mi segunda madre, que me has cuidado y mirado por mí más que por ti misma. ¿Sucederme eso? Imposible, tanto como te quiero. ¿Cómo ha de suceder eso, si tú formas parte de mi propio cuerpo? ¿Podría yo tener pereza? Pero si hubiera yo participado de tal pereza, perdóname, porque realmente yo no tuve la culpa y, por lo tanto, me seré breve y sencillo en explicarme.

Como en el mes anterior es cuando se trae la mercancía para todo el invierno, considera el gran trabajo que tenemos para ponerlas en orden y revisarlas para ver si vienen en mal estado. Y como esta operación no se puede efectuar más que después que hayamos cerrado (o sea, a las seis), no tengo tiempo apenas para comer.

Por otra parte, como el mes de noviembre es cuando se vende la anterior mercancía, figúrate el gran trabajo que tenemos. Y ya habiéndote dicho lo anterior, ¿está perdonada mi falta? ¿Quién después de trabajar tanto tiene ganas de escribir? La primera palabra que viene a nuestra mente es la de reposo, con el fin de reponer con el descanso nuestras fuerzas, pues, por una parte, el trabajo y, por la otra, el calor asedian los cuerpos.

No quiero que te disgustes más. ¿Para qué ha de ser así? ¿No te he demostrado bien que cuando tengo tiempo te escribo? Pues entonces, ¿para qué te disgustas? ¿No sabes que te quiero a ti más que a mí mismo? Que solamente tu recuerdo me hace efectuar los mandados sin reparo y soportar las calamidades a que estamos sujetos los principiantes, cumpliendo fielmente todos los consejos que me das. ¿Y pensar en ofensa —por Dios te pido, Flora, que no me escribas nunca tal palabra— y dudar tú de que lo que me escribas pueda ofenderme, cuando todas tus palabras las inculco en mi mente como los mejores consejos dichos por el más sabio? Nunca dudes en ese sentido, porque para mí no existe. Fíjate que somos dos corazones que vivimos el uno para el otro, que hemos vivido cerca de siete años huérfanos y juntos como los pájaros cuando están sin pluma, que nunca se separan, y que así mismo estamos hoy; pues aunque no estén nuestros cuerpos, juntas están nuestras almas palpitando y haciéndonos recordar aquellos tiempos no muy lejanos que, juntos en la cocina, te hacía de provocar con la candidez del niño que el juego más pesado le parece un halago; y, además, me dices que te escriba una tarjeta cuando no tengo tiempo, y sobre esto te voy a decir que quien tiene tiempo para escribir una tarjeta lo tiene para una carta. Así

que espero por esta vez me perdonarás, después de haberte expresado bien claramente el motivo de mi silencio.

Sobre la salud, la mía es perfectísima, tan colorado como el primer día que llegué, por lo cual muchas muchachas que vienen a comprar a esta, tu casa, me dicen: «¡Qué galleguito tan colorado!». Y como yo ya he cogido el golpe del comercio, les echo un piropo y resulta que, en vez de decirme a mí algo, se lo digo yo a ellas. Así es la vida.

En esta tenemos algunos días que hace un frío glacial, tanto es así que tengo que dormir con frazada (*cobertor*) y camiseta de punto.

No te quiero dar más lata. Muchos recuerdos a los tíos Joaquín y Juan Antonio; a tía Victorina; amigas Belarmina, Aurora, Carmen, Palmira, Gervasia, Carmina, Fernanda, Libera, Lolita, Trini y demás; amigos Ramón, Ramonín, Luis, Arturo, Cabrero; el primo y demás; primas Consuelo, Tina, María Teresa, Isabel, Hortensia; y primos Juan Antonio, Alejandro, Ignacio y demás; besos a Juan y Rodrigo; un abrazo muy fuerte a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que te quiere y que ansioso está de verte y abrazarte y colmarto de dicha anhela,

Sixto.

16

Habana, 28 de diciembre de 1913
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Mi queridísima hermana:

Llegó mi primo y llegó también tu imagen representada en el retrato. Me falta la rima para poder inspirarme ante tu fotografía llena de gracia y esplendor; fotografía tan natural que el mismo Murillo no sería capaz a pintarte tan exactamente. ¡Qué hermosa estás! Te estoy viendo y me parece un sueño, sueño de poeta que ve entre las oscuridades de la noche aparecer sublime, gallarda y encantadora, la mujer en que inspirar su musa y que tantos desvelos y desasosiegos ha pasado por llegar a encontrarla. Te estoy viendo —repito— en el transcurso de estas líneas y mi mente se llena de gratísimos recuerdos como los guardan los héroes que vienen de campaña, que dejan

la tierra donde han realizado sus imborrables hazañas, pero que su recuerdo está perenne en aquellos hechos heroicos que le han dado nombre y fama.

Yo no quiero decir con esas líneas que yo soy un héroe, o más bien sí, porque hemos alcanzado un gran amor filial y que, debido a la ley de la naturaleza o a las palabras que, según la Biblia, ha dicho Dios ante la multitud que le rodeaba: «Con el sudor de tu frente comerás pan». He ahí, en síntesis, la comparación del héroe conmigo: él deja su hogar para defender su patria, bien por la incapacidad de los gobernantes ante las cuestiones extranjeras, como nos está sucediendo ahora con la fatídica guerra de Marruecos, donde se está derramando tanta sangre por conquistar incultivables peñones, pues como dijo el inmortal Prim: «Marruecos, saliendo de la verde Tetuán no vale la derramación de una gota de sangre española».

Y la otra, por las ambiciones de las que se titulan «Grandes Potencias» como también guardadoras de la Paz Universal, en las que al amparo de este emblema se hace eco de aquella frase dicha por no sé qué sabio: «La patria grande traga a la chica», y por eso el héroe de que te he hablado antes tiene que abandonar el hogar para hacer frente a los enemigos de su Patria, como nos ha sucedido en época no muy lejana, cuando la gloriosa guerra de la Independencia (año 1808) en que el pueblo español supo dar muestras de su valentía, liberando su tierra de la garra del que se tituló «El gran Emperador de los siglos», que, debido a su ambición de gloria, fue derrotado y llevado a cumplir la sentencia que le dictó «La Humanidad» por los males que le acarreó: a morir en el destierro en la isla de Santa Elena a manos de los ingleses, separado del resto del mundo.

Después de decirte esto, haré mi reseña. Yo, amante de mi patria, amante de mi hogar, de mi familia, de mis hermanos y, sobre todo, de ti, cariñosa hermana, adoradísima hermana, me tengo que marchar, dejar el suelo donde han visto la luz mis padres, donde la hemos visto nosotros; me tengo que marchar, sí, porque la desgastada España e ingrata con sus hijos tienen que abandonarla, dejarla, porque no da trabajo a sus hijos, porque no les da pan y luego nos hacemos esta pregunta: ¿quién tiene la culpa? ¿La tiene España? Sí y no. Sí, porque su gobierno encarna en los hombres de estado, que se los llama, gobernantes e ilustres políticos que ella misma crea, que ella misma les da talento y, en fin, que ella es la responsable de los actos que realicen los antedichos políticos¹.

No, porque si ella les eleva al poder, ¿por qué no cumplen sus destinos? ¿Para qué se comprometen a realizar actos o crear leyes para no llevarlas a la

¹ Alfonso XIII representa a la nación española (nota del autor).

práctica? Ved con estas sencillas palabras el destino de los españoles: «Darles importancia a otros países mientras el suyo está estacionario, faltarlos brazos para sus campos, para su industria, comercio y, en fin, para su vida». Pero qué se va a hacer. Dios lo quiso, cúmplase. No tenemos trabajo en nuestra tierra, pero lo tenemos en este hospitalario país lleno de vida y esplendor, donde las murmuraciones no son conocidas y, en fin, que vive uno muy satisfecho, como yo lo estoy. Y que sea afortunado en el trabajo, para dentro de corto plazo volver a vernos y en un común abrazo no separarnos más y vivir el uno para el otro. Eso es a lo que yo aspiro.

Y después de decirte esta serie de tonterías que no vienen al caso (de guerras y política), ¿qué quieres que diga de tu retrato? Todo lo que yo dijera en lo perfecto que está sería poco. Estoy mirando tu cara y parece que eres tú misma quien se está sonriendo en vez del retrato. ¡Cuántos recuerdos vienen a inquietar mi ya emocionada inteligencia! Miro tu pelo y las ondas que con él formas dan a tu vista una mirada tan penetrante que me llega hasta lo más recóndito del corazón.

—Oye, Sixto, ¿se me ve el crepé por atrás?

¿Te acuerdas?

No quiero molestarte (¿bastante, verdad?), recibe con esto la satisfacción más grande de mi vida, besos, abrazos, todo te lo mereces, salud, dinero, en fin... Abrazos a José, recuerdos a tíos, tías, primos, primas, amigas, amigos, y las pruebas de lo infinito que te quiere tu hermano,

Sixto.

Flora, ¡mira la que te cayó! Inocente, que te cae la frente. Hoy, día de los Santos Inocentes.

Le mandaré el retrato a Serafín hoy o mañana. Lo recibí ayer, pero como trabajamos hasta las diez no se lo pude mandar. Le entregaré a Pepe los Nuevo-Mundos. Recibí las manzanas y te escribiré el jueves, que es fiesta, una carta para que te rías un poco.

Habana, 1 de enero de 1914
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Daré emprincipiu a ista carta comenciando por disearte buen añu acompañadu de una pirfecta salú; yo, por agora, buenu.

Como te rilaté en mi escritu del domingu pasáu, voy dicite que les manzanes son muy bones y de Peru Minga. Y ya qui si trata de manzanes, te diré algunes cosiquines sobre elles, aunque tú ya les sipas. ¡Manzanes! Solamenti el recuerdu di elles me fai llinar la boca de agua y caeme la baba a filu cuando lis como. Un conxuntu de idees se rivuelven en la mió mollera ricordando les escorribandes que llevé de los aldeanus, cuando entodavía estaben verdes, en compañía de otrus rapazucus como ira yo.

Voy rilatate una de estes hazañes aunque no ti enterese. Nos riuníamos a iso de les tres en el velódromu (sitiu de esparcimientu de mis xuegos infantiles) y la premera frase que vinía a la memoria ira la siguiente:

—¿Vamos a manzanes?

—Vamos —contistamos.

—¿A qué sitiú? —añadía un terceru.

—A la quinta Pidal.

Y allá nos encaminemos. En quantu lligábamos al paridón empezamos a dicir llinos de julepe:

—¿Está el amu?

—No, non istá.

—Mira, vamos a coyeles di aquel árbul que les tien de Raneta Francia.

—Buenu, pero qui se quede unu a cuidar por si vien.

Y cuando más afanaos tábamos coyendo, apaez el amu con un forcáu. El cintenela que lu veía emprecipiaba a dicir:

—¡El amu, el amu!

Nosotros, que oíamos isto, salíamos huyendo, abandonando aquellos manzanes que tanto gustábamos.

Pos bien, les que tú me mandaste son muy güenes, y si te discuides, me mandes la plaza. Taben sabrosísimes. A toos lo que les di a probar dábales una para probar y me pedían otra. Ti lo agradezco muchísimo.

Y naa más por hoy, muchos ricuerdus a tíus, tía, primes, primos, amigos, amigos; bisos a Juan y Rodrigo; un abrazu a José y tú ricibe muchísimos de tu hermanu, que moncho te quier y ganes de comer piña y plátanos en tu compañía tien,

Sixto.

18

Habana, 18 de enero de 1914
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Recibe, acompañado de la presente, un afectuosísimo saludo; así mismo mi parabién de que tu salud siga inquebrantable; la mía, buena.

Te agradezco muchísimo las postales que me mandaste, ambas de imperecederos recuerdos para mí. La una, hace afluir a mi cerebro, alegrías y placeres, al recordar el atractivo barrio de La Pipa, lugarejo hermoso del pintoresco Somió. La otra, ¡ah!, la otra encierra algo más grande, digno de mi romántico sentimiento. Es así como si los andares de una vida se concretaran a la vida de unos años; es así como la fuente del delirio donde se sumerge la abstracción del pensamiento, para luego ir a la vida del encanto y ocultarse en la nostalgia.

¡Oh, Musel! ¿Cuándo podré olvidarte? ¿Cuándo desaparecerán de mi memoria tus riscos y puentes, tus aguas suaves, los ruidos candorosos de tus prados en flor? ¿Cuándo olvidar tu Aboño, que asemeja una sabana de descanso al pie de la montaña en ruina? ¿Cuándo olvidar las tardes estivales de mi juventud en floreciente arribo? ¿Cuándo transportar al camino del olvido la añoranza de unos años alegres? Una voz sale del fondo de mi alma gritando con énfasis: ¡Nunca! Siempre tú, ¡oh, Musel!, *circumbiras* en mí una épica de cantos de lo bello, de lo grande, de lo que asemeja una vida. ¡Oh, bellas tardes de agosto que me visteis caminar gozoso por los verdes campos, cruzar la carretera, llegar a la orilla, bordearla

y, por fin, terminar mi viaje de ida en el gran puerto, entre el ruido de los pitos y el chirriar de los vagones! ¿Cuándo me volveréis a ver? ¿Cuándo retornarán aquellas simplezas infantiles en la alegría de lo poco? La misma voz de antes con fingimiento enfermo dice tristemente y con voz apagada: ¡Nunca!

Ya de nuestro camino se esfumaron las niñezas, como un símbolo en decadencia. ¡Oh, niñez, que de la nada obtienes el placer! Y por ahí, por el gran puerto carbonero, honra de Asturias y gloria de España, por entre el dique norte que, despreciando las iras del mar se interna en él, y por entre el espigón, una barcaza en reposo aparece por ahí, por el mismo lugar que años no ha muchos visitaba, zarpó el buque que me condujo a estas pescas playas cubanas que el mar acaricia tiernamente...

La postal (si mi memoria no falla) fue sacada el mismo día que me embarqué, pues el Eolo que está cargando carbón (¡qué vistilla!) estaba en la misma posición que cuando embarqué; además, el vaporcito Elvira anclado en el mismo lugar que la última vez que mis ojos le vieron. Y en medio, entre las tranquilas aguas cantábricas, como Jesucristo, permanece silenciosa la figura gallarda del transatlántico español, que, al ruido sonoro de la sirena, retumbando su eco en lontananza, el sol se iba ocultando tras el horizonte, como un lastimero quejido que se nubla.

Mi antiguo y respetable director, don Valentín Escolar, ha escrito una bonita *playera*, que, por su sencillez y mesura, me ha quedado tan impresa que jamás se me olvidará, y es (por si tú no llegaste a leerla, te la voy a recitar):

Tres cosas tiene Gijón
que honra y gloria dan a España:
el gran puerto del Musel,
don Melquíades y la playa.

¿Puede concebirse más genialidad, que incluir en tan corto trozo poético, lo más admirable de la populosa Fabricia (como llama Edmundo Blanco a Gijón)?

Al que veo algunas veces es al primo de Palmira, y está muy grueso; nunca le hablé porque no debe recordarse de mí y no me gusta darme a conocer a nadie, porque a lo mejor se creen que lo hace uno por el interés.

El que se fue para esa bastante enfermo, ya hace algunos meses, fue Piñera, mi famoso contrincante en el examen de oposición.

Caicoya sigue muy contento en la colocación, como yo asimismo; quizá vayamos los dos a retratarnos dentro de poco, pero no a donde Otero, porque como dijo Sto. Tomás: una y nada más. Él hizo uso, por lo que parece, del viejo refrán castellano: crea buena fama y échate a dormir. Pero yo hago caso del santo, que, según tengo entendido, los santos no dicen más que verdades, aunque se hayan mentido entrambos los que escribieron los evangelios sobre el nacimiento del Mesías.

Y no tengo ganas más de romperte la cabeza, leyendo esta serie de mal redactados e inconfundibles renglones. Sin más por hoy, dales muchos recuerdos a tíos, tías, primos, primas, amigos, amigas, vecinos y vecinas; fuertes abrazos a José y tú recibe muchos de tu hermano, que muchísimo te quiere y un feliz año te desea,

Sixto.

19

Habana, 13 de febrero de 1914
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Me alegraré muchísimo que al recibo de la presente sigas disfrutando de buena salud; mía y de mi querido hermano Serafín, buenas.

No todas las cartas que a ti te dirijo han de ser de platónicos hechos, de recuerdos de tierras lejanas, ni tampoco de habaneras cosas, no. Hay que dedicar, como dijo el filósofo, a cada cosa su tiempo. Por eso en esta carta no irá reflejado el azul sempiterno del cielo criollo, ni los alegres paseos y teatros de la capital que rejuvenece, ni los arrullos matutinos de un despertar vocinglero, no. Tratará de algo más, de alegrías juveniles, de coloquios mostriles, dignos de gratos recuerdos; esos hechos que hacen al ambiente joven disfrutar de gratos días y que en su vejez, rápida y serena, recuerda con éxtasis, sonriendo tristemente del tiempo que pasa y de los alegres días que, haciendo uso de su repertorio galante, coreó los ojos grandes y negros de una hermosa trigueña.

Siento en mí todo el esplendor de unos grandes días, doy rienda suelta

a mi mal compaginado cerebro, para narrarte los hechos que a diario me suceden, debido al ambiente dulce de mi calidad de hortera.

Son las seis de la mañana. Al sonoro ruido del compañero que me llama, mis ojos se abren desmesuradamente, mirando a doquier, extrañándome que corra tan veloz el tiempo de reposo. No hay que esperar más, es necesario abrir pronto las puertas y, como dormimos en la misma tienda, cierro con prontitud el catre y, con pasos vacilantes de mi cuerpo todavía soñoliento, lo conduzco al lugar señalado; lo poso fuertemente, como aquellos que le despiertan de un gozoso sueño. Me lavo (como es natural), me pongo el cuello (con su corbata), el saco y demás prendas sin prescindir de los agemelados puños.

Comienza el trabajo. Heme aquí, tras el mostrador hecho un figurín, como los de *El Águila* (la necesidad del giro lo requiere), con mi tijera para cortar... y mi lápiz para apuntar... (como es lógico).

Llega la primer marchanta. Es una negra vieja y gruesa, con los ojos lagñosos y desprendiendo un olor que no es precisamente a rosas, que hace insoportable su compañía: es cocinera.

DEPENDIENTE: ¿Qué deseaba usted, señora?

MARCHANTE: Quería habel una tela paresida a esta mueltresita.

D: Siento mucho decirle que ya no queda.

M: Aquí nunca hay na, El Veltido Rosa cada día tiene menos melcansía.

D: Pero señora...

M: Na, na, voy a ilme a complá a otro lao y no voy a venil ma.

La marchanta se va. Es el desayuno para mi académica figura.

Llega la segunda compradora. Es gallega, algo vieja, pero de no despreciable figura; es criada de la casa de enfrente, lleva dos años en el país y ya es medio cubana.

M: Buenos días...

D: Buenos días.

M: Haga el favor de enseñarme unas telitas de fantasía, buenas y baratas.

D. (con sonrisa): Así como de sesenta o setenta centavos.

M: (con recelo): No tanto, algo más barata.

D. (mostrándole alguna): ¿Qué le parece esta? Es muy bonita (aunque sea más fea que la cara de Miquis, el héroe en belleza gijonesa) y de duración; vale (aquí viene lo peor) sesenta centavos.

Habana 13 de Febrero de 1914.

Sta Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana, me alegro muchísimo que al recibo de la presente sigues disfrutando de buena salud; y de mi querido hermano ~~tenías~~ buenas.

No todas las cartas que a ti te dirije, han de ser de platónicos hechos, de recuerdos de tiempos lejanos, ni tampoco de habaneras cosas; no, hay que dedicar como dijo el filósofo: a cada cosa su tiempo; por eso en esta carta no ira reflejado el azul sempiterno del cielo criollo, ni los alegres paseos y teatros de la capital que rejuvenece, ni los arruños matutinos de un despertar vocinglero; no, trataré de algo más, de alegrías juveniles de coloquios amistosos, dignos de gratos recuerdos; esos hechos que hacen al ambiente joven, blisprutas de gratos días y que en su exjer, rápida y serena, recuerda con éxtasis, sonriendo tristemente del tiempo que pasa y de los alegres días, que, haciendo uso de su repertorio galante, correa los ojos grandes y negros de una hermosa trigueña.

Sintiendo en mí todo el esplendor de unos grandes días, doy rienda suelta a mi mal compaginado cerebro, para narrarte los hechos que a diario, me sucede, debido al ambiente dulce de mi calidad de portera.

Son las seis de la mañana. - Al sonoro ruido del compañero que me llama, mis ojos se abren desmesuradamente, mirando a diqueir, extrañandome que corra tan veloz el tiempo de reposo. No hay que esperar mas, es necesario abrir pronto las puertas y como dormimos en la misma tienda, cierro con prontitud el catre y con paso vacilento de mi cuerpo todavía soñoliento, lo conduzco al lugar señalado; lo piro fuertemente, como aquél que le despiertan de un pesado sueño. Me lavo (como es natural), me pongo el cuello (con su corbata), el saco y demás prendas sin privar de los agomelados puros.

Carta enviada por Sixto Fernández a su hermana Florentina, La Habana, 13 de febrero de 1914.

Comienza el trabajo. - Fíjeme aquí, tras el trocizador hecho un piquero, como los del "El Águila" (la necesidad del giro lo requiere), con mi tijera, para cortar --- y mi lapicera para apuntar --- (esto no es lógico).

Llega la primer manchanta. - Es una negra vieja y gruesa, con los ojos lagañeros y desprendiendo un olor que no es precisamente a cosas, que hace insupportable su compañía: es cocinera.

D. - ¿Que deseaba Vd. señora?

M. - Quería habel una tela parecida a esta mueltrecita.

D. - Siento mucho decirle que ya no queda.

M. - ¿Aquí nunca hay na; el Vellido Rosa cada día tiene menos melancansia.

D. - Pero señora. -----

M. - Na, na, voy a dñme, a compli a otro lao y no voy a venul más.

La manchanta se va. Es el desayuno para mi académica figura.

Llega la segunda compradora. - Es gallega, algo vieja pero de no despreciable figura; es criada de la casa de expente, lleva 2 años en el país y ya es medio cubana.

M. - Buenos días. - D. - Buenos días.

M. - Haga el favor de enseñarme unas telitas de fantasía, buenas y baratas.

D. (con sonrisa). - Así como de 60 ó 70 ctvs.

M. (con recelo). - No tanto, algo mas barata.

D. (mostrándole alguna). - ¿Uo se parece ésta, es muy bonita (aunque sea más fea que la cara de Miquis, el poeta en bella ra gijonesa) y de duración, vale (aquí viene lo peor) 60 ctvs.

M. - ¿Seenta sentaro, está que dice; por ahí la dan a cuarenta, está no está bien de la cabeza y además no es bonita.

D. - Fíjese bien señora que es buena tela, pero mire, aquí tiene otra (enseñándosela) que vale 45 ctvs.

M. (horrorizada). - Carenta y cinco sentaros, non me diga esas cosas, que en la "Isla de Cuba" la dan a veinte sentaros; yo por no camisara hasta allá se la prago a veinte cinco.

D. (frustrado) Pero que dice Vd. señora que praga por ellos

- veinti cinco centavos; mire aquí las tengo más baratas pero por ese precio no compra Ud. una fina.
- M. No, no me saque más ninguna, si no me da ésta que le dije me voy.
- D. (con folia sonrisa). Pero venga aca joven; no ve Ud. que es de buena calidad? y si Ud. se hiciera un vestido de ésta tela estaría Ud. (con ironía) muy elegante.
- M. Mire que Ud. por vender es capaz de inventar cualquier cosa; vaya, pa que no sea ni lo que Ud. dice ni lo que yo digo treinta, o cinco, a ese precio bien la puede dar.
- D. (con satisfacción porque puede darse). Vaya deme cuarenta.
- M. Hay que condenar es Ud.; deme varias bien medidas, pero le advierto que non venga mas aquí porque es muy caro.
- D. (con amabilidad). Si Ud. dijera eso en serio no se lo que haría... pero, vamos, es lo dice por decir; bueno y que le parezca (con atractivo). del mal tiempo que tenemos.
- M. Non me diga na, que estoy almorzando.
- D. (después de medida la tela). Desea algo más?
- M. (ya caído en el lazo). No, por hoy na mas, el sábado tengo que venir a comprar varias cosas.
- El dependiente le da la tela, cobra el dinero y con afabilidad despide a la marchanta.
- Comienza el 3.^o cuadro. Es mulata, joven de ojos negros (como todas) bastante buen tipo. Se saludan.
- M. Quisiera me enseñara una oca de hilo que sea buena.
- D. (Sacándole de algodón) Mire tengo ésta de hilo que le cuesta 30.
- M. No, ésta es muy mala; saque otra mejor.
- D. Fijese bien joven (con socarronería) pero con ese par de linceos que tiene usted ahí, pien ser esta es fondo del Guadalupe.
- M. Oiga, no me ande con relambimientos; sabe? que yo no quiero juegos.
- D. Pero niña, si usted supiera qui eso mas verdad que es que dice que eso está en el cielo.

M. (con extrañeza) ¿Vd. que es andalú?

D. - Por la gracia, de sí, y para servirle, y he nacido en una casa que hay en ldo. de la girarda, por eso su ojos me memorian a la semana con quien tanta veses he pelao la para.

M. Buena, bueno, deme ésta a venti cinco sentars y me deja ver un olan, o mejor lleva el olan mañana; deme 500 cns.

D. (mirándola); y porque no lleva ahora el olan, pue' sería ca-
ja, de darselo regalao, por una mirada de esas estrojas

M. Mire que está Vd. confiansado.

D. Na de eso, es que quedé encabitado de su anteojos.

M. (Dándose después de pagar la tela) ¿Salió el andalú?

D. Salió chiquita. ¿Londita sea asta tu abuela que ha-
dao en ser a tu mare pa eja haerte tan bella.

Terceto acto y figural. Allega una asturiana, señora con ocho
hijos; rechoncha y asturiana de veras.

M. Buenos días.

D. Buenos días, mujer y; que tal té?

M. Bien. Quiero un generin como este

D. (Viendo la muestra) ¿Turiel como está o parecido?

M. Non cristiane que sea igual; así costome loches

D. ¿Estoy dice perunio o? Bien barato ye; voy a ver a la ancuente

(Encontrándole) Díese la gran salva; haz entorará un pedacito

M. Pues entonces deme una varina.

D. (Después de meditarla) ¿Beli rapación, ye suyo o?

M. Li ye el cuartu, y llamase como el padre Lolo

D. (Viendo al niño que dice se llama Pepe) ¡Mialma mujer que empu-
vose porque el llo que se llama Pepe.

M. ¿Y qué mas da tpe que Lolo?

D. Je muy diferente, pues cuando estaba en Mars sía decir;
Pepe el de cantona basó hoy a d. tutlan; Lolo el de huaguna fo-
a Ovien. Por eso digo que ye diferente, al menos como ye re-
dido en delgun onstituto.---

Después de breve coloquio y haber comprado la tela, me dice: ¡pues

desde agora el padre es Lolo y el Pepe.

¿Que te parece te escribo en 4 dialecto y una lengua (las castellana); es
para darte una idea de lo que es el mostrador y en otras te recetiré
de las que me faltan. Recuerdos a todos, fuertes abrazos a Pepe y tu recibe muchísimo
de tu hermano Sisto

M: ¡Sesenta sentavo! ¿Usted qué dise? Por ahí la dan a curenta, usted no está bien de la cabeza y además no es bunita.

D: Fíjese bien, señora, que es buena tela; pero, mire, aquí tiene otra (enseñándosela) que vale cuarenta y cinco centavos.

M. (horrorizada): Curenta y sinco sentavos, non me diga esas cosas, que en la Isla de Cuba la dan a veinte sentavos. Yo, por no caminar hasta allá, se la pago a ventesinco.

D. (pasmado): Pero ¿qué dice usted, señora? ¿Que paga por ella veinticinco centavos? Mire, aquí las tengo más baratas, pero por ese precio no compra usted una fina.

M: No, no me saque más ninguna. Si no me da esto que le dijo, me voy.

D. (con falsa sonrisa): Pero venga acá, joven. ¿No ve usted que es de buena calidad? Y, si usted se hiciese un vestido de esta tela, estaría usted (con ironía) muy elegante.

M: Mire que usted, por vender, es capaz de inventar culesquiera cosa. ¡Vaya! Pa que no sea ni lo que usted dice ni lo que yo, digo treinta e sinco. A ese presio bien la puede dar.

D. (con satisfacción, porque puede darse): Vaya, deme cuarenta.

M: ¡Ay, qué condenao es usted! Deme siete varas bien medidas, pero le advierto que non vengo más aquí, porque es muy carero.

D. (con amabilidad): Si usted dijera eso en serio, no sé lo que haría... pero, vamos, eso lo dice por decir. Bueno, y ¿qué le parece (con atractivo) del mal tiempo que tenemos?

M: Non me diga na, que estoy aburrida.

D. (después de medida la tela): ¿Desea algo más?

M. (ya caída en el lazo): No, por hoy na más, el sábado tengo que vení a comprar varias cousiñas.

El dependiente le da la tela, cobra el dinero y con afabilidad despide a la marchanta.

Comienza el tercer cuadro. Es mulata, joven de ojos negros (como todas), bastante buen tipo. Se saludan.

M: Quisiera me enseñara una crea de hilo que sea buena.

D. (sacándola de algodón): Mire tengo esta de hilo, que le cuesta treinta.

M: No, esta es muy mala, saque otra mejor.

D: Fíjese bien, joven (con socarronería), pue con ese par de lusero que tie usted ahí, puer ver arta er fondo der Guadarquiví.

M: Oiga, no me ande con relambimientos, ¿sabe?, que yo no quiero juegos.

D: Pero, niña, zi usted supiera qui igo mar verdá que er que dise que Dio etá en er sielo.

M. (con extrañeza): Usted, ¿qué es, andalú?

D: Por la grasia de Dio y para servirla, y he nasío en una casiya que hay ar lao de la Girarda, por eso sus ojos me memoriar a la zerrana con quien tanta veces he pelao la pava.

M: Bueno, bueno, deme esta a ventisinco sentavos, y me deja vel un holán, o mejol llevo el holán mañana. Deme cinco varas de crea.

M: (midiéndosela) ¿Y por qué no lleva ahora el holán?, pue zería capá de dárzelo regalao por una mirada de ezas ertreyas.

M: Mire que está usted confiansudo.

D: Na de ezo, er que quedé encantao de zu anteojos.

M. (yéndose después de pagar la tela): Adiód, andalú.

D: Adiód, chiquiya, e bendita zea arta tu abuela que ha dao er zer a tu mare pa eya haserte tan beya.

Cuarto acto y final. Llega una asturiana, señora con ocho hijos, rechoncha y asturiana de veras.

M: Buenos días.

D: Buenos días, muyer, y ¿qué tal, oh?

M: Bien. Quero un generín como esti.

D. (viendo la muestra): ¿Quierlu como esti o parecidu?

M: Non, cristianu; que sea igual. Esi costóme diez centavos.

D: ¿Costoy diez perrines, oh? Bien baratu ye, voy a ver si lu encuentru.

D. (encontrándolo): Diose la gran salvá, hay entoavía un pedacín.

M: Pues entonces deme una varina.

D. (después de medirla): Esti rapacín, ¿ye suyu, oh?

M: Sí, ye el cuarto, y llámase como el padre: José.

D. (oyendo al niño que dice se llama Pepe): Mi alma, muyer, que enquivocóse, porque el diz que se llama Pepe.



Anónimo. Interior de un comercio de tejidos en Cuba, h. 1910. Colección Muséu del Pueblu d'Asturies.



J. Gispart. Interior del comercio de tejidos "La Invasión", La Habana, h. 1910. Colección Muséu del Pueblu d'Asturies.

M: ¿Y qué más da Pepe que José?

D: Ye muy diferente, pues cuando estaba en Muros oía decir: Pepe el de Antona baxó hoy a San Esteban; José el de Xuaquina fo a Oviéu. Por eso digo que ye diferente, al menos como yo no estudié en delgún enstetuto...

Después de breve coloquio y haber comprado la tela, me dice: Pues desde agora el padre es José y él, Pepe.

¿Qué te parece? Te escribo en cuatro dialectos y una lengua (la castellana). Es para darte una idea de lo que es el mostrador. Y en otras te escribiré de las que me faltan.

Recuerdos a todos, fuertes abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano,

Sixto.

20

En La Habana, 20 de febrero de 1914

Srta. Florentina Fernández

Gijón

Queridísima hermana:

Con la presente tengo el gusto de saludarte deseándote mucha salud y prosperidad. ¡Hoy! un año hace que nos hemos separado, que hemos dejado de cobijarnos bajo un mismo techo, a una gran distancia, solamente acortada por la mutua correspondencia y el pensamiento perenne. ¡Un año! Cuántos cambios y peripecias, cuántas alegrías y tristezas, cuántos encantos y desencantos en doce meses.

Me perdonarás la lata que te voy a dar con la historia de mi repentina marcha de ese país, pues, como tú sabrás, así son las cosas de este mundo. Los modernos celebran los aniversarios y centenarios de personas que no existen, de cosas que lo fueron pero que no lo son, y, como es natural, un aniversario en el cual las partes que lo componen existen: siendo la parte principal una mujer arrogante y simpática, de ojos algo profundos pero que centellean como los luminosos rayos solares, diminutos pies que nos hacen recordar las bellas mujeres de los faraones, sus pasos cortos y vivarachos que parece no tocan el suelo por temor a lastimarse, su talle esbelto, su cara algo redonda le da un aire marcial capaz de sobreponerse a la diosa Venus.

Y como te he dicho más arriba, empezaré mi historia. Pocos días antes de la fecha indicada para la partida (20 de febrero), andábamos los dos de aquí para allá comprando la indumentaria necesaria para un largo viaje. No descansábamos, siempre ligeros, gozosos, satisfechos porque iba a hacerme hombre, porque iba a empezar a conocer lo que es la vida y el trabajo, a buscarme el pan; en una palabra, a vivir.

Y llegó el veinte como llegan todas las cosas de esta vida; las ansiamos pero no las esperamos. ¡Qué día! No obstante ser día triste para mí, porque dejaba mi tierra, mi hogar, mi familia, mis amigos... estaba gozoso, satisfecho ¿Por qué? Por lo que te he dicho antes: porque al mismo tiempo que iba a labrar mi felicidad iba emparejada con la tuya, tierna, cariñosa, amable, dulce.

Mas cuando llegaba la hora de la partida, se me oprimía el alma, se me cerraba el corazón a la alegría, porque en él imperaba la tristeza. Tenía ganas de llorar, pero lo disimulaba para no afligirte. Mostraba el regocijo, pero guardaba el llanto. Todo al mi alrededor parecía mustio, triste, mi cuerpo estaba lívido, cadavérico, cubierto con la máscara de la satisfacción. ¡Cuánto sufría en aquellos momentos!

A la una (si mal no recuerdo) nos dispusimos a almorzar. Yo aparentaba tener apetito, pero me faltaban las fuerzas. Ya a las pocas horas iba a separarme de ti, de tu maternal compañía, pues más que una hermana eres para mí una segunda madre, que a tu amparo me has guiado por el camino que todos los mortales debemos seguir: por la senda del bien.

Y llegada la hora de partir, tú, seguir en casa, yo, lanzarme al mundo para empezar la lucha por la vida. Abrazos, besos, recuerdos, miradas tiernas, los ojos llenos de lágrimas, reteniendo su triste rodar por la mejilla para no hacer más angustiosa la separación. Pero, sin embargo, nuestro corazón lloraba.

Más tarde, en compañía de mi querido hermano, tíos y mis fieles amigos, Azpiri, Luis y Acebal, nos encaminamos al floreciente puerto de El Musel, en el cual ya desde la madrugada nos esperaba el magnífico transatlántico Alfonso XIII de la Compañía Trasatlántica Española, y que había de conducirnos a esta hospitalaria isla llamada «la Perla de las Antillas», donde la lucha del hombre con los elementos comenzaba. El día, aunque algo nublado, era fresco, una dulce brisa ensanchaba nuestros pulmones. Pero más tarde, como si la Naturaleza participara de mi tristeza, la brisa que poco antes era suave se volvió fuerte, el cielo se oscureció con los negros nubarrones de

los tempestuosos días del invierno, la lluvia sustituía al azul celeste, el mar se embravecía, la tempestad nos amenazaba. Pero no fue así, la lluvia duró poco tiempo y la noche fue fresca y el cielo aparecía cubierto materialmente de estrellas.

A bordo subieron también mi hermano, tío Juan y mis amigos; solamente se quedó en tierra la persona que jamás volveré a ver: mi nunca bien llorado tío Eulogio (q. e. p. d.). Cuando el correo zarpaba del puerto, sentados en un banco de la banda de babor, nos pusimos a cantar (¡qué contraste!) el sentimental *Adiós, Asturias*, que empieza así: «Adiós, Asturias, tierra de mis amores». Pero pronto callamos, las horas corrían veloces y la noche empezaba a hacerse insoportable: el cuerpo pedía descanso para su emoción.

Y fuimos a dormir a nuestros respectivos camarotes. ¡Oh, la primera noche a bordo! El viejo transatlántico balanceaba poco, el mar estaba tranquilo y, por lo tanto, fue fácil el reposo.

Cuando el alba nos iluminaba con su brillante claridad, subí a cubierta, y cuál no fue mi alegría viendo que a pocas millas de nosotros estaba la tierra gallega, no se divisando más que unos bultos negros sobre los cuales se divisaba una alta torre: era el faro de La Coruña, que sirve de guía a los lobos de mar en su peligrosa entrada a los puertos.

No bien hubo clareado el día cuando ya estábamos dentro del gran puerto de La Coruña, estando al poco tiempo rodeados de un sin número de embarcaciones, que tal parecía que estábamos en estado de sitio, pero con la única diferencia de que, en vez de mostrarnos los cañones, nos mostraban los sabrosos vinos de Jerez de la Frontera y el dulce anís del mono, las viandas sustituían al mismo tiempo a la fulminante pólvora y al destructor explosivo, o sea, la dinamita. Como el vapor no tomaba rumbo hasta las cuatro, pudimos saltar a tierra, contemplando la hermosa ciudad, siendo de todo punto inmejorable el nuevo edificio para el ayuntamiento, verdadera obra de arquitectura y, sobre todo, las graciosas gallegas, tan bonitas que no parece más que Murillo sacó sus hermosos lienzos tomando por modelos estas diosas gallegas.

Nos desembarcamos a las tres, y a las cuatro ya el buque abandonaba mi patria; ya el capitán lo guiaba introduciéndolo en las inmensidades del océano, donde el agua y el cielo eran el único atractivo que íbamos a tener; ya las montañas de agua iban a hacer agitarse el barco, haciéndole palpar; ya él se hundía de proa para que oyéramos el tremendo sonido de la hélice; ya balanceaba de babor y estribor, haciéndonos vacilar si de pies y sin su-

jetarnos nos encontrábamos; ya el cambio diario de la popular peseta nos iba a alegrar nuestros estómagos; ya el vacío iba a sustituir a la panza llena; en fin, ya los azares de un largo viaje comenzaban. Al tercer o cuarto día divisamos las Islas Azores o Terceras, únicas que vimos en nuestro viaje de trece días.

Otro día seguiré con la carta, pues hoy me falta tiempo para acabarla. Solamente te recordaré que, cuando yo estoy escribiendo estas mal coordinadas palabras, tú estarás durmiendo el sueño feliz de los ángeles; tu pensamiento reposa, lo incomprensible y lo visionario quizá reina en tu mente en estos momentos, o quizás acordándote de la fecha de hoy, ¿verdad?

Con recuerdos a los tíos, tía, primos y primas, amigos, amigas, con abrazos a José, se despide de ti este pequeño hombre que el pensamiento en ti tiene y que abrazos y buena ventura te desea, tu hermano, que te quiere,
Sixto.

21

España
Sr. José Fernández
Covadonga 69
Gijón
Habana, 6 de marzo de 1914

Querido hermano:

Desearía que al recibo de la presente estés disfrutando de perfecta salud; yo, bien. Con motivo de tu próximo santo te desea muchas felicidades, en compañía de mi hermana y familia, este tu hermano, que mucho te quiere y abrazarte desea,

Sixto.

Habana, 5 de abril de 1914
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Con la presente tengo la satisfacción de poder saludarte, deseándote toda la clase de bienaventuranzas acompañadas de una perfecta salud; la mía, bien, a Dios gracias.

Como te decía en una de mis anteriores, te escribiré la conversación que sostenía la susodicha parejita, aunque solamente sea por tratar de alguna cosa que no sea corriente; pues a esto estamos tan acostumbrados, que cualquier noticia que simplemente parece corriente no nos llama la atención. Porque ¿de qué te parece que voy a escribir?, ¿de que hoy estoy de guardia y no puedo ir a recrear mi vista en las hermosas cubanitas (y peninsulares también), que van a lucir sus simpáticas figuras por el delicioso paseo del Malecón? ¿No te parece que eso es una cosa vulgar? Pero, sin embargo, si te escribo una conversación que sostuvieron dos personajes ideados por mi mente para presentártelos como si fueran reales, porque al mismo tiempo que te los escribo mi inteligencia cavila buscando las palabras y modos más propios de expresarse fingiendo humildad y brusquedad juntamente, eso te gustará más aún cuando los términos en ellos puestos estén bien coordinados.

Pues bien, cuando venía de retorno hacia popa (sitio de mi alojamiento), me llamó la atención el ya descrito matrimonio, y como venían en la misma dirección que yo, y llamándome la atención su conversación como hombre que le gusta enterarse de todo, pude oír los siguientes párrafos.

—¡Ay, Pepito, tengo mucho miedo! Este balanceo continuo del barco me da terror.

—¡Cállate mujer, que no es nada! Desde que salimos de La Coruña, siempre me estás diciendo lo mismo: llevamos seis días de viaje y estás peor que el primero.

—¡Pero si cada vez está el tiempo peor, no está el vapor un momento quieto! ¡Ay, mamá! ¡Ay, abuelita!

—¿Será posible que ahora te vengas a recordar de toda la parentela? Déjala en paz y hablemos de otra cosa.

—¿Cómo quieres que hable de otra cosa si no puedo, si toda idea se va de mi mente ante el fuerte empuje de las olas; si doy un paso y parece que me caigo? ¡Si yo supiera esto!

—¿No te lo he dicho en casa lo que era, que el transatlántico balanceaba mucho, que eran diez días de viaje, diez días continuos de malestar? Entonces, ¿no lo sabías?

—Sí, pero... ¡Ay, cógeme, Pepito, que me caigo! ¡Qué susto! Creía que el barco se hundía (una fuerte ola había hundido el barco, mientras tanto el viejo reía).

Ella: —¡Qué cruel eres! Cuando yo estoy sufriendo, tú estás riendo. Cuando tú me estabas haciendo el amor no te mostrabas así; estaba yo triste, tú también lo estabas, y ahora que soy tuya eres una pantera.

—Ja, ja, ja! Me da risa tu modo de hablar. Toma un poco de té para calmar los nervios.

—No lo necesito. Tú me debías dar alegría entre tanta tristeza. Me estas enardeciendo el ánimo. Ya me lo habían dicho, pero, creyente en tu amor, no hice caso de los dichos y unimos nuestros vínculos con el lazo conyugal.

—¿Qué? ¿Acaso dudas de mi amor? No seas tonta, son bromas mías.

—Bromas reales. Nada, desgraciadas las jóvenes que se casen con hombres de edad como tú, pues están expuestas a los rigores de las majaderías. Te lo digo por experiencia. No hace tres meses que nos hemos casado y, exceptuando los días de boda, estuve sufriendo siempre. Sufriendo, sí, en el silencio, como las heroínas sufren en el encierro su valor temerario. Bien es verdad que el mundo se hizo para sufrir. Ved cómo Colón cruzó estas mismas aguas, primero cubierto de gloria y después cubierto de cadenas. Vedme a mí, que en vez de felices y bienaventurados años en tu compañía, veo venir año tras año de tristeza y desasosiego, de martirio y esclavitud. ¡Ay! Tú me dirás que muy visionarias somos las mujeres, pero te diré, que, desgraciadamente, siempre acertamos con el mal.

—Parece que voy tomando esto en serio, no creía que te fuera tan cruel. Yo, que te amo tanto, que te adoro tanto, ¿me dices eso? Yo que creí que mis bromitas te halagaban. Veo que es todo lo contrario. Que cuando tienes algún capricho, yo te lo complazco; que vamos a todas partes juntos. ¿Por qué eres así? ¿Por qué dices eso?

—¡Qué pocas veces! No esperabas más que llegara la noche para irte al Casino a jugar con esos viejos solterones que critican a todo el mundo, y

me dejabas a mí, sola, cabizbaja y pensativa, pasando las horas de insomnio en un continuo recuerdo de tiempos alegres y lugares que ya no volverán. Me acuerdo, sí, cuando feliz jugaba por el florido campo, persiguiendo las revoltosas mariposas. No pensaba en nada. Mi alegría, el cariño paternal, mi amor, las flores; mi gusto, el gorjeo de los pájaros; mi felicidad, el aire puro que respiraba libre de toda preocupación. Una de mis mayores alegrías era cuando, en las vespertinas mañanas, veía los campos cubiertos de rocío y el sol radiante de hermosura enviar sus reflejantes rayos sobre la verde alfombra tapizada de blanco. ¡Qué espectáculo tan encantador! Era un sueño continuo, libre de toda inquietud. Más tarde crecí y me iba haciendo mujer. Ya aquellos juegos infantiles iban desapareciendo, por lo cual estaba esperando a sufrir viendo aquellas alegres niñas jugar como yo lo había hecho antes. Un día rodaron por mis mejillas dos lágrimas porque, estando viendo muy contenta saltando y brincando las graciosas muchachitas, mi mamá me llamó para atender a los quehaceres de la casa. Fue mi primer llanto de esta vida y, desde entonces, mi única alegría era casarme y tener niños para estar mirando sus loquitos juegos y que en sus edades hacía yo. He aquí la vida: la niñez es la antesala del sufrimiento.

—¿A quién leíste que estás tan inspirada? Oyendo a mujeres como tú debemos apoyar los hombres el sufragio universal. Tu oratoria me recuerda a la princesa Otilia, aquella que nos describe la historia; ella lo decía con razón, porque el príncipe Alberto la hacía sufrir mucho. Pero tú, ¿de qué te quejas? ¿No te amo? ¿Una y mil veces no te he dado pruebas de ello? ¿Te acuerdas? Era una sonriente mañana del mes de mayo, ese mes en que las flores abren su capullo, cuando la claridad del sol las ilumina, cuando el rocío se evapora ante el fuego abrasador de los rayos solares. Sí, ante mi vista resalta aquella historia harto sabida de nosotros, la cual por ser muy larga no te la describiré toda, te haré recordar una parte de ella. Cuando aquella mañana salimos de paseo nos internamos por los verdosos campos, deteniendo nuestra triunfal marcha a la orilla de un arroyo, allí donde la Naturaleza brinda a la humanidad su grandeza, donde el murmullo del agua se agita al pasar por las rocosas piedras que lo bordean, donde la brisa ensancha los corazones, alegrando tanto nuestros seres que nuestros ojos se debilitan. ¿Te vas acordando? (Ella hace signos afirmativos). Cuando juntos mezclábamos nuestro amor con las primicias de la Naturaleza, sonó un beso, lleno de amor puro y cuyo eco resonó en todo aquel paraje. Todo era grande en aquel paraje, el amor rebasaba los límites del idilio, nada había más grande para nosotros, ni el amor a nuestros padres, y, sin embargo, hace siete meses escasos que

esto ocurrió y ya crees que no te amo. ¡Oh! No me vuelvas, por Dios, a decir semejante sacrilegio. ¡Si te amo cada vez más! ¡Y cuanto más te quiero, más me desprecias! ¡Qué ingratas sois las mujeres!

Dispénsame la lata mayúscula que te di hoy, tenía ganas de escribir y allá lo desembuché todo. He recibido tu postal y la de mi hermano, como también de las simpáticas vecinas y vecinitos (a los cuales les escribiré una carta por su atención). A ti darte las gracias es poco, por lo cual, en vez de ellas recibe el eterno cariño que de este fiel cumplidor de tus mandatos, abrazos, todo, en fin, que pueda ser prueba del más grande amor.

Recuerdos a todos, especialmente a José muchos abrazos, y le das las gracias, que le escribiré, y tú recibe muchos de este cariñoso pequeño,

Sixto.

P. D.: Dispensa lo mal escrita, pues la hice corriendo, y como no cabía tuve que añadir este complemento.

Vale.

23

Habana, 10 de abril de 1914
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Con la presente tengo sumo gusto en saludarte, deseándote mucha salud y prosperidad. Hoy me pongo a escribirte sin saber de qué tratar. Busco en mi derredor algo que pueda servirme y no lo encuentro, busco en los periódicos algo nuevo y no lo hallo, busco en mi mente algo para contar y no aparece. En fin, que no sé de qué hablarte. ¿Te hablaré de que el sol calienta nuestros seres como si nuestro cuerpo ardiera? No, porque mi capacidad intelectual no me permitiría extenderme mucho. ¿Te hablaré de las endebles guaguas que a diario cruzan las angostas calles de La Habana conduciendo pasajeros? No, porque yo no sabría expresarme bien para que tú me entendieras. ¿Te hablaré de los teatros? No, porque mi personalidad como crítico me impide que yo describa a su compañía teatral sin dar lugar a errores de los cuales no quiero inmiscuirme.

¿Sabes lo único que podría decir? Que la Compañía de Ópera Italiana que trabaja en el Gran Teatro Polyteama, de la cual forma parte una de las mejores divas del mundo, y cuyo nombre es María Barrientos, cobra por una butaca 35 pesetas, y por una entrada al histórico *gallineru* cobran 15 pesetas, conque figúrate. ¡A los reniegos, qué caro ye! En el Payret trabaja una compañía de comedia de la que forma parte Matilde Moreno. Esta compañía ya cuesta más barato, 3 pesetas butaca, y he visto por ella la genial obra de Jacinto Benavente *La Malquerida*.

¿Te hablaré de los hermosos transatlánticos que hay anclados en la bahía? No, porque mi descripción no te interesaría nada, debido a los pocos datos que podría suministrarte. ¿Te hablaré de la industriosa villa de Guanabacoa, que he visitado hace unos días? No, porque ¿qué mas da que yo te hablara, por ejemplo, de la fabricación del hielo, si tú no sabes lo que son o cuáles son los aparatos de afinidad que se emplean, ni lo que es el amoníaco y anhídrido sulfuroso, que son los cuerpos refrigerantes? Quedarías en ayunas.

Mas hasta ahora no se me ocurrió esta idea. Hoy es Viernes Santo, justo es que trate de eso. Hoy, según nos describen las sagradas escrituras, hace años que mataron a aquel hombre que dicen se llamó Jesucristo, hijo de San José y de la Virgen María, esa virgen tan discutida por los adictos a las doctrinas de Lutero. Ese Jesús que bajó al mundo para redimarnos y que las hordas salvajes de los judíos lo clavaron a una cruz, después de haberlo hecho sufrir como quien clava una punta de París a una barra-catre para que no se rompa mientras nuestros cuerpos descansan.

Es en verdad un tanto oscura esa leyenda o historia. Un hombre que baja al mundo diciendo: «Creced y multiplicaos» y que sus sacerdotes son los primeros en no cumplirlo. Un hombre que baja al mundo pronunciando: «Perdonad a vuestros enemigos como yo los perdono» y que sus sacerdotes son los primeros en amenazarnos con el infierno, ¿puede merecer mucho crédito su existencia? Un hombre que muere un viernes por la tarde y resucita el domingo, a las diez de la mañana, y que la Biblia dice en el evangelio de San Mateo: «El Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra», ¿son acaso tres días?

Mas me arrepiento de haberte dicho lo anterior, porque si, por desgracia, llegara esta carta a poder de un santo sacerdote de la Santa Iglesia Católica, podría excomulgarme Su Santidad «el Papá»... digo «Papa», el ser representante de Dios en la Tierra. Aquel Dios humilde encarna en este DIOS grandioso rodeado de un lujo inmenso ese dios que vive en su chiquita casa

compuesta de unas pocas habitaciones, total: unas ONCE MIL HABITACIONES PARA UN SOLO HOMBRE QUE PREGONA HUMILDAD.

Dispénsame el atrevimiento. Recuerdos a tíos, tía, primos, primas, amigos, amigas; abrazos a José y tú recibe muchos de tu hermano, que muchísimo te quiere y abrazarte desea,

Sixto.

24

Habana, 20 mayo de 1914

Salud y prosperidad te desea tu hermano, que muchísimo te quiere,
Sixto.

España
Srta. Florentina Fernández
Covadonga 69
Gijón



Bohío cubano. Tarjeta postal enviada por Sixto Fernández a su hermana Florentina, La Habana, 20 de mayo de 1914.

Habana, 26 de mayo de 1914
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

La alegría me ahoga en este momento, porque ante mi vista resaltan las letras escritas por tu santa mano, señal de que sigues buena; yo, bueno. Ya que en tus cartas me pides que te escriba algo que se relacione con mi persona, voy hacerlo hoy.

¿Mi vida? He aquí la frase que encierra la voluntad de las personas, representa por sí los hechos reales e ilusorios, la alegría y la tristeza, el amor y el odio, la suerte y la desgracia, y, en fin, abarca tanto su respuesta, que los hombres más eminentes, a los cuales la Gloria los rodea, vacilarían en su contestación. Un mismo Robespierre renunciaría hacerlo. Mas yo, que poco mundo, pocos sufrimientos y pocas penas he pasado, muy pequeña cantidad puedo escribir sobre ella.

Un resumen, pudiéramos llamarlo. Me parece (si mal no recuerdo) que te he contado hasta mi llegada a esta República. Cuando arribé a La Habana, una nueva vida empezó para mí, un nuevo año comenzaba a empezar. A las agrestes montañas que rodean el Musel (sitio de mi partida) sustituían los verdes llanos y la población comercial que circundan la risueña bahía de La Habana. Las sencillas y potentes casas flotantes que cruzan este anchuroso trozo de mar truncarán a los débiles vaporcitos que con sus chillonas sirenas atruenan el espacio para prever a los pasajeros su pronta partida hacia el Musel. Los enormes transatlánticos en esta bahía me hacen el efecto de los pequeños transatlánticos de las compañías hamburguesas en el puerto de esa anclados.

Cuando a bordo estaba, mi hermano, en una rápida vaporeta, muy comunes en este puerto, me fue a visitar. No nos conocíamos mutuamente. Yo veía a un joven vestido de azul en la vaporcita antedicha. Le miraba: él hacía lo propio. Me parecía conocerlo; él participaba de la misma idea, con la misma ansia, como aquella que sentimos cuando vemos un fiel amigo de la infancia que, debido a los cambios habidos en su fisonomía, apenas los conocemos, pero nos vienen a la mente estas frases vulgares de: «¿Será él? No debe ser.

¡Quién sabe! Preguntémosle». Pues bien, lo mismo me sucedía a mí. Le decía a Avelino:

—Oye, Avelino, aquel (señalándole) me parece mi hermano. Y en el mismo momento que yo le hablaba así, él me llamaba, me indicaba el lugar de mi desembarco, me señalaba al mismo tiempo los documentos que había obtenido del Centro Asturiano (haciéndome socio antes de llegar y pagar él la cuota), para librarme si tenía o me llevaban al repudiado lugar de cuarentenas que se llama Triscornia.

Más tarde desembarcaba. Frases de cariño me dirigía, abrazos, preguntas, respuestas, indagaciones, verdadero amor filial sentía por mí. ¿Te acuerdas de la última noche que pasé en tu compañía? Tú me decías:

—Tienes allí un hermano que te ayudará mucho, te presentará donde haya que hacerlo, cuidará de ti; en fin, hará por ti todo lo que sea necesario.

A lo cual contestaba yo con frases frías, con frases de niño que desconoce completamente la vida mundana, que no había conocido otra casa que no sea la suya, que no ha tenido necesidad más que de sus propios hermanos. Yo masculaba más bien que hablaba:

—Pues a mí tal me parece que no es mi hermano, no lo he tratado tampoco. Qué sé yo, en el hogar que habito no he conocido, no he amado verdaderamente más que a tres personas: dos sois vosotros, la tercera ha sucumbido, ha desaparecido de nuestra compañía, ha dejado de mimarnos su tierna presencia, nos conmovía al amor paternal. No he conocido ni de mis padres ni de mis abuelos más que a ella, el amor era todo para ella, mi vida era de ella, y por ser buena y por ser dulce ha muerto... Descanse en paz la que en vida fue ejemplo de las madres. Tú me decías: «Ya lo verás cuando estés allá».

Y, en efecto, así fue. Me trató mejor, muchísimo mejor de lo que yo esperaba de él. Me presenté en la casa de a quien yo iba recomendado, indagó, me presentó a varias casas comerciales y me buscó colocación. No te equivocas en nada, tal parece que eres la encarnación de lo Futuro.

Seguiré mañana.

Con recuerdos a los tíos, tías, primos primas, amigos, amigas; abrazos a Juan y Rodrigo, muchos a José y tú recibe muchísimos de esta prenda que es tuya solamente,

Sixto.

Habana, 2 de junio de 1914
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Una larga era de salud y prosperidad te deseo; la mía, bien. He recibido hoy tu carta, fecha 20 de mayo, a la cual contestaré como se merece. Leo, releo y vuelvo a leer tu carta, y el llanto interno que ahoga los corazones conmovidos remueve el mío. La leo y mi emoción es algo pequeña porque no contaba con una carta tan dignamente escrita. La releo y esa misma emoción va aumentando a medida que mi inteligencia se va dando exacta cuenta de su profundidad. Mas luego la vuelvo a leer y mi corazón se entenece. El espíritu que acompaña nuestro entendimiento en su desenvolvimiento siente una grande alegría, la justicia se cumple, y ¿sabes por qué? Porque me dais en esa carta, porque me aconsejas en esa carta con más *profundis* que nunca que siga amando el estudio, que siga esa senda más vulnerable ante los ojos de la Humanidad.

Mi corazón tierno, mi corazón débil, porque los sufrimientos no lo han hecho todavía padecer, porque las huellas del odio no lo han ennegrecido, despierta. Pues bien, ese corazón, ese organismo interno, centro de la circulación de la sangre, esa gran vena arterial tiembla de cariño, tiembla con la humildad del sencillo ante una sentimental idea, con el amor del devoto hacia el ídolo que adora. Si lo oyeras decir, si lo sintieras palpar, tu mismo corazón se contagiaría, tu mismo ser se sentiría débil, porque verías que tus consejos eran fielmente cumplidos, sus formas tan exactamente regladas, que no volverías a añadirles a esos mismos consejos la frase de «siempre con sermones». No, no creas que por mi mente circula tan indigna idea. ¿Acaso crees que no te quiero lo suficiente para recapacitar de esa manera?

Si supieras la alegría que guardo en este momento, no puedes figurártelo. La verdadera justicia que sale del fondo del alma debe ser admirada. Dices bien, interpretas bien las palabras: a los consejos deben seguir las advertencias. Me hablas (no me escribes) de que estudie mucho: idea santa. Me dices que no dé cuenta ni a mi más íntimo amigo: reflexión justa. La idea (dice el refrán) hace al individuo. Si meditamos bien esta idea encontraremos el fin: la idea se convertirá en hecho real. ¿Sabes por qué? Porque donde hay

voluntad, hay amor, y donde hay amor, hay aspiración a llegar al final. De modo que te quiero decir con esto que el que se propone, dispone, y el que puede, obtiene lo que quiere.

Hoy mi inteligencia está llena de ideas que mi pluma no es capaz a colocarlas en orden; la interna satisfacción me sobrecoge. Y es que me has hecho hoy tú ser filósofo, porque tu carta encierra mucho grande, mucho digno de un Demóstenes. Cuando te escribo me atropello, todo quiero decírtelo a un mismo tiempo, todo explicártelo tan sencillo que lo hago mas engorroso. Mas la Natura no me envía su fresca brisa estacionaria para disipar mi cerebro y ponerlo en reacción, sino que arrastra hacia mí un calenturiento aire que tupe mis sentidos con el asfixiante calor. Pero la noche está clara, el cielo límpido y las estrellas centellean. ¿Para qué hace tanto calor? El sudor cubre mi rostro, la camisa refleja el sudor externo del cuerpo; la aspiración por las narices se entrecorta con frecuencia porque el calor las entorpece; las crines de los caballos suenan con más fuerza que nunca. Y voy a dejar aquí esta pequeña parte filosófica y tratarte de otros asuntos.

De lo de la peste no hay nada, pero parece que a los de la sanidad les dio por decir que la hay y *baila pa ellos*, pero no hay nada absolutamente. Se corren rumores de que es para matar el comercio español, pues las diecisiete manzanas que cerraron es donde hay los mejores almacenes de víveres de la República y, por lo tanto, la más comercial. La casa de González y Suárez la cerraron porque a uno de sus empleados le dio una parálisis aguda, que en cuarenta y ocho horas se murió, y los médicos le certificaron Peste Bubónica. Otro muerto, de los tres que fallecieron, fue una mujer que se murió de un pasmo, y los médicos lo dieron de peste.

En fin, que por esta parte no te inquietes. De Silverio no supe que se había marchado hasta que tú me lo dijiste. De Serafín, mi hermano, no temas, porque está en un punto donde el traslado de la correspondencia se hace con dificultad. Yo la recibí hace dos días, diciéndome que sigue bien de salud.

Muchos recuerdos a tíos, tía, primos, primas, amigos, amigas; abrazos a José y tú recibe la prueba más grande que pueda imaginarse de tu hermano, que te quiere lo indecible.

Sixto.

No esperes a mi tío Joaquín, porque se queda a dormir en casa de tío Juan Antonio.

Habana, 6 de julio de 1914
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Mi alegría se hará muy larga si, cuando recibas esta, sigues disfrutando de una perfecta salud; la mía, bien, a Dios gracias. Ansioso de recibir carta tuya, no lo he hecho yo antes debido a lo poco que tenía que contarte. Mas los días fueron pasando y las horas cruzaron corriendo por la esfera del reloj; y yo, sin tener noticias tuyas, la intranquilidad me abstenía de escribir, el puño no quería girar y mi alegría, oculta. Y te escribo esta y te dirijo estas mal coordinadas líneas para lograr, para rogarte me escribas pronto, enseguida, ya que no lo has hecho antes.

Tú ya sabes, tú ya conoces, que mi constitución interna es fuerte, fortísima; la filosófica frase «la salud es la mayor de las riquezas» me embriaga con ese sentimiento tierno de la credulidad, me aminora cualquier exceso y me debilita ante lo innecesario. Cuando ruge el viento, me enternezco cual ave voladora que busca el seguro ante la voracidad del huracán; si llueve poco, me cobijo bajo los frondosos árboles o en los soportales de las casas; si el agua que cae es tempestuosa, me guardo en mi casa, anhele el reposo y huyo [de] mojarme. De los rayos solares me aparto y de la luna me guardo, porque dicen que es muy malo porque se está expuesto a una congestión. Los pocos domingos que salgo voy al campo, o sea, a los alrededores de la gran urbe habanera, donde el aire puro se respira, allí donde la pradera con su verdor y las palmeras con su majestad parecen ritmar un poema; las miles [de] florecillas blancas sembradas a lo largo de las explanadas parecen cual hadas que esperan nuestra llegada para enviarme el dulce perfume que desprenden. Y los días que no salgo tengo que hacer guardia cual carcelero que no puede abandonar su puesto.

Y así paso los días y así paso yo los meses siempre igual. Amigos no tengo, porque no los quiero; prefiero salir solo e ir adonde quiera, sin dar cuenta a nadie y, al propio tiempo, nadie puede contrariarme. ¡Cuán dulce es vivir sin estorbo! ¿Y sabes por qué? Pues porque tú me lo has aconsejado para precaverme de males futuros, y si salgo, suelo hacerlo con Feliciano, del cual ya te hablé, el cual más que amigo me parece un familiar. Muchas o, es

decir, pocas veces voy con él a pasar las noches a casa de sus primas, muchas muy educadas y muy buenas, y como ya te hablé de las costumbres de este país tropical de ir los jóvenes a pasar las noches a casas de las amigas, donde suelen improvisarse bailes y juegos que hacen muy amena la estancia en aquellos lugares. Pero como ya te he dicho antes, son tan pocas... Con decirte que me toca salida un domingo sí y otro no, y un día a la semana, es decir, seis salidas al mes.

Con lo dicho te he dado a entender (este fue mi fin) que me cuido la salud y que la seguiré teniendo si las eventualidades lo permiten. Y ahora que acabo de darte una ligera idea de algo concerniente a mí, ¿de qué cosa hablaré?

Surge en mi mente la pregunta de siempre, el aforismo de ahora, y la resolución del más tarde. Si yo tuviera la filosofía de un Dante, si yo poseyera la ciencia de un Arquímedes, lo resolvería todo y haría o llevaría a la realidad el cuento o tema de la piedra filosofal. Si las ideas grandes que germinan en mi entendimiento las realizara en la práctica, sería el hombre más feliz del Globo. Ni Rockefeller con sus millones ni Marconi con su ciencia, al cual se llama el brujo de la electricidad, me superarían en talento.

Otra. Este verano hace tanto calor, que [no hay] habitante alguno que está en esta isla que recuerde mayor calor que el que hace este año. De noche no puede dormirse a causa de ello, y por el día hace tanto que yo me veo en la necesidad de usar tres pañuelos, días que los mancho solamente de sudor, pues fusión ya no tengo nada.

Te repito que escribas más a menudo.

Muchos recuerdos a mis tíos, tía, primos, primas, amigos, amigas; besos a Juan y Rodrigo; muchos abrazos a José y tú recibe el cariño de tu hermano, Sixto.

28

Habana, 14 de julio de 1914
Srta. Florentina Fernández
Covadonga 69, 2º
Gijón Asturias

Contento sin cuento te desea en este momento sin descontento,
Sixto.

Habana, 26 de julio de 1914
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Me alegraré infinito, si al recibo de esta os encontráis todos buenos de salud, como para mí mismo deseo; la mía, buena. Cuando la carta recibáis de manos del cartero, notaréis que pesa más que otras veces; entonces os pondréis a abrirla enseguida y descubrir el secreto, y, cual Arquímedes, diréis «¡eureka!» al contacto de vuestra fina mano con el reflejo del que está lejos. Abarcaréis, como Napoleón, de una sola mirada todo el campo, todo el contenido de la fotografía; cantaréis el ¡Aleluya! viendo cumplidas tus aspiraciones. No veréis, como él, con la mirada entrecogida y profunda, los relámpagos de los fusiles, los ayes de los heridos, ni el rugir de las trompetas; mas, sin embargo, veréis al hombre ideal, el que anhela el porvenir en las altas esferas, el dependiente de hoy, el... quién sabe de mañana.

El mundo da muchas vueltas —dicen los hombres de ciencia—, los que hoy son déspotas, debido a su alta jerarquía, mañana podrán ser humildes siervos. Y así es el mundo: Dios lo ha creado para sufrir —es el decir de muchas gentes—. No hay un solo ser en el mundo que esté contento con su suerte: el pobre aspira a ser rico, el colono a hacendado, el rico a ser millonario, el millonario a tener muchos millones... Mas a mi mente vino en este momento un recuerdo. ¿He dicho antes que «no hay un solo ser en el mundo que esté contento con su suerte»? Pero me he fijado a tiempo que estaba errado, es decir, que me equivocaba. ¿Cómo iba a incluir en este lema al avaro, al hombre insociable, al trastornador universal, al que «todo para mí» constituye su lujuria; el ser inútil en el mundo y, sin embargo, es el más feliz, ríe como el idiota, entre las cuatro paredes que forman su alcoba, al contacto de sus dedos encogidos, con los billetes miles que forman su fortuna, su débil figura encorvada hacia delante por los años, su faz arrugada, su pelo y barba blanca, su ruin sonrisa sarcástica riendo cual hipócrita, le da un aspecto repugnante; ese ser que recoge hasta los alfileres que hay diseminados por el suelo, porque dicen es dinero, no los lleva al mercado o a los depósitos o fábricas por no dar ganancia al comprador, por temor a que luego gane más que él, cuenta y recuenta su dinero, cual si fuera su

sostenedor? ¿Creerá el avaro que el dinero lo acompañará en el sepulcro? ¿Creerá, como el químico con su combinación de ácidos encontrar la piedra filosofal, encontrar su bienestar en el otro mundo que en vano busca la ciencia?

¿Me veis? Mi cabeza soñolienta, reposa fuertemente sobre el guía del hombre: la derecha. Si al tocarlo se conmoviera, le sentirías palpar; si hablara, le oirías decir: «¿Llegaré al fin? ¿Me aburriré cuando haya empezado? ¿Sucumbiré cuando lo haya conseguido?» ¡Cuánta pregunta sin respuesta! ¡Cuánto teorema sin poder descifrar!

Después que hayáis extendido una mirada vaga por la postal, examinadla con detenimiento.

Las flores que aromatizan el ambiente nostálgico del estudio fotográfico dan a mi espíritu un aire sutil, una corriente de ensueño que adormece los sentidos cubriéndolos de profunda perseverancia. El libro que bajo mi frente está abierto es una Geografía (cosa extraña) donde leo los adelantos agrícolas de Francia. Medito un momento sobre lo que estoy leyendo y me digo: El pueblo francés ama la agricultura; más de la mitad de su población, o sea, del número de habitantes que tiene la República, que son 36.000.000, se dedican a la agricultura (18.000.000) y España sigue inculta, la agricultura no se cuida, los campesinos emigran, carreteras que comuniquen dos campos o aldeas con las ciudades no se hacen, los canales de regadío para prever al labrador de la sequía no se presentan ni en el Congreso y, sin embargo, nos llevan como fieras amansadas a la guerra para salvar intereses de caciques. Bajo el tostante sol africano nuestra juventud se desangra, esa juventud preciada que debe formar la Nueva España, los asesinan en el Barranco del Lobo o los llevan a las orillas del Kert a que los maten las *harkas* rifeñas; y las madres se quedan sin hijos, las esposas se quedan viudas y nuestros campos sin cultivar, y los gobernantes dicen al pueblo que se someten *harkas* y los generales nos hablan de planes definitivos. Hay una escaramuza, nos apoderamos de un pico; hay un tiroteo, tomamos un monte. He ahí nuestra obra pacificadora. ¡Pobre España! Mientras tus hombres los matan o emigran a tierras lejanas en busca de paz, tus niños, sin escuelas, más de la mitad de tus habitantes no saben leer ni escribir.

El guerrero bizantino, que en los anales de la historia está escrito, resurge de nuevo, cual si un sueño de breves años fueran suficiente para emprender de nuevo la lucha en otro lugar. Construimos acorazados, y nuestras industrias muertas por falta de tratados comerciales; nuestra patria, considerada

en el extranjero como el país de bailarinas y toreros; a nuestro soberano le sacan caricaturas vestido de balandrista. ¿Cuál es el porvenir de España? ¿Dónde se manifiesta eso que dicen Resurgimiento? A Noel, ilustre orador y acérrimo antíflamenquista, se le abofetea en una conferencia y se le silba por las calles de Sevilla. Necesitábamos a Canalejas y nos lo han asesinado. ¿Es que estamos sometidos al atraso por culpa de los gobernantes?

España, después de la pérdida de las colonias, florecía, se fundaban industrias y se cultivaban los campos; vino la guerra de nuevo y la hundió. ¡Maura, no! gritan los partidos avanzados, y también liberales y datistas, y Maura, lleno de orgullo y ambición, crea un nuevo partido para ser jefe, fundándolo en menoscabo de la Monarquía. Mas ante el alejamiento de Maura del gobierno, la figura de Melquíades se levanta fuerte y vigorosa, capaz de soliviantar los males de que padecemos. Se le llama traidor porque abandona al republicanismo español para salvar a nuestra patria, y por ser hombre bueno le dicen traidor.

Yo paso las pocas horas que tengo disponibles en estudiar algo y repasar y repasar lo que estudié. En octubre pediré permiso en la casa para estudiar por las noches en el Centro Asturiano. No sé si me lo concederán, porque la mayor parte de los comerciantes de esta son una serie de brutos que no se ocupan más que de trabajar, sin dejar al dependiente campo abierto cuando se trata de una idea como la mía.

¿Sabéis cuántos días salgo yo? Pues un domingo sí y otro no, y un día a la semana. Figúrate a un hombre como yo, que necesitaba por lo menos salir todos los domingos en busca de expansión, tenga que permanecer aquí encerrado. No creas tú que yo quisiera salir todos los domingos para ir de juerga, pues no gano ni para vestirme, sino para hacer algo de ejercicio, ya que aquí no lo hago y es conveniente para la salud. El domingo que salgo voy al *foot-ball* para distraerme y, al mismo tiempo, vigorizar el cuerpo.

Está haciendo un calor como no se recuerda otro. Ya ha habido días en que parece que nos vamos a asfixiar, por lo cual hay que estar tomando refrescos continuamente.

Yo no mando el retrato más que a José y a ti, debido a que he salido mal, y, como espero hacerlo de nuevo, dentro de dos meses les mandaré unas buenas fotografías. Fíjate si tendré yo empeño en hacerme buenos retratos, que he ido con uno de los mejores, o quizá el mejor, que es Otero, un señor cincuentón y que fue compañero de viaje, y al cual he tenido el gusto de mostrarle a bordo mi fotografía, para interrogarle si él haría trabajos tan

perfectos como ante su vista veía. Entonces él me dijo quién era, y que tenía varios diplomas y medallas ganadas en diferentes exposiciones por sus trabajos acromáticos, añadiéndole yo mi idea de si retratarme tuviera necesidad iría con él, a lo cual me contestó gustoso. El día que fui se lo recordé, mostrándose lisonjero a hacerlo mejor, pero ha quedado muy por debajo del Sr. Peinado.

He notado también una cosa, digo, varias, entre ellas la falta de muebles adaptables para los trabajos artísticos y netamente fotográficos. Te puedo referir los que había: una mesa-centro dorada, cubriendo a la cual había un tapiz estilo persa, formando bonitas combinaciones, dos sencillas columnas griegas y una roca artificial para los pensadores marítimos. Los fondos para los trabajos eran muy deficientes, restándole al artista algo de su merito. Mas he podido contemplar en la sala de espera y en la magnífica escalera que conduce al primer piso, lugar donde está emplazada la cámara fotográfica, hermosos trabajos en colores que me han llamado mucho la atención, viendo también en los escaparates que tienen enclavados en la puerta ilustres personajes políticos y distinguidísimas damas. Y voy a finalizar pidiéndote perdones la kilométrica «Lata, Tabarra y Cía.».

Muchos recuerdos a los tíos, tías, primos, primas, amigos, amigas; fuertes abrazos a José y tú recibe muchos de este pequeño que tiene un corazón muy grande y que verte desea,

Sixto.

30

Habana, 14 de setiembre de 1914
Srta. Florentina Fernández
Gijón.

Queridísima hermana:

Mi alegría será infinita si al recibo de la presente sigues bien; la mía, inmejorable. Más de mes y medio hace que estoy esperando carta de ti, y ni una llega; únicamente unos periódicos he recibido que no conciernen ni dicen nada respecto a ti, que es lo que a mí me interesa, y más en los momentos actuales. De aquí, poco nuevo te puedo contar, a no ser que está todo completamente paralizado; las casas que tienen diez dependientes se

quedan con cinco; casi todas las fábricas de tabacos están cerradas y miles y miles de obreros están sin trabajo. La guerra descivilizadora que la Europa bélica sostiene, aunque no llega el ruido de los cañones, llega el olor putrefacto de la pólvora, pues los países beligerantes eran los abastecedores de casi la totalidad de productos que esta pequeña República cosmopolita importa, siendo por ello la causa de que lo poco que viene alcanza precios fabulosos. Veremos a ver en qué para esti tingláu que non hai quien lu entienda.

—Oye, ñatu, ¿qué te paez de la guerra franco-belga-ingles-austro-serbia-ruso-japonás-alemana?

—A los reniegos, qué ritahíla de nombres, paez que tas diciendo latín. Pus qué ha de paeceme de esos hombrones que i les dió por xugar a los soldados en plenu agosto cuando iben a facer el amor a les moziquines de ellos: que non tienen cabeza. Y lu pior del casu ye que esi endemoniáu Lerroux sintió el olor de la pólvura, asustóse y llamábanos a nosotros pa que fuísimos a defendelu de la chamusquina. Sos, Ramona, si hubiera guerra yo non te dixaba, porque quiérote yo a ti más que los franceses a París.

Dales muchos recuerdos a tíos, tías, primos, primas, amigos, amigas; a José muchos abrazos y tú recibe muchísimos de tu hermano, que mucho te quiere y tu bienestar anhela,

Sixto.

P. D.: Dame cuenta de todo lo que pasa en esa.

31

En L'Habana, a 19 de octubre 1914
Señurita Florentina Fernández
Xixón

Queridísima hermana:

Fai agora doce días que recibí la tuya del pasáu mes, en la qui mi partícipes haber lligáu a tus aristocrátiques manes los hermosos güeyos (pa que sudes, como dicen aquí) alloriaos ante la vista del libru que líía. Que m'encontraron gordu, eso ya yo ti lo dicía, pero tú ti habías icháu la cuenta de veme echu un xatu. Non tanto, ñeña, porque eso ye mucho desagerar.

¿Fijáste bien en la corbatina? ¡Ay, muyer! Si fora a contarte la historia de la corbata, tendría pa enllenar papel y más papel. Ye aquella corbata que tú me rigalaste el día qui fuimos a comprar les de Serafín, la de los ramos verdes (el verde que necesitan los alemanes), morada el restu, como la casulla del obispo depués de la simana trájica de Barzalona. ¿Sabes cuándo la pongo? Cuando voy a facer alguna vesita, pus échome ista cuenta: les persones, cuando hablamos, al mirai el físicu a la persona a quien dirijimos la palabrina, extendemos los güeyos de vez en cuando de la nariz pa baxo, y entós debemos coyer bríos si el hombre o la muyer les fay buen efectú la presencia, y comu la persona, si ye hombre lu adorna moncho la corbata, vuelva a dicirme a mí mesmo: la corbata ye muy guapa, tien que moveles la curiosidad de dicirme algo con respecto a ella y entonces es mía para encomendame a ti que me saques del apurín. *Nuevesita está*, como dicen los criollos. La sortija me la pongo cuando nicisito ir presentable, in lus demás casus non me la pongo por que non gústame presumir.

Non te iscribo más por hoy, con mutivo di no tener tiempo pa extendeme. Con ricuerdos a todos y abrazos a José se despide de ti tu hermano, que te quiere muchísimo,

Sixto.

32

Habana, 7 de diciembre de 1914
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Me alegraré infinito si al recibo de la presente te encuentras bien de salud; la mía, bien, a Dios gracias. Dispénsame el modo de escribirte que tengo, pues es debido al mucho trabajo con motivo de haber recibido mercancía del extranjero. Yo sigo contento en la colocación, lo mismo que Caicoya en la suya.

Me extraña lo que me dices en tu última, pues en bastantes cartas te hablo de mi hermano Serafín. Él sigue en Niquero y está muy satisfecho de la colocación. Si no te escribe a menudo es debido a lo deficiente de las vías de comunicación. Me reí mucho con lo que escribías de la boda, pues veo que te salió el casamiento muy malo. Me causó también mucha extrañeza lo que cuentas del hermano de Belarmina que se metió a torero.

Dime si tío recibió la carta de pésame que le envié, pues no he recibido contestación.

No te inquietes porque te tarde un poco en escribirte, porque hay mucho trabajo para colocar y revisar la mercancía, y el poco tiempo que tiene uno de descanso no tiene gracia para hacerlo.

Sin más, por hoy se despide de ti, enviándote recuerdos para todos, tu hermano, que te quiere muchísimo,

Sixto.

33

Srta. Florentina Fernández García
Calle Covadonga, 69, 2º
Gijón

A mi queridísima hermana dedico este recuerdo como prueba del cariño que le tiene su hermano,

Sixto.

34

Habana, 8 de febrero de 1913 [1915]
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

He recibido carta tuya, por la que me entero sigues disfrutando de una perfecta salud; yo, bien. Te agradezco muchísimo tu esmero en mandarme los libros que te pedí. Me han gustado mucho los dos y desde el primer día que los estoy aprendiendo. Poco tiempo es el que dispongo para ello, pero, como dijo no sé quién, «distráigamos nuestros ocios en leer cosas provechosas».

En estos meses tenemos mucho trabajo y, por eso, hay domingos que no tenemos tiempo más que a comer. Pero a mí lo mismo me da que haya mucho trabajo, porque el que algo quiere, algo le cuesta.

Yo hace tiempo que no veo al hermano de Belarmina, debido a que casi nunca salgo de casa.

Hoy estuvimos trabajando hasta las cinco de la tarde y, después de acabar, me pongo a escribirte para que no estés impaciente y no te cause ningún rato de malestar.

Serafín como siempre, bueno.

Está empezando a hacer un calorcito que parece no vamos a dejar una gotita de sudor en el cuerpo —como dicen los cubanos. Hay veces que vienen por aquí algunas cubanas y piden las varitas de tirita estrechita de pasa sintita. Esto me huele a pescadito calentito con papitas.

Nada más por hoy, muchos recuerdos a tíos, tía, primos, primas, amigos, amigas. Besos a Juan y Rodrigo, abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que mucho te quiere y abrazarte desea,

Sixto.

35

Habana, 14 de marzo de 1915
Srta. Flor-en-tina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Buen provecho.

Tú: ¿De qué?

Yo: ¿Non te empapices con ese suspiro?

Tú: ¡Ay, no me acordaba! ¿Quieres uno para ti?

Yo: No, yo voy a comer un amargo.

Tú: No, no comas amargos, bobu, come una media luna.

Yo: Pero ¿como voy a comer media luna si ye poco pa los aliados?

Tú: No te quiero decir que te comas a Turquía, sino de las que vende Rato.

Yo: ¡Uf, si las de Rato son atrasadas, figúrate que las cocina el Káiser pa engañar a Rusia!

Tú: ¡Bah, estás de gracia! Come un bizcocho.

Yo: ¿Un bizcocho? Menos aún, tú sabes que son alemanes y los hicieron sin *furmiento* pa ganar dinero y hacer *zeppelines*.

Tú: ¡Caray, mucho sabes! Vaya, come un merengue.

Yo: ¿Tú qué dices? ¿Ahora que usen bales y revólveres pa guardar la neutralidad y luego se me indigeste?

Tú: Bueno, pues come el pío nono.

Yo: ¿Que coma el Pío IX? ¡Qué sacrilegio comerme un dulce con la manteca de uno muerto, eso sí que no!

Tú: Cómete una cruz.

Yo: ¡Pero si son pocas pa señalar las tumbas de los alemanes muertos!

Tú: Coje entonces una yema de coco.

Yo: Tú sabes que ahora no se pueden comer bolas, porque, lo primero, pueden tener bales de contrabando, y lo segundo, que Cuba ya no aporta el coco.

Tú: ¿Y si te doy un emparedado, lo comes?

Yo: ¿Pero tú crees que soy alemán pa ser tan tragón? ¡Dios me libre de comer un emparedado!, y si ye del que está enfrente casa don Benito puede saber a monja.

Tú: Come una rosquilla.

Yo: Tú sabes que desde que hay guerra se rompió la rosca y ahora no se hacen más que imitaciones y estas son malas.

Tú: Bueno, ya que no quieres comer dulce, toma chocolate.

Yo: Ye de Rafael el chocolatero y de la marca 9 al 8.

Tú: Sí.

Yo: Entonces, sí, porque estuve hablando con él y me dijo era neutral, y que había mandado otro fiu más al serviciu, pa defender la neutralidad de España por si Dato se arrepiente, y, además, mandó dos libras chocolate del 6 al 5 para los belgas.

Tu hermano, que te quiere,

Sixto.

Habana 14 de marzo de 1915

Sta Flor-en-Bina Fernandez

Gijón

Queridísima hermana,

Buen provecho

Tu. ¿De qué?

Yo. ¿No te empujaron con ese
suspiro.

Tu. Hay no me acordaba; quieres
uno para ti.

come una media luna

Yo. pero como voy a comer media
luna si ye poco pra los aliados

Tu. No te quiero decir que te co-
mas a turquia, sino de las que ven-
de Rato.

Yo. ~~Más~~ si las de Rato son atrasadas
figurate que las cocinó el Kaiser
pa engañar a Rusia.

Tu. Ba, estás de gracia, come
un biscocho.

Carta enviada por Sixto Fernández a su hermana
Florentina, La Habana, 14 de marzo de 1915.

Habana, 20 de junio de 1915

A mi queridísima hermana Florentina Fernández

Un grupo: he ahí el cuadro. Un grupo lleno de armonía, encanto, de amor fraternal, un grupo de dos, que sonriendo parecen meditar; es un grupo íntimo, familiar, homogéneo, en que dos almas sintiendo el mismo sentir se unieron ante la cámara fotográfica.

Vedlos bien, contempladlos mejor y miradlos con la mejor mirada que de tus refulgentes ojos pueda salir; y luego estrechadlos contra vuestro pecho en un delirio de ternura. Son dos figuras que os aman, que os veneran, hermana mía, y en las cuales sus mejores recuerdos son para vos, en las que un porvenir las hace sonreír, tiernamente, sintéticamente, porque al propio tiempo que esas figuras adquieren auge, se afinan con la tuya para darle más esplendor, más deleite, más bienaventurados días que los que siguieron a la muerte de nuestra cariñosa y amante madre, fue mora en la tumba de los mortales...

Contempladlos bien, hermana mía, y notaréis que la sonrisa que sale de sus labios es para vos, que el cariño que anidan en sus almas es para vos, y que la elocuencia que encerraron sus pensamientos fue para que, admirándolas a una, compenetrarais en vuestra alma toda bondad, el amor que os profesan estos dos hermanos que allende los mares suspiran por poner una planta en nuestra desgraciada patria, para estrecharos contra nuestros pechos y sintieran la emoción que causa en nuestros corazones vuestra presencia.

¿Y cuáles son esas figuras? Son... no hay ni que preguntarlo, porque a las personas que se quieren, por larga que sea la ausencia, nunca se olvidan, y son nuestro hermano Serafín y tu queridísimo pequeño Sixto. Y ahí va una.

Serafín se presenta de cuerpo presente y la cabeza en alto, en su boca se dibuja la sonrisa y sus ojos parecen decir: ha sido poco afortunado en su carrera de hortera y comerciante; la Diosa fortuna no guió sus firmes pasos al causar la mala suerte; el bolero de la ilusión que, sacando de su redondez continuamente fichas, no miró ni esperanzó la suerte de nuestro hermano; no tuvo la dicha de llegar a enamorar a tan gran Diosa. No todos en este mundo han de poseer tan dulce bien. Muchos, muchísimos, infinidad de ellos aspiran a tener tan preciada carga; muy pocos, poquísimos, reducidí-

simo número de ellos, llegan a santificarse con este Don divino. Luchó con ahínco, con afán, pasando malos ratos, sacrificándose así mismo por recibir al santo Dinero, que todo lo envilece, hasta la vida, con este modernísimo vivir; fue la de él una lucha titánica, tuvo un férreo empuje para su obra. Mas vino el fracaso. Su obra, que tan sólidamente había cimentado con su trabajo, se desmorona, cae. Sale triunfante, sin embargo. Hoy, radiante de fe, se apresta para nueva lucha. Digno es de encomio nuestro querido hermano, que, después de un retranque en su carrera, sube, se eleva, se agita sobre la mala suerte y se la enfrenta.

Cuando viene a verme, cuando de sus labios oigo el verdadero sistema de la vida, cuando con pausa, sin llegar sus palabras al desatino, ni sus consejos a la excitación, sino con frases tiernas y dulces, me hace pensar, sus pensamientos se compenetran en mí mismo, haciéndome sentir cosas que creí imaginárais. Me presentó el porvenir tan llanamente que me hizo comprender la verdad de su poca fortuna. Concibo ahora cómo mi hermano no había logrado el triunfo, ni recursos monetarios después de tan gran número de años de estar en este bello país tropical, donde las palmeras y los cañaverales sombrean el suelo de la floresta cubana.

Mas todo pasa en la vida.

Y va el otro, el tío pequeño, el que muchísimo te quiere, el que su gozo es estar a tu lado, aquel que sonriendo le disteis la vida al partir, aquel que en la noche de la víspera le llenasteis de esperanza, cual hermana de la caridad que lleva el consuelo para los desventurados en las horas aciagas de la vida.

Y heme ahí, todo un hombre, aquel niño que con tu virtud sacrificada le hicisteis crecer en honradez y laboriosidad. Si algo soy, si mucho llego a ser, te lo debo solamente a ti, coadyuvada por nuestro querido hermano José, con tus desvelos, con tus firmezas para conducirme por el camino del bien y ser un hombre provechoso y digno de tu alabanza. Si tú supieras, queridísima hermana, lo mucho que me acuerdo de aquellos días pasados, verías que ni el más ligero recuerdo se ha borrado de mí, que todas aquellas lágrimas que vi surcar por tus pupilas fueron pensadas para mi juvenil corazón; que hoy, lejos de mi patria, separado del amante hogar por el abismoso océano, recuerdo con placentera tristeza todo lo que ha pasado por nosotros en aquella égloga de tiempo.

Niño, sé bueno, diariamente me decías, haz esto, no hagas lo otro, jún-tate con bueno, olvida aquellos amigos, conserva estos otros, sé aplicado, sé aseado. Todo lo que una madre hace con sus pequeñuelos así mismo tú,

siguiendo el ejemplo de nuestra idolatrada madre, dedicabas tu inteligencia para este pequeñuelo tuyo. Toda tu bondad, tu divina virtud, fue por mi copiada. ¡Eres tan buena! ¿Cómo, pues, dejar en el olvido, sin traslucir al papel, la grandeza de tu alma? Si soy un hombre, ¿a quién se lo debo? A ti, amantísima hermana, que con tus desvelos has sabido guiarme por honroso derrotero, salvando los obstáculos, quitándote lo que tú necesitabas para dármelo a mí, dirigiéndome gloriosamente desde aquella edad de los diez abriles, que perdí el cariño maternal.

¿Me miras bien? Tal asemeja que veo sonrosarse tus mejillas y correr por ellas una fina perla; déjala, como la Dolorosa, que impregne en tu blanco cutis; porque es un llanto de alegría; déjala, como yo dejé la mía al ver tu retrato y extasiarme en tu donairesca figura; sí, porque me quieres mucho, ¿verdad? Porque nunca podrás olvidarme, ni yo a ti; todas mis alegrías a ti te las dedico, todos los gratísimos recuerdos son para a ti recordarte.

Pienso que estoy haciendo demasiado larga esta carta-dedicatoria. Mas dispénsala, pues quisiera decirte muchísimo, todo lo que en mi cerebro está compaginado para ti, y escribiéndote mucho estás más, muchísimo más, en mí mismo; porque en vez de escribirte, paréceme que te estoy hablando y tú, sentada con el cuerpo algo encorvado, recibes con apasionada alegría estas palabras mías que salen de lo más hondo de mi sentimiento.

Dedico también mi retrato a mi querido hermano José, puesto que también él se ha mostrado muy bueno para conmigo, portándose como un segundo padre.

Sabrás así mismo, como te ha dicho mi hermano, que se le presentó un buen negocio, que si puede alcanzarlo, quizás mejore su suerte; pero hay que tener paciencia, que, como dice el cantar, por cosas de este mundo nunca te apures, etc; dejar de ser sentimentalista. De la salud ya está bien, pues parece ser que no le probaba el lugar donde estuvo. Conmigo se está portando muy bien.

Yo sigo con una salud inquebrantable. En la colocación, por ahora, bien considerado y muy contento, mas el ahorro es casi nada debido al poco sueldo y a lo cara que es la vida en La Habana: por quinta, lavado y barbería, tengo que pagar mensualmente 6 pesos y, luego, por hacerse un plus, le cobran a uno 25 o 30 pesos, con que figúrate para nosotros, que tenemos que estar bien trajeados, es un pico eso.

Cuando había terminado esta carta, recibí la tuya, que recibí con sorpresa, pues todas o casi todas las semanas te escribo, y más te he escrito, una

carta muy larga, relacionada con la sencilla operación que me han hecho, la cual carta te había remitido adjunta con el catálogo de los pabellones de la quinta La Covadonga, honra de España y gloria de los asturianos, analizándote todo el curso de la operación. Y te he de decir francamente que he quedado muy bien, tanto o mejor que antes de hacérmela, por lo cual te encarezco, queridísima hermana, que no temas por mí, pues esa operación tenía muy poca importancia, es como ahí los catarros; pero te prometo, que si algún día (Dios quiera que no) me sintiera mal te lo diría, mas ahora me encuentro tan *rechonchu* y *satisfechu* como el primer día. Y temo también que se extravíen las cartas, con motivo de esta guerra de Libertad y Religión, o bien porque a veces tengo mucho trabajo.

A los tíos y primos les mandaré otro retrato, puesto que bien los merecen y, además, otro a Aurora. Respecto de esta, ¿recibió mi retrato? ¿Cómo le sigue la fonda?

Sin más por hoy, dales muchos recuerdos a los tíos, tías y primos, primas, amigos, amigas; felicidades a los desposados; y un fuerte abrazo a mi querido hermano José, y tú recibe muchísimos de tu hermano, que siempre se está acordando de ti,

Sixto.

37

Habana, 10 de julio de 1915
Srta. Florentina Fernández

Queridísima hermana:

Recibí la tuya, con amor, tristeza, pesadumbre, con todo lo que mi corazón pueda sentir por una mala interpretación dada a un asunto. Sí, Florina, ¿cómo pensar tan desvariadamente? ¿Cómo escribir con tanta dureza? ¿Crear que ya no te quiero? ¡Oh, hermana mía!, desechad ese aforismo. No dejes que corra con tal impulso la pluma. No, no, que me haces llorar, que me entristeces. No me martirices, por Dios. Creer en ese viejo adagio, creerlo para conmigo, que te quiero tanto y tanto, que eres tú un recuerdo perenne en mi memoria. No, y mil veces, no. Si solamente tu pensamiento me da vigor y fuerza en estas tierras antillanas... Yo solo quiero un porvenir para ti, que has sostenido una lucha tan grande para hacerme valer.

Y le preguntas también a mi hermano la causa, con un desconsuelo tan grande que no pudieron mis pupilas por menos de dejar correr dos gruesas lágrimas: ¿Tú molestarme en algo, cuando en todas las cartas me manifiestas tu amor hacía mí, que todos sus renglones son palabras sinceras de tu grande cariño? Sí, hermana mía, ¿no te fijas que escribo con el pulso alterado y con velocidad voy llenando los renglones? Sí, comprendo que he tardado en escribirte, mas no es por desvarío, ni contrariedad, líbreme Dios de semejante profanación, sino por la causa que debías comprender. ¿Ninguna vez pasó por tu imaginación que si no te escribía era por si iba o no iba Serafin a esa? Piensa, hermana mía, raciocina y verás que no es otra la causa de ello.

Sí, en tu carta me demuestras una vez más que me quieres, que ese mismo querer hacia mí te ha hecho vacilar ante un pequeño intervalo que no recibes noticias de mí mismo. Cuando algún amigo mío me habla de lo buena que es su madre, suelto un suspiro, un «¡ay!» seguido de una enfática frase, diciendo «no tengo madre, pero tengo una hermana tan buena, tan pura, que es una madre para mí». Porque sí, hermana mía, ¿a quién en este impío mundo podré querer más que a ti? No tomes tan a pecho las cosas, Florina, ni te imagines nada malo. Cuando yo estaba enfermo te escribía con frecuencia para no alarmarte, mas ahora que está uno bueno y robusto, ¿no se puede descuidar?

Sentí mucho que no hayas recibido la carta donde te participaba todos los pormenores de la operación, con objeto de darte a entender su sencillez; sin embargo, te repetiré en esta algo de lo que te decía en aquella. ¡Qué trato, qué confort, qué delicadeza, qué bondad para con los pacientes! Sentíame admirado de tan grande organización. Aquellos enfermeros me hacían recordarte, y cuando soñaba te veía a ti en persona al lado de mi cabecera y te decía: Flora, léeme un cuento. ¿Te acuerdas cuando yo era un niño? Pues, así, con ese trato tan familiar, tan íntimo, cuidaban de nosotros los enfermeros. Y para darte mejor idea, te lo describiré más sencillamente.

Imaginaos un hermoso chalet de planta baja solamente, rodeado de jardines y arbustos que las auras hacen mecerlos voluptuosamente. Un corredor ancho y prolongado rodea las habitaciones, estas ricamente amuebladas. Su cama, con mosquitero, armario, lavabo y espejo y un aire puro, purísimo, que narcotiza los sentidos. Además, su mesita de noche de cristal esmaltada en porcelana y su timbre. Y todo ello limpio, aseado; se baldeaba todas las mañanas y se barre tres veces al día. Cada habitación es para dos enfermos,

los cuales sostienen amenas charlas, los ratos tristes se les hacen agradables en aquel pabellón de la salud.

El doctor, diariamente, pasa visita al paciente, mimándole e interrogándole escrupulosamente; esto es a las nueve de la mañana; a las doce, el ayudante y a las cuatro, el médico de guardia. Estos pabellones suelen constar de veinte habitaciones y tienen un médico, un ayudante, un primer enfermero encargado de revisar los medicamentos de los enfermos, y seis u ocho enfermeros.

Cuando estuve enfermo pude cerciorarme de lo grandioso de esta quinta y sentirme orgulloso de ser asturiano, puesto que da hijos tan meritorios que son honra de España, pues aun lejos de ella, trabajan y se afanan porque sus hermanos cuenten con un lugar cómodo y confortable donde poder curarse de las enfermedades que tanto abundan en este país tropical.

La operación ha durado poco tiempo, cuestión de diez días; la cuchilla del ilustre médico era mágica: cortar y coser, y al décimo día, a la calle, tan bueno, tan firme, tan sano como antes de realizarla. Fíjate como es el caso, que estoy maravillado del resultado obtenido; ni un dolor, ni un simple resentido percibido en la herida, y eso que fue, como debes suponer, en el lado derecho. Tú misma lo podrás comprobar por la fotografía, que no estoy nada desmejorado, sino que grueso y tan colorado que las marchantas me llaman «galleguito recién pescado», no obstante querer yo jocosamente pasar por criollo.

Y ¿qué más he de decirte? ¡Ah!, que a tío y a los primos les mandaré dentro de breves días una fotografía como la tuya. Serafín sigue bien; cuando me toca de paseo salimos juntos y nuestro tema predilecto es el que concierne a vosotros. José se portará bien, ¿verdad? Le estoy cogiendo mucho cariño. Dile tú que sea bueno para contigo. Caicoya sigue bueno, a Dios gracias.

Sin más por hoy, muchos recuerdos a tíos, tías, primos, primas, amigos, amigas; abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que te quiere con delirio,

Sixto.

P. D.: ¿Aurora recibió mi retrato? No me ha dicho nada. ¿Cómo le va el negocio? Le mandé unos americanos y una familia para allá.



Pabellón «Asturias», administración de la Quinta Cavadonga, La Habana, h. 1930.
Colección Muséu del Pueblu d'Asturies.



Pabellón «Ramón Fernández Llano» de la Quinta Cavadonga, La Habana, h. 1930.
Colección Muséu del Pueblu d'Asturies.

Habana, 9 de agosto de 1915
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Con toda la alegría que un corazón pueda cobijar, te envío la presente. Una prueba, una pequeñísima prueba, es la que en esta encuentras. Llegó el momento de comenzarla, con poco, pero con algo que es más que un poco. ¿Qué encuentras en esto? ¡Oh, hermana mía!, es una prueba que condensa una vida, que piensa, que mira, que añora un gran pensar; es como el éter que embalsama, es cual la fuerza del sino, es el principio de una era. Por eso tú lo recibirás con júbilo, con cariño como sabes hacerlo, Florina: no es el dinero el que alegrarás, es la prueba del querer.

Veinte pesos no es nada para lo que tú te mereces, pero para aquel que no tiene gran sueldo es bastante, ¿verdad que tú lo reconoces? ¡Ah! Mas si yo pudiera mandarte más... pero por el Dios que está en los cielos que te lo mandaría. ¿Te acuerdas de lo que dijo un día mi hermano cenando? Este (por mí), después que esté allá, va a hacer lo que el otro; y yo, que oí de mi hermano toda la verdad de su vida, comprendo el porqué no te pudo mandar dinero antes. Hay que comprender, no todos los que vienen a Cuba hacen dinero, quizás el uno por mil, y mi hermano no tuvo la suerte de ser ese uno. Mas si yo fuera ese uno, voto a tal, sabría corresponder como tú te mereces, pues ¿cómo olvidar todo el bien que has hecho por mí? A Dios gracias tengo un poco de inteligencia, la cual te debo a ti misma, pues has sabido guiarme, y ser agradecido para las personas que se lo merecieran.

¿Será el primero? ¿Será el último? Cuánto enigma hay en la vida. Cuántas veces mi hermano y yo, cuando salíamos, trazábamos planes sobre tu porvenir. Pero, quién sabe, los que por desgracia nacimos pobres podremos llegar a ser ricos: el mundo da muchas vueltas. Tal parece que te estoy oyendo darle la sorpresa a José; mucho te alegrarás, así como yo lo he hecho.

No quiero cansarte más, solo que lo disfrutes, comprando para ti lo que te haga falta; y ¿por qué no me escribiste si Aurora recibió mi postal?

Sin más por hoy, recuerdos a los tíos, tías, primos, primas, amigos; abrazos a José y tú recibe el cariño sin fin de tu hermano, que te quiere muchísimo,

Sixto.

Habana, 18 de octubre de 1915
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Recibí las tuyas, por las cuales me entero con grande alegría que seguís bien de salud; la mía, buena, a Dios gracias. Dispénsame no te haya contestado antes a tus anteriores, pues fue debido por falta de tiempo y, al propio tiempo, te ruego me dispenses la presente por su laconismo, pues quiero contestarte detenidamente a las tuyas, puesto que encierran cláusulas que necesitan iluminarse.

Supongo que cuando llegue esta a tu poder ya habrán llegado las fotografías. ¿Cuánto tardé, verdad, Florina? Pero, qué quieres, te seré franco: tenemos unos meses que hay bastante movimiento y las dos horas que le quedan a uno de descanso no tiene gracia de coger la pluma. Lo que hace uno es reposar y leer algún libro. Esto sobre todo, cada día me gusta más estudiar. No sabes bien lo que me acuerdo de ti sobre esto; tú no dices más que la verdad, como si tú fueras su mismo modelo. Ahora estoy leyendo a ratos saltados la Biblia, Literatura y Geografía y alguno que otro libro. Cuando llega el primero de mes y cobramos, después que saldo mis cuentas, lo que me queda lo empleo en libros. Qué mejor galardón para un hombre que tener una biblioteca, aunque apenas lea en ella, dijo un filósofo griego. Figúrate que ya tengo como cuarenta o cincuenta libros, pero todos buenos.

¿Sabías que la mamá de María Marco, la rubia que vivía ha tiempo al lado de casa de Ángeles, que el padre es un borrachín, dijo que iba a venir a despedirse de mí cuando se fuera y no lo hizo? La hija se casó muy bien, con un cirujano dentista y médico militar, y tiene bastante dinero. Serafín sigue bien de salud, me escribe continuamente; es todo un buen hermano.

Sin más, hasta dentro de unos días, pues quiero que salga en el correo del veinte. Muchos recuerdos a los tíos, primos y primas, a los amigos, a Belarmina, Aurora, Carmen, Palmira, etc. Abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu pequeño, que muchísimo te quiere,

Sixto.

Nota:

Dispensa la mala letra, pues voy cual tren *express* que vertiginoso salva raudosamente precipicios y montañas, así yo voy salvando las líneas de esta mal redactada carta.

Vale.

40

Habana, 4 de noviembre de 1915
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

He recibido tus cartas, a las cuales no he contestado antes por lo de siempre; pues, para qué disculparme. Unas veces, se encuentra uno aburrido. Otras, que las amistades que tengo vienen a visitarme, porque como ya te he dicho, tengo dos salidas a la semana y un domingo cada quince días; y bastante sujeto, ¿verdad? Y las más de las veces, que hay movimiento en la casa y tengo que echar un discurso de mentiras a cada marchanta, pues creo sabrás que la mujer cubana es muy romántica y soñadora, y con pequeños suspiros y unas enmarañadas frases la vuelven tan tierna que enseguida manda medir tantas varas. ¡Qué pícaro soy! Si se unieran todas las marchantas que yo exclusivamente atiando y se encararan conmigo, resultaría que a todas les di esperanzas de amor. ¡Ja, ja, ja! A buen árbol se arriman para apoyarse. Este galleguito está muy difícil de enamorar. Únicamente que se llegara alguna con unos cuantos millones... Qué barbaridad, si es que pienso mal; empero hay que ser así, si no le dan a uno el 33, que es como matarlo a uno menos una pata (¿te acuerdas del cuento?).

Y, volviendo a lo positivo, las buenas obras que encierran siempre tus bellas cartas se amplificaron más en estas tres últimas, y como veo en ellas tu grande resolución, doy vueltas y más revueltas a mi cerebro con el fin de buscar luces con que aplacar un poco esa sed hermosa, que se está apoderando de ti tan vertiginosamente, que presto quiere realizarse sin la ayuda del tiempo: dejad que el tiempo corra, que es el mejor testigo de los haceres venideros. No te hagas tantas conjeturas, que nunca es tarde si la dicha es buena; mantente firme en la idea, pero no la atropelles para que no se des-

vanezca, ni te figures que por mucho madrugar amanece más temprano. No, tengo tan seguro que tú me quieres tanto, que, si tuviera yo la lotería tan segura como eso, pronto nos reuniríamos.

Voy a analizarte mi vida en esta República. Quiero despejar incógnitas, para presentártela clara y tú juzgues. Tú sabes bien que yo soy dependiente de una tienda de ropa, camino que puedo abrir mañana a un porvenir; que en esta el dependiente come y duerme por la casa, causa esta que impide crear y mantener un hogar. Yo entré en la casa de muchacho; tenía mi carrera, mas sin fruto positivo; tenía mucha ilusión; venía de mucha bota de charol y mucho pantalón de campana: un figurín. Creí que esto era Jauja, no me apuraba en buscar colocación. Yo esperaba una carpeta, pasaba un mes, luego dos, y tres, e iba a entrar en el cuarto; comenzaba a inquietarme; parecíame que no era la cosa para juego, que había que moverse. Pero yo era un inocente, no conocía la vida. Tenía algún dinero para aguantarme, pero aquí está todo tan caro que veía que el dinero se iba yendo por donde el humo. Me sobrecogía el temor de estar paseando tres meses sin encontrar nada. Comencé a buscar, dominé mi ambición; lo que apareciera, el caso era trabajar. Y pasaban los días del cuarto. Me sentía pesimista; tenía que tomar muchos refrescos, que aquí cuestan caros, pues sudaba mucho, y sobre todo con los trajes que me hice ahí, que la paciencia se me iba. Llegó el día 19 de Junio de 1913, era sábado (¡cómo tengo presente la fecha!); me dieron la noticia de que si quería entrar de muchacho en una tienda de ropa. Al principio titubeé, mas tuve fuerzas de ánimo; llamé a mi cerebro y me contestó. A Cuba viniste a trabajar y pensé. Pronto pasó la ráfaga de la indecisión y me lancé a admitir la colocación; fui a donde estaba el dueño de la casa, me entrevisté con él y para el lunes siguiente quedé en ir a trabajar.

Llegó el lunes, me presenté en la casa y comenzó la función: el debut lleno de éxito hizo delirar a las damas engasadas (léase mesetas de tela); el público entusiasmado (léase polvo) afluía por los palcos (léase puertas); el actor que representaba el principal papel (un servidor), acompañado del galán joven de la compañía (léase plumero), rogó al público (polvo) que no le hiciera dar más notas agudas (léase brazos cansados), al fin atendió mis súplicas y cesaron los aplausos (ráfagas de viento).

Aquello fue algo fastidioso para mí. Sin embargo, anidado de fe e imponiéndome a mí mismo, seguí la brega comenzada. Llegó la noche, sus negros mantos cubrían el hermoso cielo cubano; era calurosa, de esas noches estivales de los trópicos lugares. En casa me esperaba mi cónyuge, la ideal

Escoba, con la cual, a los acordes de un vals tocado por el maestro Aserrín, comenzamos a bailar a lo largo de la tienda. Pronto mis fuerzas desfallecieron; mas había que ir adelante, siempre adelante. El sudor corría por mi frente y mi cuerpo era todo una balsa de agua. Aquel calor, aquel bailar no acostumbrado, eran causa de mi mal; pero la fuerza del ánimo, más grande que la del desfallecimiento, se impuso en mí hasta el final y, después de tres cuartos de hora de incesante bailar, mi nueva esposa, la excelentísima señora Escoba, y el señor Aserrín dieron por terminado el baile, y yo, rendido, me senté en una silla (claro, no iba a ser en el suelo), donde me quedé medio dormido y embriagado con los compases del vals.

Llegaron las diez (hora en que nos acostamos), cerré la puerta y, después de quitarme la ropa, saqué el catre (que tú sabes cómo es) y me dispuse a dormir. Dormí bien porque tenía mucho sueño, pero a la mañana siguiente todo el cuerpo me dolía; jera tan duro aquel forro!, y más siendo la primera vez, pues en casa de González y Suárez tenía cama.

Así estuve por espacio de siete meses, teniendo los domingos, además de barrer, que baldear la tienda. Empero fui aplicado y supe sobrellevar todas las cosas y aguantar lo de los dependientes, que fuera del giro estaban muy por debajo de mí. Lo que otros tardan hasta dos años yo lo he hecho en siete meses y, hoy, todo un dependiente, estoy muy contento y considerado en la casa. El dueño me aprecia, pero tiene un carácter muy díscolo y, luego, cerrado, que, como te dije en una de mis cartas, pertenece a esos comerciantes que no tienen más que dinero.

Los sueldos son regulares, pero son tantos los gastos que apenas se puede ahorrar algo, y lo poco que se economiza se necesita para el día de mañana, por si me quedo sin colocación. Para que veas mis gastos del mes fijos, son: tren de lavado # 3,00; recibo de quinta # 1,50; el café # 4,00; sombrero, cada tres meses, # 2,00; zapatos, cada cuatro meses, 5 pesos; además de los 20 pesos que paga la casa por comida; y, luego, camisas que cuestan 2,00 pesos (eso las baratas), camisetas, cuellos, calcetines, corbatas, etc., que casi todos los meses necesito comprarme, pues los lavaderos pierden mucha ropa; amén de los pluses, que tengo que comprarme de verano e invierno; los de verano, que son de dril, cuestan los más baratos a 12 pesos; y los de invierno, a 25 y 30 pesos, generalmente de 30, porque hay que estar bien presentado en el mostrador. Con estos gastos, ¿tú crees que se puede ahorrar algo? Muy poco. Por eso ves que en los dos años y pico que llevo en Cuba no pude mandarte más que la triste cantidad de veinte pesos.

Lee, piensa y dime. ¿Crees que pudieras venir tan pronto para esta? Y más el día que tuviera la dicha de mandarte a buscar (ojalá fuera mañana), ¿piensas acaso que era para hacerte trabajar? La labor que has hecho conmigo vale una vida y esa vida soy yo.

Otra de las causas que te expongo es que aquí es muy cara la vida y te voy a exponer datos. Una casa como la que habitas, vale en esta 60 o 70 pesos, y una mala habitación donde vive un sin fin de gente en una casa mala renta al mes 20 pesos. ¿Qué te parece de esto?

Yo encuentro muy bien todo lo que tú me dices en la tuya, lo comprendo perfectamente bien. Pero eso, Flora, tenlo presente, que hasta el día que yo no tenga una base firme, no te llamaré. Mira, dispénsame si te apena esta carta mía, pues tanto te quiero, que tú misma me inspiras y haces que esta carta sea interminable; mira, Florina, yo soy dependiente de una tienda de ropa y me vienen a comprar muchas modistas y como me interesa conocer el giro de ellas les interrogo.

Como te he dicho antes, la mujer cubana es muy romántica y soñadora y, por lo mismo, le gusta vestir bien, muchos vestidos diferentes que ponerse. Y ¿sabes lo que pasa? Que a las pobres modistas tardan meses y meses para pagarles. Y eso, si se les paga. Y en las tiendas contraen deudas impagables; como en la casa en donde estoy, que nos hemos visto precisados a cerrar el fiado. Y por eso tiene más aceptación la modista de piel de color, pues le pagan mal y tarde. Otra de las causas es que en La Habana se está imponiendo la ropa hecha. Sin ir más allá, esta casa donde estoy trabajando hasta hace dos años no vendía nada hecho, y ahora vende de todo, y yo soy el encargado de las confecciones, con que figúrate tú si sabré de esto; y las prendas se pagan por docenas y a precios reducidísimos. Ahora bien, es verdad que se pagan buenos sueldos por hacer un vestido, pero te andan con más historias que acababan con la paciencia de la más serena. Y no creas que digo todo esto por decir, lo digo porque es verdaderamente la realidad. Aquella hermosa y plañidera Cuba de la colonia no es la misma que la Cuba libre y democrata, no. El oro que a manadas corría por esta perla de los mameyes y la caña, de las palmeras y los platanales, aquel oro alfonsino tan bello, que embriagaba a los labriegos peninsulares a ir en busca de él, ha desaparecido. Todo ha cambiado. La faz de la vida se ha monopolizado tanto que, hoy, el emigrante, en vez de cambiar de porvenir, cambia de vida. La vida, la grandeza humana del vivir, se siente nostálgica. ¡Ah, la antigua vida criolla! Aquella sí era abundante, mas hoy no es así, lo necesario para vivir, valiendo el peso a la par que ahí la peseta.

Respecto a José, te diré: ¿Qué representa el trabajo que él hace? Es hoy el día en que todavía no sé el cargo que ocupa. El porvenir en esa fábrica que no se respira más que grasas malolientes es defectuoso, no es nada transparente. Él es como un objeto más. ¡Triste vida esa en verdad! Pero al hombre no le viene el porvenir del cielo, como el maná a los israelitas; el hombre debe abrirse camino, explorar, indagar. Mas si el hombre se duerme será como si dijéramos hombre-niño, pues siendo hombre no tiene más que la capacidad del niño. «Ayúdate a ti mismo» es el pensamiento de un sabio inglés, Samuel Smiles, pues sin la ayuda propia no se obtendrá nada. Nuestro hermano, con un poco de pensar en sí mismo, pensaría en su triste realidad. Si viniera a Cuba sería quizás un peón más o menos adelantado de la planta eléctrica dónde se colocara. ¿Sabe algo de electricidad? Creo que no, pues él mismo decía que ya era viejo para estudiar. ¡Qué mal pensar! El hombre nunca es viejo para estudiar lo que le conviene a su porvenir. ¿Cuántos años lleva en la fábrica? Lo menos doce años, para ganar ¿cuánto? La miseria de trece reales. Por eso te digo que el hombre debe pensar siempre «ayúdate a ti mismo», pues, sin poner por nuestra parte la voluntad en el mejoramiento, ¡qué importa que pongamos el trabajo! Leí hace poco un tratado de Economía sobre el trabajo y decía, aproximadamente, esto: Con la división del trabajo el obrero llega a perfeccionarlo tanto y perfecciona su inteligencia, que llega a hacerlo propio suyo, así como el mecánico, entre la firmeza de su trabajo llega a ser un inventor. Todo lo hace la voluntad. Hay en esta un cómico asturiano que ha inventado un submarino. Y ¿por qué? Porque aspiraba [a] ser algo, elevarse sobre sí mismo. Pero cuando las fuerzas desmayan todo es imposible. ¿Tú crees que si nuestro hermano estudiara sería lo que es? Yo creo que no. Cuando pienso en él siento una pena grande, bien lo sabe Serafin; quisiera que fuera algo, algo más que un obrero de trece reales.

Y te digo esto por mí mismo: por el día, trabajo y, por la noche, estudio. Los libros parecen hermanos de mi alma, como si ella necesitara de los volúmenes para sobrevivir. Las noches que no estudio o leo algo, cuando me voy a acostar lo hago de mal humor; y es que pienso que he perdido un día. Toda la voluntad pongo para ello. Si no llego es porque el destino no dio rumbo a mi cerebro; los libros corrieron sin mi mente, sin llegar a reposar en ella como las golondrinas con sus estaciones. Estudiar, leer, conocer el sentir humano en el corazón de los grandes hombres me deleita, me hace sonreír. ¡Quién fuera Cervantes!, aunque tuviera que comer hierbas como el sabio del cuento. La América despejó los horizontes oscuros que conservaba dándoles cierta brillantez amalgamada. Lástima grande que mi cerebro no

se llegó a pulir desde aquella hermosa infancia que a veces recuerdo embelesado. Los sueños plañideros de aquella juventud pasada no dejaron un pequeño rato de ocio para dedicarlo a la lectura de cosas útiles; mi carrera pasó, como la marcha paulatina de un camión que produce mucho ruido: tenemos que callarnos aunque nuestros tímpanos se conduelen de aquel ruido estridente. Así pasó con mi carrera, tuve que estudiarla aunque mi afición no la apoyara. Pero aquello pasó ya. Atendamos al presente tiempo, dándole auge; sintamos héroes contra esos emponzoñados dardos en que fenece la juventud. No seré uno de tantos; al vicio le odio como el hombre de bien huye del mal. ¿Lo ves, Florina? Siempre la voluntad debe dominar siempre en la persona. ¿No ves tú que la dominaste e hiciste de mí un hombre de bien? Pues bien demostrada tengo la tesis, ¿dirás lata, verdad? Y yo diré no puedo cada vez que tengo que escribirte, no lo puedo hacer con cuatro o seis letras, no, son muchísimas las que tengo que emplear.

Y no quiero cansarte más. Respecto a ir a Madrid, eso queda a tu voluntad; no sé darte mi opinión.

Recuerdos a todos, primos, primas, tíos, tías, amigos, amigas; abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que sabes lo infinito que te quiere,

Sixto.

P. D.: Dime si recibiste los retratos, mis dos postales y mi carta.

Vale.

41

Habana, 12 de diciembre de 1915
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Recibí tu fotografía como algo grande, algo hermoso digno de ti. Con tu sabio pensar nos has reunido a los dos contigo, cual bella matrona, ante la cámara fotográfica. Tu inspiración, hermana, ha estado sublime y Dios quiera que dentro de breves años personalmente nos encontremos. Gracias, Florina, y que esa bondad sea siempre perenne en ti.

Quisiera haberte escrito días antes para que llegara a esa en Nochebuena y que, al compás que saboreabas el turrón y las peladillas, dedicaras algo para estas pobres letras mías; que esta Nochebuena más que he pasado lejos del amante hogar, nos espere más en el futuro cercano; mas es tanto el trabajo que tengo, que no tengo tiempo para nada.

Nuestro hermano Serafín fue comisionado a Méjico por la casa en donde estaba en muy buenas condiciones y, como ya aquel país está pacificado, no tiene inconveniente en hacerlo. Uno de estos días se embarcó, pero quizás vuelva pronto de allá, al menos que la casa le mande seguir allá. Fue muy contento y cree que haga un buen negocio.

Yo, como siempre, muy contento y con salud, que es la mayor de las riquezas. Cuando viene por esta alguna paisanina gozo la mar, pues hablo el bable como un magüetu. Eso de la «s» que pronuncien los cubiches non se me pega. ¡Qué va, oh! Si soy asturianu de pura cepa... Y, luego, si vien alguna rapazuca de ahí, ye el deliriu, pos non sé cómo non me manden a freír espárragos. El otro día vino a comprar la fía del amu de una tienda de la calle Capua, esquina a San Agustín, que casóse con un bodegueru de aquí, muy simpática, había de ser de Xixón, y diy más parola que un cura cuando diz sermón. ¡A los arreniegos, qué xixonés más preguntón! Ni don Martín de los monicipales haz otro tanto. ¡Ja, ja, ja...!

Recibí las cartas que me mandaste.

Sin más tiempo para poder seguir esta carta, la doy por terminada. Muchos recuerdos a los tíos, tías, primos, primas, amigos, amigas; abrazos a José y tu recibe muchísimos de tu hermano,

Sixto.

P. D.: En cuanto tenga tiempo te escribiré más largo en bable, para que te rías algo.

Habana, 16 de diciembre de 1915

Queridísima hermana:

Otro año finaliza y otro comienza, separados por las aguas de un anchuroso mar. ¿Hasta cuándo? El destino manda. Que este bisiesto año seas

feliz en compañía de nuestro querido hermano y que esos días sean cortos y risueños de un mañana que con ansia esperamos.

Tu querido hermano, que nunca te olvida,
Sixto.

43

Habana, 5 de enero de 1916
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Con gran satisfacción, queridísima Florina, recibí la tuya, pues tan grande es mi contento que hoy me tocaba salir de paseo y lo he dejado por solo contestar la tuya. Así me gusta, que comprendas la verdad, que no te envanezca la ilusión, esa fantasma que solo es de latinos; así, Florina, que pienses con la cabeza y no con la ilusión. Hay que ser positivista y no dejar de arrastrarse por pasioncillas o vanas quimeras. Antes de mandártela, la consulté con mi hermano, temiendo que su tema pudiera contrariarte, pues en él no había nada ficticio, no; todos eran borbotones de pensamientos que salían del corazón hacia el cerebro para iluminar mi mente ante el arduo problema que a mi vista se presentaba. Temí por ti, que eres algo sensible, pero no encontré otra fórmula más que la mandada, después de pensada algunos días. ¡Era tan difícil el problema que había que abordar, que necesitaba pensarlo!

Lo de Madrid no te quise dar más que una respuesta vaga, porque nuestro hermano Serafín y yo no llegamos a un acuerdo, pero yo mismo comprendía que era una locura; si no, fíjate los tíos, como no dieron respuesta categórica.

Cuba no creas que es la Cuba que vieron los tíos, no. Existe una grandísima diferencia y los adelantos, quizás en algunos, aventaje a nuestra querida patria. Te crees que no es más que llegar y recoger centenes y más centenes. ¡Quía! Hay que sudar mucho para ganar un peso. La vida se va controlizando tanto que las necesidades aumentan y, por tanto, el ahorro se debilita. Y no pienses que digo esto porque esté aburrido de esta tierra, ni enfermo tampoco, no; pues estoy contentísimo y engordando más cada día. Figúrate que ya peso ciento veintiocho libras. Te digo esto porque soy enemigo de la fastuosidad, de querer hacer ver lo que no es. Soy sencillo y no me jacto

de adulón ni pretencioso. Soy moderado, odio a todos estos americanos que van para allá, dándose un tono y una importancia tal que ni Rothschild les supera, y en esta no son más que bodegueros o cosa por el estilo; y a esa clase de gente que van sembrando la codicia les mandarían a colgar de un árbol. Claro, nacieron en una rústica aldea (la mayoría), fueron su escuela el cuidar ganado y el arado, que cuando tienen cuatro reales a causa de su miserable vida, se creen personalidades y no son más que burros cargados de dinero; y como no tienen escuela y quieren figurar en sociedad, muchos pierden los cuartos que tan tristemente han ganado. Bien empleado está.

Siento mucho el embargo que sufrieron los Prendes. Culpa la tienen los hijos, una pila de vagos. Y sobre la casa, que debías haberlo hecho antes. ¡Tanta casa!

Me halagó mucho lo que dices de Hortensia. Le das un besito de mi parte y le dices que le guardo mucho cariño a ella y a sus hermanitos. Dile que voy a ir a La Calzada a ver los juguetes que le trajeron los reyes. Como hace algunos años se mostraba afanosa en enseñármelos... ¡Ja, ja, ja!

Honda pena me causó la infausta nueva y que viene a crear un nuevo conflicto a nuestros queridos primos. Les das el pésame. Yo no les escribo, puesto que se manifiestan tan desagradecidos para mí, que no han tenido la atención de dedicarme una carta o postal. Y más que yo lo hago porque les tengo cariño, y no otro móvil me mueve a escribirles. En año nuevo les mandé unas postales a San Agustín 20, pero como creo no viven allí, les dices que si las quieren que vayan a recogerlas a Correos, una para Tina y otra para Consuelo. ¿Será por la tía por que no lo hace?

Son las diez y mandan recogerse, por lo cual no sigo continuando más que para decir que Serafín llegó bien a Méjico y en pocos días recibí de él varias cartas y postales.

Sin más por hoy, les das muchos recuerdos a los tíos, a tía, primos, primas, amigas, amigos; abrazos a José y tú recibe un fuerte abrazo de tu hermano, que muchísimo te quiere y tu bien anhela,

Sixto.

Nota: Creo habrás recibido mi postal de Año Nuevo.

Habana, 22 de febrero de 1916
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Recibí tus postales, las cuales te agradezco mucho, por ser las dos reflejo de dos grandes recuerdos en mí: la Escuela de comercio de mi juvenil ensueño y la otra, amigos y compañeros, algunos de estudio. Aquel edificio presentase gallardo, altivo, desafiando la ignorancia bajo aquellas paredes del saber. Todo como vientos de fronda corren veloces, huyen, se apartan, se alejan para no se tornar jamás. Felices años y dichosos días, aquellos, aquellos del infantil regazo —dice un ilustre pensador— en que el dulce albedrío era nuestro encanto, aquellos de las alegrías en lo nimio, en lo que apenas valía; la mariposa voladora nos hacía sonreír y las verdes florestas nos arrullaban entre sus infinitas florecillas, haciéndonos gozar venturosos artificios que luego se desgranaban entre las nevadas del invierno.

Yo, como te he dicho en una de mis anteriores, juego a ese noble deporte del *foot-ball*, pues es muy necesario para el desarrollo físico. Los médicos lo aconsejan por dar gran vigor al cuerpo y más porque el prado es saludable. Y otra de las cuestiones es que por los días no puedo hacer ningún ejercicio y, si no se hace, resulta que los miembros permanecen inertes, haciendo que nuestros cuerpos sean enfermizos. En cuanto logre una fotografía mía con el traje de *foot-ball*, te la mando.

Serafín sigue bien y muy contento. Me escribe a cada rato y me dice que aquello no está malo; se habla mucho, pero no es nada cierto. Dice que está pensando en quedarse allí y, en verdad, hace bien. Es un país muy rico, mientras que Cuba ya está muy explotada y es muy difícil hacer dinero.

Son las diez y quiero que esta carta salga hoy. Otro día te escribiré más largo. Dale recuerdos a los tíos, tías, primos, primas, amigos, amigas; abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que te quiere infinito,

Sixto.

P. D.: Dime si has recibido la fotografía que le mandamos a la prima Consuelo.

Habana, 15 de abril de 1916
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Recibí tus postales, las cuales me agradaron su vista. ¡Cuánto recuerda mi mente al pensar en Momo! Es alegre, bullanguero y sonriente esas fiestas carnestolendas de esa bella e industriosa villa. Aquí, sacándolo a uno de los bailes, no valen para nada. Esas mascaritas de dominós, que bajo su antifaz nos dicen cosas muy bellas, que nos cogen del brazo, nos llevan, nos arrastran para decirnos muy quedas que nos aman, que somos tal o cual cosa, o que tome uno Carabaña y se ponga paños de agua de sedativa en la cabeza para que se pase la fiebre, bellas muchachas recatadas que sin la máscara se sonrojan con la menor palabra. ¡Ay!, aquellas latas de la compañía de tabarra nos enloquecían con el quién será. Mi amigo Azpiri me dijo que en los bailes de los niños una máscara con gran insistencia le preguntó por mí. ¿Quién sería? ¿Tú? Ellos no pudieron saberlo; ni yo, tampoco. Pero como tú eres tan buena, te habrás disfrazado para saber cómo seguía temiendo que yo no fuera franco contigo. Pero no temas, sigo tranquilamente, tranquilo, sin intranquilizarme diariamente todos los días.

Serafín me dice desde Méjico que está contentísimo y que tiene un negocio de sombreros muy bueno. Me dice que desde que está en la calle Flamencos, que sus sombreros parecen flamencos y hasta él mismo se siente flamenco. Olé, chiquillo, viva mi tierra, que *zi* un monumento pudiera *harserte*, *harta* el sol temería que contra él *ze* revelase. Agur, niño, y que la *mirma Andalusía* *ze* convierta en *zal*, y sus mujeres te la lleven. *Adió*, minchi. Así me escribe mi hermano y así le contesto yo, llano.

Yo sigo, como tú puedes ver por esta carta, muy contento y, si puedo seguir así, ¿para qué he de cambiar?

Me escribió Consuelo, a cuya carta le contesto hoy a San Agustín 20. ¿Verdad que es esta dirección?

Cuánto me alegra lo que me dices de Hortensia. Es muy simpática y le das un beso en mi nombre. Dile que tengo ganas de recibir cuatro letras de ella. ¿Qué contenta estarás, verdad? Es muy buena.

Sin más por hoy, abrazos a José, y tú recibe muchísimos de tu hermano, Sixto.

Habana, 12 de mayo de 1916
 Sra. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Recibí tus cartas y postales, por las cuales veo, con gran complacencia mía, sigues bien de salud. La mía, hasta ahora, buena. Respecto de Serafín, sigue bien, y si no recibes carta de él no te intranquilies, que nada le pasa. Mas debes tú comprender la causa. La primera, que en aquel país no está todavía bien normalizado el servicio de correos debido a la tremenda guerra civil que ha sostenido, la cual ahora solamente se reduce a la persecución de Pancho Villa, al cual también quieren cazar cinco mil gringos (como se llaman en Méjico a los *yankees*). La segunda, la falta de vapores correos que vayan directamente para España. Y la tercera es que casi toda la correspondencia del país azteca suele embarcarse por los Estados Unidos y, claro, la piratería germana, disfrazada de bloqueo submarino, que echan a pique cuanta embarcación está al alcance de sus torpedos, sin respetar que en ella vayan mujeres y niños. Pueda dar la coincidencia de que en uno de esos vapores que habitan el fondo del mar quede sepultada alguna [carta] de mi querido hermano. Pero no temas que nada le pase. Es Dios quien guía sus pasos y, siendo Él, no temas, pues es justo y, siendo justo, los pasos de nuestro hermano son firmes.

Con gran sorpresa mía me enteras de la muerte de Aurora (q. e. p. d.). ¿Y cómo fue eso, pues hasta ahora nada habías dicho? Siento que haya desaparecido de este endemoniado mundo. ¿Te acuerdas de la boda? Mas no, que cuando se recuerda a los muertos, por respeto a ellos no debemos mentar cosas que causarían risas. Le das a la familia el pésame en mi nombre.

Tus cartas, siempre tiernas, siempre amantes, conmueven las fibras de mi corazón. Cómo pensar en cosas malas, si pienso en lo buena que eras tú, y el que piensa en lo bueno, no puede pensar en lo malo. Dos doctrinas no pueden practicarse a un mismo tiempo, no. Es un absurdo el solo concebirlo. O el bien o el mal. Un hombre que piensa en el bien es absurdo que pueda practicar el mal, y un joven aún. Pero la enseñanza de los libros forzosamente dan a comprender las intrigas de este corrupto mundanal humano. He leído, y las obras escogidas de verdadero materialismo, cuya lectura va

puliendo más y más mi cerebro. Fíjate, si no, en mis primeras cartas y verás cómo, profundizándolas, encontrarás en ellas la ignorancia del joven inexperto; y verás cómo en las de ahora brilla la pulcridad aquilatada sin nada de fantasía. No, no, soy hombre que, aunque nacido en el siglo xix, me eduqué en el xx, el siglo de la libertad, de la civilización. ¿No ves o comprendes lo que es la sangrienta guerra que asola y conturba los ricos y florecientes países de teutónicos y aliados? Pues no es ni más ni menos que la agonía del fanatismo, del atraso de la sujeción. Hoy el mundo quiere ser libre. Libertad es la palabra que hoy pronuncian los pueblos cansados ya del peso de las coronas y del hipnotismo de la Iglesia. Fíjate ahí mismo, en la España gloriosa, la España que hizo temblar Torquemada y secuaces. Ves ahora que todos los jaimistas y curas son partidarios del salvajismo alemán. ¿Y sabes por qué? Pues porque si triunfan los alemanes (cosa imposible), apoyarán estos a don Jaime, y este gran señor prometió a los curas que ellos harían y desharían. Si no, la prueba del septiembre de hace algunos años en Villaviciosa. Y el que piensa en la verdad, el que la busca y analiza, no puede pensar en el mal. Mira en Cuba, pequeña república de ayer (como pudiéramos decir), es un país libre por excelencia. Cómo los curas no dominan en nada, que ni procesiones, ni Viáticos, ni beatas que sigan algún santo son permitidos. Es un pueblo demócrata. El rico y el pobre, el alto empleado y el triste jornalero confraternizan, son iguales, no hay pretenciosos, ni titulares, ni nada. Y qué orgullo para el humano ser que, por H o por B, no pudo hacer dos pesetas, codearse con los afortunados por Mercurio. Yo mismo tengo amigos que tienen mucho dinero, que tienen los padres dos o tres automóviles, y yo, que gano poco, poder salir con él y hasta pasear en su automóvil. Esto es la verdadera civilización. Lo que no en esa, que para tratar con fulanita o fulanita hay que andar con un requisito y una delicadeza. Y no digamos si por desgracia tenemos que hablar con alguna persona de título, entonces, ¡hay que hacer más muecas ridículas! Triste es decir esto de nuestra querida España, pero, Dios lo quiso, por eso te digo que no pienses que puedan perderme, pues estudios no me faltan para conocer o diferenciar lo bueno de lo malo, y soy firme en mi propósito: ser bueno. Para algo he de leer libros buenos y apartar de mí las novelas y fantasías. Soy positivista, pienso en lo que he de hacer.

Recuerdos a los familiares y amigos, abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu queridísimo hermano pequeño,

Sixto.

Habana, 16 de julio de 1916
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Aprovechando la ida para esa del joven llamado Evaristo Moré, te envío la presente y lo presente, pues las clásicas fiestas de Begoña se aproximan y es conveniente alegrarse algo, pues el pensar solo en mirarlas no se alegra el espíritu; es bueno fortalecerle y alegrarle con algo bueno y, por eso, para que en mi nombre te divierta algo, te envío esos treinta pesos, poco para lo que tú mereces, pero algo de quien más no puede hacer es bastante. No te envío el dinero en efectivo, no por él, pues es muchacho de entera confianza y de distinguida familia, pero tengo la plena seguridad que si te lo mando en efectivo lo vas a guardar de recuerdo y, yo te soy franco, el dinero no es recuerdo, para eso es redondo y esa es la causa de que no te lo mande en efectivo.

De nuestro hermano he recibido carta y me dice que sigue muy bien y prosperando. Me dice así mismo que no recibe carta tuya y eso es explicable por lo anormal del servicio de correos.

Recibí la carta tuya última en la que me envías el recordatorio. Te lo agradezco a ti, como al propio tiempo a nuestros tíos. Dices en ella que estoy melancólico. ¿Qué melancolía puede haber en un carácter como el mío, que siempre tengo la sonrisa en los labios? Nada de eso, hermana mía. Solo que a veces se recuerda uno del pasado y no puede uno ponerse menos que triste; mas pronto renace la alegría. Tú sabes que el pensamiento, cuando se está lejos, no puede por menos de recordar los tiempos pasados aquellos de nuestra florida infancia. Y es que los que nos alejamos del vicio pensamos en las cosas tiernas, que empalagan nuestro ser.

Sin más por hoy, dales muchos recuerdos a los tíos, tías, primos, primas, amigos, amigas; abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que muchísimo te quiere,

Sixto.

P. D.: ¿Cómo siguen Juan José y Rodrigo? ¿Van a la escuela? ¿Y Aurora y Carmen? ¿Recibieron carta de Pepe?

Nota: Recibí carta de tío y le contestaré un día de estos.

Habana, 19 de octubre de 1916
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Con la presente tengo el gusto de enviarte un fuerte abrazo, acompañado de franca salud. Dispénsame lo corta de la presente carta, pero mis muchas obligaciones me impiden ser largo en redactar la presente y como no hay correos fijos, más que los veinte de cada mes, pues las demás cartas salen por vía de Tampa y o no llegan, o tardan en llegar, y la carta kilométrica que te ofrecí no la he terminado, y por no tenerte intranquila (si es que no has recibido mis postales) te escribo esta en un momento que tengo desocupado.

Como ya te participé en mis anteriores postales, recibí todos los regalos que tú me mandaste, los cuales te agradezco muchísimo. Ya te escribiré algo gracioso respecto de las galletas.

Hazle saber a nuestros tíos y a nuestra querida prima Hortensia la causa de no haber contestado a sus cartas, pues por falta de cariño y voluntad no es.

Serafín sigue muy bien y sus negocios van progresando, estando por tanto muy contento en aquel rico país.

Sin más por hoy, recuerdos de Serafín, abrazos para José, y muchísimos para ti, se despide de ti hasta la próxima carta tu hermano, que te quiere infinito,

Sixto.

Habana, 2 de noviembre de 1916
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Recibí tus cartas, cuyas contesté. Te había mandado una carta. No te escribí con tanta frecuencia por estar muy atareado. Te prometí en mi última

postal escribirte una carta kilométrica, cuya promesa cumpliré a menos que mi escasa inteligencia se niegue a prestarle concurso a su voluntad. Y empezaremos. ¿Por dónde? Son tantos los temas, que no sé cuál escoger para abrir estas tiernas líneas, pero de la manera que voy, parece que casi estoy haciendo el prólogo de una bella obra.

Los primos, recibí la noticia primero con asombro, luego la pensé y finalmente me indignó esa falta de amor hacia esos pobres niñitos que, faltos de arrullos paternos, no encuentran amoroso regazo en unos abuelos. ¿Qué pretenden hacer? ¿En cuál tema, rico de verdad, se afianzan para realizar tan vil felonía? ¿Qué piensan hacer? ¿Qué inicuo acto es ese para sepultar imberbes niños, lejos del hogar, en enclaustrados muros? ¿Acaso la tesis que mantengan es sus porvenires? No, no, es absurdo pensarlo, porque al niño que, además de faltarles los padres, le separan de los lazos fraternales no puede sentir el conocimiento del amor íntimo o familiar, pierde ese entusiasmo por los [suyos]. Por ejemplo: [si] vosotros, cuando hemos perdido a nuestra bondadosa y cariñosa madre (q. e. p. d.), me hubieseis mandado para cualquier lugar de España, ¿podría conservar el cariño que os tengo por haberme criado entre vosotros, fraternizando candorosamente y haciendo de nuestro sentimiento una amalgama tan íntima que ni al martillete podrán desunirse nuestras tres voluntades? No, es imposible, los niños necesitan vivir familiarmente para poder conservar su amor puro.

¿Por la enseñanza? ¿Rebajar a la industriosa villa gijonesa, que cual rebozante horno envía sus refulgentes penachos de oro sobre el azul confín, al par que sus institutos dan egregios hombres? ¡Ah!, eso no cabe en lo posible. Colegios hay donde el neófito aprende hasta los elevados estudios de la grande ciencia. Si a ellos (los abuelos) les da por la Santísima Religión, hay, para malaventuranza de pobres maestras, muchísimos conventos de monjas. ¿O es que la fortuna del difunto tío (q. e. p. d.) alcanza unos cuantos cientos de miles de pesos y necesitan una educación tan vastísima y refinadísima, que luego las necesitan llevar donde se educan las niñas, impúdicas bajo lo púdico, aristócratas, para luego introducirlas en los grandes salones que solo se respira podredumbre y corrupción entre aromáticos perfumes? No, creo que no. ¿Qué pretenden hacer? Bien palpablemente tú lo comprendes. Para qué decirlo si da vergüenza el solo pronunciar la frase. ¿Y Antonio? Ese niño enfermizo conducirlo hasta Pamplona... ¿A qué colegio va? ¿A uno que existe en esa capital navarra de San Ignacio de Loyola? Algo enigmático existe en el fondo. Trama tremenda se vislumbra tras ese misterio.

Otru tema: les galletes. ¿Sabes a qué sabíen, oh? A pocu. Eren abondes, peru ye el casu que chupábame los dedos de riches que taben, peru ¡qué sabroses! Cuando me pasaben pol estógramo, decíenme: «¡Come otra, oh!», y comíame otra y otra, y cuando vine a dame cuenta tenía un dulor de barriga que en vez de tomame el anís de les mores, tengu, por un chisín, que comprame una botella de agua de Carabaña y emburriámela toa. Mas quinsu Dios que, por ser feches en la tierruca, perdonómelo; peru lu más graciosu del casu ye que dejeles cuendo les trigieron de un día pal otru en el armariu, y cuanto fui a cojeles topeles enllenes de hormigues. ¡Ay, fo la de troya! Aquellus bicharracus queríen tomame el pelu. Tiru de regolbre y ¡pum, pum, pum! (paecíame que taba en Verdún), tomu la ofensiva y terminé con toos. Al día siguiente salió en los predióricos el nuevu inventu.

Los pañuelos me gustaron muchísimo, un bordado elegante y bien trabado. Se ve el refinamiento que has obtenido en esa clase de trabajo. Y respecto a la fabada de que me hacías mención, ni por asomo pensaré en semejante cosa, pues sabes perfectamente bien que eso sería para celebrar una juerga y yo soy enemigo de los excesos. Las cosas, en su punto, dice el refrán. Yo te lo agradezco muchísimo ese rasgo tuyo, pero no te molestes en mandar nada. Yo me conformo y estoy contentísimo con lo que mandaste.

Serafín, muy contento y lleno de salud, progresando continuamente. Si no recibes cartas de él no te inquietes, pues la correspondencia a causa de la guerra es muy dificultosa de trasladar, y por eso ves que tampoco recibes cartas mías. Hay que esperar los veintes de cada mes, y algunas veces hay correos franceses y las meten en esos a causa de la afluencia de correspondencia y tardan muchísimo en llegar. Para demostrarte este aserto, te diré que un dependiente de la casa, castellano él, tardó cuatro meses en llegar a posesión de sus familiares.

Yo sigo perfectísimamente bien. No te intranquilices por mí, pues nunca disfruté de mejor salud que ahora. Soy cronista de *foot-ball* de un importante diario de esta capital, llamado *La Nación*. Adjunto con esta te envío algunas de mis crónicas, que firmo con el nombre de Trebús, para que no me conozcan. Supongo que no te parecerá mal esto, pues el hombre que aspira a ser algo, como te decía en una de mis cartas, además de ambicionar el vil metal, debe educarse en la sana lectura de los libros y trasladarla al papel para demostrar que sus estudios no son estériles; y, como decía el filósofo, el grande literato comienza emborronando cuartillas, insulsas faltas de valor artístico, para luego ir afinando su pulcritud en el conocimiento de lo bello, que es así como el armazón de nuestro espíritu.

En el partido que narro, referente al viaje de Colón, iba yo como capitán, y en las demás crónicas no verás mi nombre porque soy jugador de primer equipo. Fuimos también a Matanzas a jugar y ganamos. Fue esta una excursión muy divertida. Si tuviera la crónica, te la mandaríá.

El que se colocó en buena casa, en Camagüey, fue Celestino, que está muy contento de la colocación. Pepe (el hermano) sigue muy bien y contento. Salimos con frecuencia juntos y solemos ir algunas veces al teatro Martí, donde cada día tiene más éxito nuestro paisano Villa y su esposa, la Sra. María Marco, que cuando canta encanta, como dicen los revisteros teatrales. Hace pocos días estrenaron una revista titulada *Confeti*. En uno de los cuadros titulados *España Nueva*, ¿sabes quién representa España Nueva? Paréceme que estás cavilando quién será. Plásmate: Asturias. ¡Ja, ja, ja! Y salen el matrimonio antedicho, vestidos de asturianos, cantando hermosas asturianadas que son coreadas por todo el público con [locura]: «¡Vivan los asturianos!». Dondequiera se imponen.

¿Te parece pequeña la lata, Florina? Dirás que no, pues hace unos cinco meses que no te escribo una carta tan larga, sino que eran más bien cortas.

Recibir muchos recuerdos de Serafín y dale muchos a los tíos y primos de su parte y de los míos propios, a los amigos, etc. Y, vosotros, recibir muchos abrazos de vuestro hermano, que nunca os olvidará y en la mente siempre os tiene,

Sixto.

50

Habana, 16 de noviembre de 1916
Srta. Florentina Fernández

PARA TI

Recibí tu carta amante
llena de tristes pesares;
pronto escribo, al instante,
estos versos bien vulgares.
¿Cómo piensas locamente
dudando de esa manera?
Revuelta queda mi mente
pensando lo que leyerá.

¿Que no recibiste carta
me dices con grande pena?
Si debes casi estar harta
de saber que eres muy buena.
¿Entonces por qué deliras
y escribes en esa cruel forma?
¿Acaso falló la norma
y mis sueños son mentiras?
¿Te acuerdas? Fue definida
en aquel mes de febrero,
rugiente, ventoso y fiero,
que se fijó la partida.
¿Recuerdas la despedida?
Entre cadencioso sopor
suspirábamos mi ida
de tu regazo soñador.
No implican —dije— los mares
¡ay! que nos separan de hogar,
de mi memoria los lares
yo jamás podré olvidar.
¡De cuatro años no han pasado,
desde aquel alejamiento,
y ya, en tono alterado,
comienza tu aturdimiento!
¿Congojas, tristes desvelos
por mí tu alma llora?;
el tiempo llegará, Flora,
en que sepas mis anhelos.
Aquel gozar infantil
rebotando galanuras
no pasó con amarguras,
sí que radiante y gentil.
No te inquietes más, hermana,
que sabes siempre está listo
para servirte el mañana,
tu hermano te quiere,
Sixto.

Habana, 15 de enero de 1917
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Recibí tu carta, como siempre, con intensa alegría al ver que seguís bien de salud; la mía, superior. Respecto a lo que en ella me dices, te contestaré que el *buquet* se lo regalé a un amigo, quien a su vez lo donó a la Dulcinea de sus amores. Yo, te hablaré francamente, a pesar de los veintiún años que tengo, no me da por noviazgos. ¿Sabéis por qué? Pues la cosa es muy sencilla. Si tuviera novia, estaría perdiendo un tiempo miserable que yo dedico a mis estudios. Las novias son como enfermedades que nos privan de tranquilidad, de sosiego; rompederos de cabeza. Y si uno se chala la verdad, entonces es terrible, no hay quien se aguante. Cartas, cartas y más cartas, palabras dulces, tristes melancolías; todo, todo es mentira. Y, luego, los disgustos que traen consigo. Nada, Florina, que ni por la cabeza me pasa semejante idea. La única mujer en que pienso es en ti, que eres todo; las demás son todas iguales. Amigas tengo muchísimas, pero novias, ni regaladas.

Respecto al tiempo para hacer las crónicas te diré que las escribo de ocho a nueve o nueve y media de los martes para salir los miércoles. Qué cabeza, ¿eh? Bueno, que ni Garay tenía tantos instrumentos en la barriga como yo de viento en la cabeza. ¡Ay, que me saltan los sesos! ¡Ja, ja, ja!

Supongo habrás recibido mi fotografía en Año Nuevo, ¿verdad? Yo recibí la tuya, muy graciosa con aquello de si conocía la casa; aunque mil años viviera, me recordaría de ella.

He escrito a tío, a tía, y a Hortensia. ¿Qué te parece? Tres cartas; creo las habrán recibido.

¿Qué tal de Pascuas y Año Nuevo? Yo pasé muy bien la Nochebuena. Nos reunimos como veinte, casi todos gijoneses, y cantamos hasta quedar roncos desde *Soy de Pravia* hasta esa canción nueva de *La neña ta en el monte*. Cantamos cuantos cantares asturianos hay. ¡Viva Asturias! *Castañes* y sidra legítima bebimos y comimos al son del canto. Una vez al *añu*...

Sin más por hoy, recuerdos a todos, abrazos a José y tú recíbelos de Serafín (sigue muy bien) y de tu hermano, que mucho te quiere,

Sixto.

Caicoya me mandó darte recuerdos y también el socio de nuestro hermano.

Vale.

52

Habana, 11 de abril de 1917
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Como no habrás recibido de mí carta, sino que una sola postal felicitándote, te extrañaría, causa que me obliga a encabezar estas líneas, para que sepas y no creas haya sido la pereza, de que la causa de ello se debió a estar pasando balance y el cual se ha terminado satisfactoriamente para mí, como verás más adelante.

¿Por qué me dices «hermanito» y no «tu pequeño»? ¿El ser quinto? ¿Esa sola causa? No, Florina, no; para ti debo ser siempre tu pequeño. Tú fuiste la madre de mi adolescencia, desde los diez años, desde esa edad que casi el niño comienza a dar pasos inseguros me recogiste en maternal arrullo; y ahora, por ser quinto, lo crees un deber el suprimir tan halagador adjetivo. No, cambia de idea y dime siempre «pequeño», pues tú eres para mí demasiado grande.

Respecto del sorteo te diré que eso no tiene arreglo, y el día que tenga o quiera ir a esa ya me las compondré.

¿El alegre carnaval, esa bulliciosa fiesta en que la Colombina engañosa huye con Arlequín, en que los antifaces y dominós cubren los cuerpos de las tímidas mujeres, en esa fiesta de encanto especial (porque carnaval es toda la vida) en que se calman los llantos y las tristezas, para reír, gozar, soñar bajo emblemática figura, esos días de ruidos de cascabelerías, enojó tu juvenil encanto, entristeció tu alma, cubriola de pesar, y su alegres carcajadas parecióronde endemoniadas voces salidas del averno?

¿Cómo eso dices? Flora, goza, ríe hasta no poder, ríe de todo, alégrate, que ya la vida por sí es triste. Entonces, ¿por qué la haces pesarosa? Piensa en mí y, acordándote que soy feliz teniéndote a ti, río, me divierto, haz tú lo

mismo. Dime que vas a los paseos, al teatro, a donde haya bullicio de gentes, donde poder entretenerse. Piensa que vives y como vivida alma procura recrearte del mejor modo posible. Sensibilidad, vana figura. Gozar, sonriente matrona. ¿Veis cuánta diferencia? La sensibilidad amarga la vida, gozar es ansia de vivir. ¿Por cuál debe optarse? No cabe duda, la última es la mejor. Fíjate en este sencillo ejemplo. Ves un niño que ríe, exclamas: «¡Qué simpático!» Ves, sin embargo, otro que es muy serio y dices: «¡Caramba, qué poco risueño es!»; le haces fiestas y permanece impasible, como si tal cosa. ¿Qué contestas? ¿Cómo resuelves esto?

Con estar tristes, con apesadumbrarse del menor contratiempo no se adelanta nada. La práctica debió mostrarte el ejemplo. Sé feliz, cariñosa hermana, que las amigas son tal o cual cosa, que dicen por detrás esto y lo otro; échalo a la espalda. Mira yo, tengo muchas amistades y algunas de ellas hablan mal de mí, lo sé positivamente. ¿Debe importarme? No. ¿Qué adelanto? Nada. Otras amistades desvirtuarán los cargos que contra mí se hacen. Tengo veintiún años y pienso como uno de cincuenta. Es el siglo xx el que debe interesarnos. ¿No veis la magna guerra mundial en que esta pequeña república declaró la guerra al ambicioso alemán? Pues es la lucha de las ideas antiguas y las modernas, lo que el filósofo llamó oscurantismo y luz. Ideas nuevas, progreso, eso es Luz. En división me he incluido, por eso te hablo en esta forma.

Aquí, con motivo de la intentona liberal, no hubo carnaval. La revolución ya se acabó y la república permanece tranquila; y eso de la moneda, todo es mentira.

De Serafín no te inquietes; y, para convencerte, te envío la última que he recibido el día 22 de febrero, que yo recibí el día 18 de marzo.

Por el portador de la presente te envío cinco centenes americanos PARA QUE LOS GASTES (te pongo letras grandes porque me temo que los guardes de recuerdo). Perdóname si en esto no te hago caso. Se pasó el balance, tenía ahorrado algunos pesos, y como esto está bueno y un peso no me falta, pues qué más natural que enviarte parte de mis ahorros. A José le envío una máquina de afeitar, pues recuerdo que él tenía ganas de tener una y, de paso, amansarlo algo. Te he de advertir mi agradecimiento hacía este señor que tan amablemente se ofreció a mí.

¡Ah!, se me olvidaba decirte que les envíes a los tíos mi felicitación por el nuevo vástago, y una pregunta (no se lo digas a ellos, ¿eh?): ¿Cuántos hijos son y cómo se llaman? Pues he perdido la cuenta y además no me recuerdo más que de Hortensia y de Ignacio.

Y no me recuerdo de más, y si algo recuerdo, el veinte, recuerde o no, te escribiré. Muchos recuerdos a tíos, tías, primos, primas, amigos, amigas; abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano,

Sixto.

53

Habana, 11 de mayo de 1917
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Supongo que, al recibo de la presente, se encontrará en tu poder el dinero y el regalo que le mandé a José por el chofer que trajo unas cartas anteriormente para mí. El portador de la presente, mi buen amigo Antonio M. Riera, se va definitivamente para esa, a causa de la muerte de un hermano suyo, y tiene que estar en compañía de la familia. Él te dirá cómo está esto y verás que nada grave puede ocurrirme. Como también sobre Méjico, que ya está pacificado completamente y tienen ya presidente nombrado por el pueblo y Cámaras; en fin, todo lo que tiene un pueblo en paz.

Dime si mis tíos y Hortensia recibieron las cartas que les mandé (fueron tres, una para cada uno), pues aún no he recibido contestación de ninguno de ellos. En uno de estos días les enviaré alguna postal.

¿Y qué es de Alejandro? ¿Sigue en Navarra? Pues tú, en una de tus cartas, me decías que Consuelo y Perfecto habían vuelto, pero de él nada me decías.

Como tengo que escribir varias cartas y es poco el tiempo que tengo, doy por terminada esta y veré a ver si puedo, el veinte, enviarte otra.

Con muchos recuerdos para todos y con abrazos a José, y tú recibe muchísimos de tu hermano, que mucho te quiere,

Sixto.

P. D.: Por el portador te mando un pomo de esencia del país.

Habana, 17 de junio de 1917
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Recibí la tuya, siempre tan atenta, tan cariñosa, tan vivificadora. Son tus cartas como la savia de mi espíritu. Ella les da vigor, potencia, energía, para luchar y hacer frente a los embates de la cotidiana vida. Bendito bálsamo, puro, hermoso, fresco y arrogante, cual florida primavera. Eres la luz que me guía. Eres como la esperanza del náufrago que entre la bruma descubre el salvavidas. Eres el tónico del bien decir.

Me hiciste caso. Así, siempre tu «pequeño». Esa palabra me halaga, me orgullosea. Y respecto de los centenes, no me hiciste caso. ¿Te acuerdas cuando por mi amigo Moré te envié aquel cheque? Pues era por eso mismo, porque lo ibas a guardar. No, Florina, no. Está bien, vaya, que guardes uno como recuerdo; pero ¿todos?, no. Empléalos en lo que te haga falta, en vestirtirte en H o B, en lo que necesites, pues yo te los envío precisamente para eso, para ayudarte en algo, y más ahora que la situación en nuestra querida patria se muestra tan gravísima. Yo bien quisiera enviarte todos los meses dinero, pero no puedo, porque no gano lo suficiente. Ahora bien, con la mayor franqueza que cabe en corazón humano te voy hablar, pues no a escribir esto: como lo mío es tuyo, y lo tuyo, mío, ¿verdad?, la situación está empeorando cada día más, te participo con grandísima alegría que hagas uso de lo que tengo yo ahí, ¿comprendes? Es como si dijéramos te pago una mesada, pues yo se lo dije a Serafín si tenía algo en esa para ponerlo a tu disposición. Yo no necesito dinero de esa para mí, aquí fácilmente me las arreglo; así que ¿atenderás mi ruego? Te juro que lo hago sin miras ninguna, que me sale del corazón con toda la vigorosidad de mis veintiún años largos. Si lo haces, me quitarías una pesadilla de encima; no quiero que pases escaseces. Todo ahí está carísimo, se reciben aquí cables que me hacen temblar por ti. Huelgas continuas porque el pueblo está hambriento, rumores de revolución; en fin, que quiero que hagas lo que anteriormente te indiqué. ¿Cumplirás mi ruego? Contéstame que sí, porque lo hago de todo corazón.

Respecto del centén a José, como tú quieras, yo no le envié ninguno a él, porque le mandaba una de las mejores máquinas de afeitar que había en esta

y, como el dinero te lo mandaba para que lo gastaras, me parecía muy poco para ti. Ahora bien, ya sabes que le quiero y que no tengo inconveniente, en otra ocasión que se me presente, enviarle otro a él.

No hables así de tu abuelita, somos muy jóvenes y yo, al menos, y ni por asomo, he pensado en matrimonio. Puedes creermelo que no tengo ni novia. Todas me gustan, pero preferencia no tengo con ninguna, y eso que hay cada criolla de ojos negros que ponen a uno anonadado.

Cuando vaya tío Joaquín por casa, les haces presente mis recuerdos para él y para Isabel. Esta, ¿se casó? Oye, ¿qué sabe de Pepe, Aurora? Nunca me dijiste nada respecto a él. Y, Carmen, ¿qué tal? Supongo que habrá ido por ahí un muy querido amigo mío, Antonio Riera.

¿Cómo te extraña que esté delgado? ¿Fui alguna vez gordo, oh? Verás cómo querrás verme, ¿como Garay, oh? ¡Ja, ja!

Caicoya y Celestino siguen bien, me mandaron recuerdos para ti. Según Pepe, se casa Maruja muy bien.

Voy a terminar aquí, *porque faí munchu calor y non ye bonu romperse la cabeza*. Dale muchos recuerdos a todos, abrazos a José, recuerdos de Serafín y socio, y tú recibe la muestra de cariño de tu hermano,

Sixto.

Aquí ya se acabó completamente la revolución.

55

Habana, 18 de julio de 1917
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Recibí la tuya con gran satisfacción, al propio tiempo que con gran admiración, puesto que estaba basada la tuya en la visita que mi buen amigo te hizo (de quien recibí una postal estos días). No cabe duda, Flora, que no has sabido comprenderlo. Está la carta tuya basada en un pesimismo inconcebible. Todo lo ves negro, como del invierno la borrascosa noche. No divisas una luz. No encuentras más que desolación. La duda te asalta. Sí, porque me quieres mucho. Pero no escribas así, Florina, que acabaré por creermelo un fantasma que navega en el ocaso, sin norte y sin vida.

Dices tantas cosas que verdaderamente me causaron gracia... Bueno, que no faltó más que verme camino de la fosa, ¡ja, ja, ja!, si estoy vivito y coleando, y ¡yey, familia, aquí non pasa ná! Y si no, como se dice por estas doradas tierras, estoy pasaíto de bueno y revolviéndome como cayuco en la arena, y me revuelvo, ¡non digo yo si me revuelvo!, esti asturiano y de Gijón (como les digo yo con orgullo a estas criollitas de tanto negro en los ojos y tanta esbeltez en el talle; ná, que son como palmeras con soles por copa).

Pues bien, vanos al grano. Empiezas por creerme tan flaco como él por jugar al *foot-ball*. ¡Qué engañada estás! ¿Acaso todos somos de la misma naturaleza? Yo nunca estuve gordo, ni lo estoy ahora; pero bastante más que mi amigo, sí. Yo no juego más desde que perdimos el campeonato por culpa de la directiva de nuestro club, de cuya directiva formaba yo parte.

Luego viene la literatura. ¿Pero te has creído que me paso todo el día leyendo? ¡Ay!, pues por lo que leo te has figurado que ni como, ni bebo, ni trabajo. Pues no, no es así. Por las noches, de siete a diez, cuando estoy de guardia, en vez de estar mirando cómo corren las estrellas o cómo cruzan veloces los automóviles, me las paso leyendo no solo a Víctor Hugo, el padre de la literatura francesa, y a otros autores de más baja calaña, antepasados. No, también leo del gran españolista Ricardo León, del popular Armando Palacio Valdés, A. Pérez Lugín, Pérez Galdós, el abuelo de los autores contemporáneos, del gran psicólogo Benavente, etc., y de ilustres autores extranjeros. Mis lecturas son seleccionadas, pues de los pornográficos españoles Felipe Trigo, Zamacois, etc., apenas pasan libros por mis manos. ¿Me das la razón ahora? ¿Ves cómo no existe nada de eso que tú dices? Y respecto de la experiencia, ella se aprende de los libros. Juan Valjean representaba la psicología del hombre de bien perseguido por la adversidad. En cambio, Han de Islandia es el tipo de hombre malo que bebe la sangre por cráneos de muertos. Nazarín, de Galdós, nos enseña a ser corazones nobles. El Leandro de *Los intereses creados* nos hace ver que vale más la verdad que el fingimiento, y también nos pinta al eterno aborrecible Polichinela. Balzac nos hace ver en su magna obra que no existen hombres malos, sino espíritus que navegan al albedrío sin que nadie se tome el trabajo de gobernarlos. El mismo Hugo dice: el presidio es la escuela donde entran hombres de bien para salir criminales. Y, al efecto, pinta casos donde a grandes plumazos nos indica los caminos tortuosos de que debemos separarnos al caminar por el sendero de la vida. Quien piense, cree; y la creencia basada en el hecho produce la experiencia. Los libros son el hecho en que creemos. Si creemos cosas malas, nos encaminaremos al oscurantismo; si

creemos cosas buenas y claras, al punto radiosa luz guiará nuestros pasos. ¿Tengo o no tengo razón?

Otro punto. Tú, estoy convencido no has sabido comprender a Riera. No es que piense enirme a Gijón por estar descontento de Cuba. ¡Quía! ¿Te crees que yo concreto todo mi valor en ir a esa a ganar veinte o treinta duros mensuales? No, Flora, no. Ni estoy aburrido de este país y ni TAMPOCO ENFERMO. Este es un bello país, pero aunque fuera el más rico y poderoso de la tierra no podría olvidar a mi Gijón querido, donde nací y crecí. ¿Comprendes? Es como si dijéramos: quisiera ser rey. Pero sin ponernos tristes por no poder serlo. De Gijón tengo de recuerdo los años que pasaron los más felices de la vida. Si yo fuera rico nunca saldría de esa, ¿comprendes claro? Quien piensa en ir no es decir «voy a ir». Fíjate en eso.

Respecto al servicio, si puedes arreglar algo nunca está demás. Pero sin que te cueste dinero, pues sé de muy buena fuente que acostumbran a sacar el dinero para no arreglar nada. Pero ya sabes que es sin el ánimo de ir para allá. Únicamente a quien tengo que ver es a vosotros, lo demás poco se me importa. Y el día que vaya será para algo extraordinario, ¿entiendes?

He recibido los periódicos que me mandaste, lo cual te agradezco muchísimo. Parece que el espíritu que alentaba a los republicanos españoles volvió a quedarse dormido. No están suficientemente preparados para derrocar el régimen.

Respecto a lo que me dices de los primos, hay un refrán que dice: «Vale más prever que lamentar». Antonio se sentía medio cura cuando era pequeño y, si ahora le infiltran más acíbar, acabará por abrazar la sotana.

No te he hecho el encargo a ti de los libros porque te iba a originar gastos, y no quiero que los realices. Por eso no te los encargué a ti, y, además, que tu no ibas a saberlo hacer bien; y a nuestro amigo Riera le hice el encargo con la condición de que me los cobrara, pues creo ascenderá a cinco o seis pesos, entre uno y otro.

Hoy por la tarde he recibido carta de nuestro muy buen amigo Pedro, socio de Serafín, y me veo en la precisión de alargar esta cuando ya era bastante kilométrica; pero como él me participó que te había mandado una carta, referente a que él tuvo el tifus, y como era algo desconsoladora, con gran satisfacción te escribo hoy nuevamente. He recibido noticias de él donde me dice Pedro que está fuera de cuidado.

Una vez más te afirmo lo bueno que es el socio de Serafín. Sus cartas estaban llenas de ternura y tiene para con él los cuidados más esmerados. Fue

grande mi asombro al participarme que esta terrible enfermedad le había dado a nuestro queridísimo hermano, pero la casualidad hizo que de la tristeza se volviera alegría. Las dos cartas las recibí el mismo día. Una, fechada el día 3, y la otra, el día 10. Conque no te vayas a poner a lloriquear y pensar, pues nada de novedad le ha ocurrido: sigue bien.

Como ya te he cansado bastante con tanta lectura, voy a terminar al instante esta fiel escritura. Con recuerdos de Caicoya, Pedro, de Serafín, que los envía por Pedro; y con abrazo a José y recuerdos a todos los familiares y amigos, se despide de ti, con muchísimos abrazos, tu hermano, que muchísimo te quiere y tu bien anhela,

Sixto.

56

Habana, 19 de agosto de 1917
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Querida hermana:

He recibido tu carta, en la cual leo, con gran pesar mío, que no aceptas el ofrecimiento que de todo corazón me alegré brindarte. No quieres, no sé por qué, pues tus argumentos me parecen cortos para una negativa. ¿Que no necesitas nada? Ya sé que nada me pedirás, aunque lo necesites, porque tú eres así, siempre fuiste así; y ahora temes que yo no pueda ahorrar por a ti mandártelo. Pues no lo creas, acepta lo que te brindé, pídemelo lo que se te ofrezca; yo soy hombre y poseo la energía vital para desarrollarla ante los rudos trabajos del porvenir. Tú eres mujer y como tal posees la debilidad ante los horribles huracanes de la vida. Vosotras arrastráis el temor; nosotros, la valentía. Así que ya sabes qué quiero decir con eso. Que si no necesitas nada, te sobraré; que más vale que sobre que no te falte.

Nuestro querido hermano Serafín ya está completamente bien. Supongo que ya habrás tenido carta de él.

Me entero por los cables que estalló en esa, mi patria, una huelga revolucionaria, que parece ya está fracasada. Yo, aunque amigo de la libertad y de la democracia, no me siento partidario de esos movimientos, que en los actuales momentos será perjudicial para la España gloriosa del 68. Dicen

que han detenido a un hermano de Melquíades, quien volvió otra vez al republicanismo, apartándose de aquella idea que él con su castelarina oratoria sustentaba, es decir, admitir la Monarquía democrática, donde pudieran alcanzar altos puestos lo mismo conservadores que republicanos; pero parece que lo ve imposible y volvió a su primer pensamiento. Dicen además los diarios que en muchas poblaciones eran destruidas las barricadas a cañonazos. Sin contar con el ejército es inútil querer implantar la República y, además, se necesita más unión entre los partidos avanzados. De Gijón no dicen nada los diarios; señal que no hubo nada. ¡Cuánto me alegro!

En Cuba nos tenemos ahora el gran litigio con la ley de inmigración, que tal asemeja quieren suprimirla. Están pagando en el campo a dos pesos y medio, por cortar caña, diarios; y los españoles que aquí hay están marchando para España, despreciando tan buen jornal. Se está portando mal Cuba para con su antigua metrópoli.

El domingo pasado, o sea, el día 12, estuvimos los playos de romería. Es la primera a que voy, y eso por insinuación de varios amigos que se empeñaron en que fuera. Cantamos y bailamos de lo lindo, desde *Santa María* hasta *Les tres perrines* y *La panadera*, *El roble*, *La Pipiona*, etc., etc., todos los últimos cables cantantes asturianos que nos remitieron en un tonel. Ahí te mando una fotografía recortada de la revista *Asturias* y señalo con una redonda dónde estoy. No te mando una fotografía ampliada porque he salido mal. Estaba también el primo de Palmira. Caicoya no fue, porque le tocaba de guardia.

Me llamó poderosamente la atención eso que me dices de Azpiri. Hace como cuatro meses que no recibo carta de él. Hace ya días también me enteré que murió Carrascosa, el segundo de los hijos de aquella familia que vivía en el segundo piso de casa de las Clotas. Tan joven caer, pero...el destino manda.

Dime si Hortensia sabe tocar piano para mandarle unos danzones, que es el baile por excelencia en esta tierra. Uno de estos días pienso escribirle, ya que ella no lo hace, como me decías.

Por fin nuestras primas Consuelo y Perfectina no fueron a Gijón. ¿No podría escribirles a ellas y a los primos? ¿Recibirán las cartas? Si tú crees que sí envías las direcciones, sin que se enteren las tías, pues a mí me huele mal eso de no dejarlas ir en el verano a esa. Y Antonio, tan lejos, has de mandarme la dirección de él. A ver si yo puedo tener correspondencia y poder enterarme si hay algo por medio.

Pepe se portó muy mal con Aurora. Eso es un desagradecimiento que no lo concebía en él. Pero se ven tantas cosas... que no extrañaría eso. Has de darle muchos recuerdos a Juan José y a Rodrigo; estarán hechos unos rapazucos.

Sin más, muchos recuerdos a todos, abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que te quiere infinito y verte alegre y contenta desea,

Sixto.



D. Silverio Blanco, Presidente del Club Gijonés, con varios concurrentes a la jira

Fotografía mencionada en la carta nº 56 donde aparecen los asistentes a una jira del Club Gijonés de La Habana, entre los que se encuentra Sixto Fernández. *Asturias, Revista gráfica semanal*, La Habana, 19 de agosto de 1917.



Cubierta de *Asturias*, *Revista gráfica semanal*, La Habana, 19 de agosto de 1917.

Habana, 19 de septiembre de 1917
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

To llocu de contentu. ¿Por qué, oh? Porque sí. ¡Qué fartón soy! Golosu, golosu, que va dolete la barriga. Tú lo que quiés ye fartucate tú y dejame a mí golando. Espera un cachu, pero primero déjame comelu. Que figúrate, Florina, cuandu enleas estes línees, que toy chifláu, va de seguru. Pos non, Florina, non; toy llambiéndome les dedes toavía.

¡Yes aprovecha, contra! En quantu tienes algún conucimientu de embarque, non sé cómo te les arregles que i les faces cargar con lo que quieras; aunque venga más cargá qui el burru de la lechera. Na, muyer u home, que ye pa'l rapaz míu que ta na Bana. Y la muyer, quieras que non, tien que embutíselo na maleta. Qué coses tienes, dirasme tú. Gracias infinites, y la nuestra tía, mandareiles por Hortensia.

Ya i recomiendo a Rendueles qui i faiga estudiar al nostru primu, ye bono una recomendación pa por si acaso.

Ya el nostru hermanu ta completaminte bonu; ya recibí dos cartes d'él y dizme que tien apetitu y come con ganes. Respectu a ise pa í, ye una bobada, pos Méjicu ye tan sanu como eso.

Colorín, colorao, la revolución se ha acabao; too normalizóse, menus mal.

Alégrame muchu que Azpiri siga mejor. Recibí una cartina d'él estos días, diciéndome que tuvo en Granda y que sigue mejor. Menus mal, algo ye algo, pus bien díceslo tú. Consuelín ta por fin en esa, y llevaron a la monada de María Teresina. Pos créeme que acuérdome muchu della, tan chiquitina.

Caicoya sigue güenu, y Celestino tamién. Tuvo ayer a veme un primu de aquellos muchaches que vivíen en la esquina de casa Benito, que eren varies hermanes, que una de elles ta casaa con Pelayo. Pus vinu a dar una vueltina por aquí, pus vive y trabaya nos Estados Unidos y ta muy contentu; pintábase aquellu de tal manera... Mi alma, dábenme ganes de dir pallá.

Mándote tamién el último escritu míu que mandé al *Diario la Marina*, el mejor pediórícu de la isla. Ta na páxina once, en la columna númeru cinco. Ta encabezaa con *Foot-Ball Association* y va firmáu con mi nome y pseudónimu, como sabes ya, Trebús. ¿Non asústate esti nombre?

Sin delguna cosina más, day recuerdos a toos, abrazos a José y tú recibí monchísimos del asturianu que tantu te quier,

Sixto.

58

Habana, 19 de octubre 1917
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Recibí tu cariñosa carta. Como siempre, con inmenso interés leí sus líneas, complaciéndome mucho que hayas recibido carta de Serafín. Sigue muy bien. Me perdonarás que hoy sea corto en escribirte, pues estos tres días últimos, con hoy inclusive, que son los días que dedico para contestar a la correspondencia, tenemos mucho trabajo.

De lo que me dices respecto a Consuelo, yo creo mejor no escribirle, porque hay cosas que, en cuanto empieza uno a pensarlas, se convierten en pesadillas. ¿Comprendes la frase? Porque si ellas me apreciaban tanto, ¿dónde lo demuestran? No creo que haya razón justificada. Sin embargo, a Antonio sí le escribiré, pues aunque le tenga tanto cariño como a sus hermanos, es muchacho y distanciado se halla, ¿hace tiempo, verdad?, del techo que cobija a sus hermanos. Cuando vayas a verlas les das recuerdos de mi parte y nada más.

Respecto a Hortensia, te diré que ya tengo en casa algunos de los danzones que quiero mandarles, pero como no he tenido tiempo para comprar algunos más te los enviaré certificados para que tú se los entregues.

Mucho me contenta lo que me dices de Juan José y Rodrigo. ¿Sabes siempre qué me acuerdo de Juan José? ¿Qué me asalta a la memoria? El día aquel que por mi culpa se cayó contra un cajón de la cocina y por poco se da en el ojo.

¿Sabes con qué pluma te redacto esta? Con la del difunto Severino (q. e. p. d.).

Recibí carta de Riera. ¡Qué contento parece estar en esa!

Sin más por hoy, dándole muchos recuerdos a todos, con abrazos a José, y tú recibe muchísimos de tu hermano, que infinito te quiere,

Sixto.

Habana, 19 de noviembre de 1917
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Recibí la tuya por la cual veo que seguís buenos todos, de lo que me congratulo mucho. Yo, como siempre, sano y *rollizu*, como un *braku*, con decirte que *poquinín a poquinín va saliendo a la cara el colorín* (parezco un nuevo Serafín de los cuentos). ¿Asustarte? Tontería. Tú me causas, etc. Así cantan en una célebre zarzuela, y así te digo yo. No creas que tengo viento en la cabeza. Lo que decía de Nueva York era cuento, pura fábula, sin aplicación. Si estoy bien aquí, ¿para qué me voy a lanzar a nueva aventura?

Respecto del servicio, me contenta grandemente ser excedente de cupo. Yo voy a escribirle a Rendueles (de quien recibí carta días pasados) sobre este particular.

Oye, ¿sabes que Vadila queda chiquito al lado tuyo? ¿Recuerdas aquellos tiempos? También yo los recuerdo y las palabras que me decías del «día de mañana», cuando me recriminabas por no estudiar. Yo te digo, con la convicción más plena, que los primeros estudios son siempre iguales. Es la preparación del mañana. Cuando leí *La Casa de la Troya*, que trata sobre los estudiantes, afirmé más mi opinión. Aquellos estudiantes que, no teniendo ya que empeñar, vendían los zapatos, que por libros de texto tenían novelas, eran los que más tarde triunfaban en el Foro y en la Cátedra. Ahora, cuando yo cojo un libro, lo saboreo más, me deleita más su lectura que antes. Ayer era un ensayo, hoy es una afirmación. Al leerlos hoy, la savia que dejan los escritores, que, como decía Echegaray, «la sustancia gris» se infiltra más en mi entendimiento, manifestándose las ideas más claras.

Siento que no hayas recibido el periódico *El Diario la Marina*, donde tenía el trabajo mío, mas yo, queriendo que lo leas, te mandaré dos crónicas, dentro de esta carta, que conservo, las dos publicadas en el mismo diario.

Serafín sigue muy bueno y me dijo que no era necesario ir a esa, y que te escribe, y que si no llegan las cartas es por lo mal del servicio de correos.

DIARIO DE LA MARINA

EDICION DE LA MAÑANA

24 PAGINAS

ACUOSO A LA FRANQUICIA E INSCRIPTO COMO CORRESPONDENCIA DE SEGUNDA CLASE EN LA OFICINA DE CENSO DE LA HABANA.

24 PAGINAS

AÑO LXXV.

3 CENTAVOS

HABANA.—Miércoles 1.º de Abril de 1914.—Hacia Venecia, algar y mar.

3 CENTAVOS

NÚMERO 91



Periódico *Diario de la Marina*, La Habana, 1 de abril de 1914.

Sin más por hoy, da muchos recuerdos a los tíos, amigos; abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que nunca te olvida,

Sixto.

60

Habana, 4 de diciembre de 1917
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Sólo me mueve a escribirte esta, porque como llegará a esta hacia el día de Nochebuena, quiero con esto desearte pases unas pascuas muy felices en compañía de nuestro querido hermano José. He recibido la tuya última, a la cual contestaré para el veinte. Perdóname que sea tan corto en escribirte, pues me he enterado ahora de que el Alfonso [XIII] sale hoy para esa, por vía New York, y aproveché esta oportunidad para escribirte, que Dios quiera llegue a tu poder en ese mismo día de los mortales, por si algo puede aliviarte de los pesares (casi salió en verso).

Serafín sigue bien, me dice que te escribió él y el socio, que si no recibes correspondencia es por el mal servicio en correos de la dependencia.

Doy por final esta carta
que con ternura te escribo,
pues quiero que presto parta
para su puntual recibo.
Y repitiendo lo dicho
y sepas que aún existo
(qué *feu* me salió este «bicho»).
Al fin no soy poeta... Sixto.

Habana, 17 de diciembre de 1917
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

¿Yo, triste? No, Florina, no. Mi alma rebosa de salud y, al tener salud, tengo alegría, esta alegría que siempre rebosa los labios de un alma joven y que nunca sufrió desengaños. Es mi manera de escribir. A veces, sin querer, hago cartas algo tristonas, y otras veces veraslas llenas de humorismo. Así que no supongamos que esté triste, y más cuando tengo la suerte de reír diariamente con tantas hermosas criollas, que luciendo sus preciosas gracias vienen a comprar a esta casa. Hay momentos que me creo en el Paraíso, pues como no me amarren la lengua, yo te digo que no dejo una palabra bonita en el diccionario sin largársela. Y es que estas encantadoras criollas son dadas al elogio y a la galantería, gustando mucho de las alabanzas. ¿Dices que si es por Consuelo? A mí no me preocupa lo más mínimo. Hortensia me escribió que habíais ido las dos a verla y que se mostraron en la casa muy indiferentes y que no volvió por allí, y que sus papás no las visitan; así que primas tan desagradecidas y que tan mal se portan no merecen el recuerdo.

Juan José me escribió como tú decías, y respecto a la *Región*, llegó a mi poder. Luis ya me había enviado anteriormente otro trabajo suyo que traía otro número y, por cierto, que me gustó muchísimo. Está despuntando. Yo me vi obligado a reanudar mis crónicas semanales en la *Nación*, pues me llamó el director y se empeñó en que volviera a ocuparme de la sección de *foot-ball*.

Por este mismo correo te envió certificadas las piezas de música que le ofrecí a Hortensia. Ella me dice que todavía no sabe tocar, pero no importa. Es conveniente demostrarles mi agradecimiento hacia ellos y, como no encuentro una cosa más apropiada, lo hago en esa forma.

Aquí también todo está carísimo, y lo peor de todo, que anda escasa la mercancía. Los lunes no se fabrica pan, por andar escasa la harina. Figúrate esos pobres obreros que están cargados de hijos cómo lo pasarán. Nosotros no sentimos las consecuencias, pero la clase baja pasa un hambre tremenda. Los americanos acaparan toda la mercancía para servirla a Europa.

Serafín me escribió diciéndome que te había escrito mandándote un cheque. Cuánto me alegré. Yo estaba triste por no poder enviarte algo ahora, para Pascuas; pero más adelante te lo enviaré.

He sentido una grandísima pena por la muerte de mi querido amigo Azpiri (q. e. p. d.). Él me había escrito en septiembre, diciéndome que ya estaba bien, y mira qué resultó. Me notificó la muerte su sobrino Chito, a quien escribí una sentida carta de pésame.

¿Dónde queda el número 23 donde vives ahora?

Deseándote pases un felicísimo año en compañía de José, y con recuerdos para todos, te envía un fuerte abrazo tu hermano, que te quiere,

Sixto.

62

La Habana, 15 de enero de 1918
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Sin ninguna tuya a que referirme, te envió la presente, deseando sigáis todos buenos; yo, como siempre, disfrutando de buenísima salud y de excelente humor. Supongo habrás pasado felices Pascuas y una buena entrada de Año Nuevo, como aquella última mía en que abundaban *les castañes* y corría la *sidruca*. Yo, como te decía en mi última carta felicitándoos las Pascuas, lo pasé a las mil maravillas, con una opípara cena y un poquito [de] «mareo» de cabeza, que lo pone a uno contento como unas castañuelas. No faltaron en ellas (las Pascuas) las *asturianaes* que con tan ardor me regocijan el alma. Cantóse desde el *Arrea, carreteru* hasta *La Praviana*, soltando algún que otro *gallu*; pero, en fin, cantóse.

Los negocios de mis comisiones marchan viento en popa; y esto, ayudado de mi perseverante condición en el trabajo, hace mi vida feliz.

Sigo escribiendo en el *El Mundo* para cultivar algo este torpe cerebro que tengo, a ver si con emborronar cuartillas se despabila un poco la inteligencia.

Dentro de poco, te enviaré una fotografía para que veas *esti payotu* qué bien le prueba *La Bana*; y, de tanto pensar, verás que se me está cayendo el pelo. Vamos, que de esta dejó chico a Pérez Galdós.

Supongo que todos los familiares seguirán bien y el conflicto de los primos huérfanos se habrá resuelto. De Hortensia y papás no he recibido carta alguna. Les voy a mandar un ultimátum, como se dice en estos calamitosos tiempos guerreros.

Sin más por hoy, dale muchos recuerdos a tíos, primos y demás amistades; recibe recuerdos de Serafín y dáselos a José; y tú, directamente, un abrazo de este hermano que mucho te quiere y verte desea,

Sixto.

63

La Habana, 18 de enero de 1918
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Mucho me contenta que te hayan gustado mis crónicas, pues aquí me conceptúan como uno de los mejores que diserta sobre *foot-ball*. Respecto del juego, he de decirte que, únicamente por compromiso, juego algunos partidos del campeonato que se está celebrando en esta.

Respecto del servicio, le escribí a Rendueles instándole sobre él, dado que estará bien enterado sobre ese particular. Bien os habréis reído al ver tanto *virusu* allí reunido, y ellos tirándolo a chacota con risas y guiños. Yo sigo muy bien y muy contento de este *friucu que nos sopla al focicu, porque fai unu que sei mete por los güesos y encójelos*.

He encontrado un negocio que me conviene más que la casa donde trabajo, y creo ganaré más dinero que el miserable sueldo que tenía, y es ello que voy a trabajar con un representante de fábricas americanas que me da un tanto por ciento por la venta que haga. *Na*, chica, la gloria. Como y duermo fuera. Por las noches estudio inglés y Aranceles. Es un trabajo algo más fuerte, pues hay que caminar mucho al cabo del día, proponiendo los artículos a los comerciantes y almacenistas, pero también hay más margen para ganar más dinero. Figúrate lo contento que estoy. Nunca me creí tan dichoso como ahora, pues la vida de dependiente no es más que para matar el tiempo y estar sujeto a un sueldo; mientras que en lo que trabajo ahora, si mucho vendo, mucho gano. Pero al principio hay que salvar muchas dificul-

tades, mas como estoy preparado para el tratamiento con personas elevadas tengo una gran ventaja ya ganada.

Na, Florina, caí de pies en *La Bana*, pues antes estaba bien y en el trabajo de ahora estoy mejor y, además, sirven para algo mis estudios, pues tengo que hacer cartas y calcular facturas para el extranjero. Ahora vivo en una casa de familia que me atienden divinamente bien y está situada en la calle San Nicolás 109. Tiene esta familia una chiquitina que me quiere mucho, y eso que no llevo más que diez días viviendo; pero, como dice el refrán, «vale más caer en gracia que ser gracioso», y eso me ocurrió a mí.

En la próxima añadiré más detalles. Abrazos para José y tú recibe el cariño de tu hermano,

Sixto.

64

La Habana, 29 de marzo de 1918
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Con grande satisfacción veo que has recibido con contento mi salida del mostrador. Bien dices que no te gustaba, cosa que a mí tampoco me agradaba y solo en él estaba por no encontrar otra cosa; pero, como dice el refrán, «con el tiempo y un ganchito...» Para mí llegó ese tiempo y hoy soy libre, la más grande aspiración del hombre, y amplios horizontes abarca mi trabajo. Viajo con mis artículos por algunas provincias de la isla. Por ahora me va bastante bien, porque hay que tener en cuenta que es una nueva profesión para mí y la vida, hoy, en esta, está carísima.

Lo que me dices respecto del billete, no llegó a mi poder a causa de la censura, que abre todas las cartas. Y tampoco comprendo lo que tú me dices con respecto al décimo. Así que habla con más claridad.

Perdona que esta carta sea corta, pues acabo de enterarme ahora mismo que el Alfonso XIII sale mañana para esa y me puse a escribirte esta a las once de la noche, solo por que sepas que sigo bueno y contento.

Adjunto te envío dos fotografías que me sacó un amigo mío en la habi-

tación en que vivo. Están algo mal, pero por que veas *mi salá fégura* te las envío. Sacó otras varias, pero muy pésimas.

Mucho me ha dolido que el grandilocuente Melquíades haya salido derrotado. Qué vergüenza, vender la conciencia y el porvenir de la patria por unas cuantas pesetas. Vamos de retro.

Conque hubo calor, ¿eh? *Vaya, neña, tuvistis en grande. Fizo aquí esos días un frúu que metíase po los güesos, que tal paecía que en vez de güesos teníamos mantecado.*

Sin más por hoy (mañana será otro día), doy por terminada esta. ¿Sabes en qué estoy pensando?, en que mientras la escribo tú estás durmiendo y no es justo que yo, teniendo sueño, no duerma también; la falta de costumbre.

Muchos recuerdos de Serafín, de Pedro y Caicoya, dándoles muchos recuerdos a todos, y especialmente a José; y tú recibe un fuerte abrazo de tu hermano, que te quiere,

Sixto.

P. D.: En las cartas que me envíes no hables de la guerra, pues hay censura y no llegarán a mi poder.

Vale.

65

La Habana, 13 de junio de 1918
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Mi contento será grande si al recibo de la presente seguís buenos de salud; la mía, admirable, a Dios gracias. Sin ninguna tuya a que referirme te envío la presente para que sepas que Serafín y yo seguimos muy encantados de vivir, con una satisfacción inmensa, pues disfrutamos como siempre de una salud envidiable.

La carta que con gran afán espero debe estar detenida en Correos, debido a la censura; así que deseo con gran afán de leerla para enterarnos de vuestras saludes, pues los diarios de esta capital nos dicen que en esa bendita tierra hay muchísimos casos de gripe, cuya enfermedad, aunque benigna, está adquiriendo los caracteres de epidemia. Aquí también hay algunos casos, pero aislados.

De nuestro querido hermano Serafín, supongo que no recibirías cartas, dado que los correos españoles han suprimido la escala de los puertos mexicanos y solamente la hay entre esta República y aquella, siendo, por tanto, muy dificultoso el envío de correspondencia.

Yo sigo muy contento con mi negocio de comisiones, aunque hoy en día está muy defectuoso el embarque de mercancía de los EE. UU. y también la escasez de la misma; mas, sin embargo, vamos tirando y *tuti li mundi contenti*.

He vuelto a escribir algunas crónicas de fútbol, atendiendo a los ruegos de buenos amigos, en una importante revista de esta capital, que se titula *Heraldo Deportivo*, y te mando una de mis crónicas por la que he sido muy elogiado. También el pasado domingo (día 9) publiqué otra contra los cronistas que se dedican a insultar a los jugadores, pero por no tenerla a mano no te la mando. Figúrate que con esto de que no tienen salida fija los correos no sabe uno cuándo lo va a hacer, y yo acabo de enterarme ahora mismo de que sale mañana, y esta es la causa de que no pueda hacerte más extensiva la carta como deseo.

Yo me mudé de donde vivía, porque aquella buena familia también lo ha hecho, y vivo ahora en la calle Aguacate 124 altos.

Sin más por hoy, muchos recuerdos a todos, abrazos a José y recíbelos tú de Serafín y de tu hermano, que muchísimo te quiere,

Sixto.

66

New York, 24 de junio de 1919
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Mi contento será inmenso, si al recibo de la presente te encuentras buena de salud; la mía, excelente, a Dios gracias.

Pues, como te dije en mi carta anterior, me encuentro en este famoso New York, la mar de contento y satisfecho de haber venido. Figúrate tú que la oportunidad que se me presentó son de estas que escasean, para el día de mañana poder lograr algún beneficio brillante. Para el trabajo mío, o sea el negocio de comisiones, es de importancia principalísima saber inglés, y para

la casa a la cual vengo a trabajar, como tu comprenderás, es necesario el conocimiento del lenguaje, para lo cual en uno de estos días me voy a estudiar a un colegio del interior, cerca de New York, unos tres o cuatro meses, corriendo los gastos de cuenta de la casa. Conque, figúrate, voy viento en popa.

La forma de trabajar es por el estilo de la de La Habana, aunque de más negocio, por ser las ventas en sí en más grande escala.

De New York he de decirte que es una ciudad sencillamente admirable y las americanas, unas mujeres ideales; me gustan bastante más que las cubanas. La libertad que existe aquí para la mujer es increíble; a las doce o a la una de la noche las ves solas por la calle, y no por ello pierden su prestigio. La mujer en este país es muy respetada y eso hace posible que a horas tan altas vaya y concurra a los mismos lugares que van los hombres. Son mujeres que saben guardarse, y eso que salen solas con sus novios y amigos, sin necesidad como en Cuba que había que cargar con madres, abuela, hermanos, amigas, etc. Y luego no las ves con esas caras llenas de afeites y cincuenta mil basuras y esas coqueterías tan estúpidas; estas, son sencillas, desprovistas de esa hipocresía de la mujer que quiere y se esconde por temor al qué dirán.

Estuve en una de las varias playas que tiene New York, y es cuatro o cinco veces la de San Lorenzo. Entré en uno de los diferentes lugares de recreo y me he pasado todo el día en él y no acabé de verlo. Figúrate lo grande que será. ¡Cómo alegran las playas estas americanitas! Ríen, saltan, charlan con gracia, sin mohínes aliñados. En fin, las americanas no son como las pintan. Tienen sal, gracia, alegres y reidoras, cual pudiera serlo una mujer española, ahora que no tienen tanta alma como las nuestras.

Una de las cosas que más me ha llamado la atención en esta ciudad es la organización de los tranvías subterráneos (*subways*). Es una organización prodigiosa. ¡Qué estaciones! Las hay que tienen dos líneas de carros, una encima de otra, a una profundidad que, a veces, llega a cuarenta o sesenta metros. Es un pueblo realmente grande y del que Europa tendrá que aprender mucho.

No quiero cansarte más. Dale muchos recuerdos a los tíos, abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que nunca te olvidará,

Sixto.

Nota: La dirección ponla así en el sobre:

Sres. J. C. González y Co.

Para Sixto Fernández

Broadway 350

New York City

J. C. GONZALEZ & CO.
350 BROADWAY

TELEPHONE FRANKLIN 1021

JESUS GONZALEZ
C. GONZALEZ Y CIA

NEW YORK, 24/6/1919

Srta. Florentina Fernandez.

Gijón

Queridísima hermana,

mi contento será inmenso, si al recibo de la presente te encuentras buena de salud; la mía excelente, a D.G.

Pues como te dije en mi carta anterior, me encuentro en este famoso New-York, la mar de contento y satisfecho de haber venido. Figúrate tu que la oportunidad que se me presentó son de estas que escasean, para el día de mañana, poder lograr algún beneficio brillante; para el trabajo mío, o sea el negocio de comisiones, es de importancia principalísima saber inglés, y para la casa a la cual vengo a trabajar, como tu comprenderas, es necesario el conocimiento del lenguaje, para lo cual en uno de estos días me voy a estudiar a un colegio del interior, cerca de New-York, unos tres o cuatro meses, ^{voy} cubriendo los gastos, por cuenta de la casa. Conque figúrate, ~~así~~ vengo en popa.

La forma de trabajar, es por el estilo de la de la Habana, aunque de más negocio, por ser las ventas en sí en más grande escala.

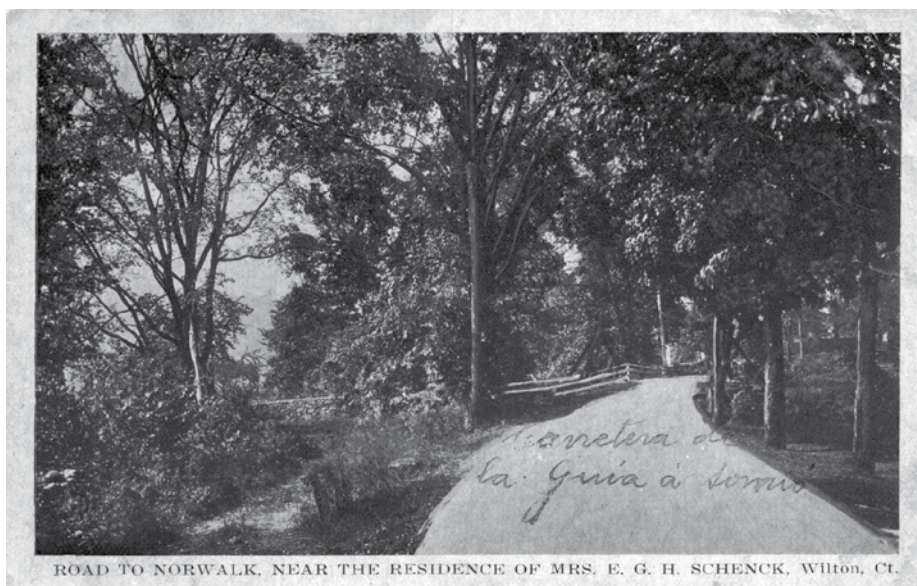
De New-York he de decirte, que es una ciudad sencillamente admirable y las americanas, unas mujeres ideales; me gustan bastante más que las cubanas ~~por~~ la libertad que existe aquí para la mujer es increíble; a las doce o a la una de la noche, las ves solas por la calle, y no por ello pierden su prestigio; la mujer en este país es muy respetada y eso hace posible que a horas tan altas vaya y concurra a los mismos lugares que van los hombres; son mujeres que saben guardarse, y eso que salen solas con sus novios o amigos, sin necesidad, como en Cuba que había que cargar, con madre, abuela, hermanos, amigos, &

Carta enviada por Sixto Fernández a su hermana
Florentina, Nueva York, 24 de junio de 1919.

Wilton, 28 de junio de 1919
 Srta. Florentina Fernández
 Travesía del Comercio, n.º 4, 2º
 Gijón

Aquí te envío una fotografía de esta bonita aldea, que tal parece un rincón asturiano, por su frondosidad y galanura. Muchos abrazos para ti y para José de tu hermano, que mucho te quiere,

Sixto.



Tarjeta postal enviada por Sixto Fernández a su hermana Florentina desde Wilton (Connecticut, Estados Unidos), el 28 de junio de 1919.

Wilton, 18 de agosto de 1919
Miss Florence Fernández
(en inglés)²
Gijón

Queridísima hermana:

Con inmensa alegría recibí tu carta, por la que veo que estás contenta por mi venida a este país, lo que me satisface infinito, pues estaba temiendo que no te pareciera bien.

Con gran satisfacción me entero que José ya está trabajando. Yo muy triste estaba por ello, pues me imaginaba la escasez que pasaríais y lo mucho que tendrías que trabajar. En fin, vale más no pensar en ello.

Compadezco a la pobre Ángeles en su desgracia. Ahora vienen a mi memoria aquellas célebres escenas (qué memoria tengo, ¿verdad?) que tuvisteis cuando Paco dormía en nuestra casa; los celos, el temor de perderlo. Los hombres, Florina, sin querer, bien de disgustos dan. Vosotras, inseparables amigas, más que amigas, hermanas, donde las puertas de una casa eran abiertas igual para una que para otra; que correteasteis juntas por tierras asturianas; que hasta una vez cosechasteis ambas aplausos por las bien modeladas notas que los lirios de vuestras manos entretejían sobre los marfiles del piano; que, en fin, solo por el nacimiento no erais hermanas, rompisteis aquellos duros lazos de cariño de hermandad por los celos de Ángeles; y, ahora, cuando más la pobre necesitaba del hombre, se muere. Compadezcámosla en su desgracia.

¿Qué es de Sara y, no me recuerdo en este momento, ahora me acuerdo, Elia? ¿Se casaron? ¿Y Longinos?

Desde La Habana me han mandado dos cartas, y en una me hablas de un retrato. Este no me lo mandes hasta que esté en New York, que será casi seguro para primeros de octubre, pues necesito estar en la oficina y yo, por tanto, estudio mucho. Nunca he estudiado tanto como ahora; yo pienso que si cuando fui estudiante hubiera sido aplicado, mucho sabría, pues todo lo poco que estudié lo recuerdo perfectamente bien. Fíjate si sabré,

² El paréntesis es de Sixto Fernández García. Miss Florence Fernández es, obviamente, Florentina, a quien aquel hace un guiño traduciendo su nombre al inglés (nota del editor).

que hace unas noches se dio un baile cerca de este pueblo y pegué la saliva con una *rapaza* rubia que tenía unos *güeyinos* azules que, *mialma, parecien dos pedacinos de cielo*; y nos entendíamos muy bien y bailamos todos los vals del programa y un *one-step*. Bueno, *era una neña como pa quitá er sentío*. Ahora que a mí no me lo quitan tan fácilmente. ¡Es tan difícil enamorarse de veras!

He de decirte que estoy convertido en un *llagareru* *faciendo sidra y bebiendo culinos*. Ahora que la sidra de Asturias es mejor que esta, aunque aquí no se vende a perrona la botella, ni mucho menos: 35 o 40 centavos (1,75 o 2 pesetas).

A Serafín le escribiré como tú me mandas, pero no es necesario. Tú sabes que te quiere mucho para parecerle mal lo que tú hagas. Yo participo de tu opinión. Espera al año próximo, para ver cómo estoy yo, pues ahora nada puedo precisar de cómo me desenvolveré; pero en un año perfectamente puedo conocerlo, pues estoy dispuesto a ganar el tiempo que he perdido en La Habana. Es decir, abrirme porvenir, puesto que tú comprenderás que no vine a romperme la cabeza a estudiar este difícilísimo idioma para luego vivir de un sueldo.

¿Sabes, ahora que estoy en este país, de quién me acuerdo? Del pobre Azpiri (q. e. p. d.), que tantas ganas tenía de venir para aquí. Si yo estuviera... Un cariñoso recuerdo guardo para aquel inolvidable amigo.

Sin más por la presente, muchos recuerdos a los tíos (¿cómo sigue el *vieyín*?), tías, primos, primas, amigos, amigas. Abrazos a José y tu recibe muchísimos de tu hermano, que muchísimo te quiere,

Sixto.

P. D.: En tu carta dices que no estás para trabajar mucho, ¿estás enferma? Te pregunto esto porque supongo no creerás que si vas a vivir a Méjico vas a trabajar muchísimo, pues si fuera para esto te quedabas en Gijón. Así que me da qué pensar eso. Dime qué te pasa.

New York, 4 de octubre de 1919
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Sin ninguna tuya a que referirme, te escribo la presente para decirte que estoy de nuevo en New York, después de un hermosísimo «veraneo», en el que he aprendido muchísimo inglés, no a la perfección, pues esto requeriría otros cuatro meses, es decir, una larga práctica de lo que aprendí.

¡Qué verano! Entre sidra, manzanas, *rapaces roxes*, con unos *güeyinos* que *paecien* pedazos de nubes colocados dentro de aquellas frescas y rosadas caras... yo te digo la verdad, francamente: eso de los ojos azules lo tenía como para que media docena de poetas, como Bécquer, inspiraran sus mentes con esa claridad tan a lo divino, pero me he convencido que en cuestión de ojos todas las mujeres los tenéis «traicioneros». Bueno, dejemos esto de los ojos de la cara y hablemos de los «ojos del bolsillo» que en esta edad del *dollar* tanto fascina y envenena con su brillo y retintín.

Pues bien, el mundo es del que anda por él (¿parece filosofía, eh?). Y yo creo que lo cogí por la solapa y le obligué a favorecerme. Esto lo digo (coge una silla y siéntate) porque voy para La Habana a representar a estos señores, por dos o tres meses. Después será probable que pueda abrazar a nuestro hermano en la capital mexicana. El cargo que llevo es un tanto difícil de desempeñar y de grandes responsabilidades, tanto morales como económicas, pero, ¡qué caray!, allá me las haya. O triunfo o fracaso. Son los dos caminos que me esperan en Cubita la Bella. Si triunfo, alcanzaré el ansiado porvenir. Haré plata y tú obtendrás la recompensa que yo tanto anhelo. Me haré una personalidad y si tú no te vas con Serafín, te podré dar muchísimos abrazos. Si no hago negocio, rompo mi carrera y a trabajar de cualquier cosa, como uno de tantos y tantos, pues será señal de que la fortuna no quiere favorecerme. Pero soy optimista y triunfaré. Sin embargo, siento bastante irme tan pronto por la cuestión del inglés, pero pienso en La Habana, en el corto tiempo que esté, estudiar con un profesor particular.

Lo que te pueda decir de estos señores es poco. Todos los gastos los tengo pagos, incluso compré ropa que ellos pagaron, pues yo la necesitaba por ser

muy cara en Cuba. Me marcharé para allá dentro de breves días, pues urge vender unos artículos que ahora es la época de venderlos.

El país me prueba muy bien y comienza a hacer un frío que casi da dentera. Con bastante dolor dejaré este país, pero solo la esperanza de volver pronto me consuela.

Recibí cartas de Serafín y de Pedro, y me dicen que están haciendo buen negocio, dándome ambos muchos recuerdos para ti, y Serafín me dice que no recibe cartas tuyas.

Sin más por hoy, dale recuerdos a los tíos, abrazos a José, y tu recibe muchísimos de tu hermano, que mucho te quiere,

Sixto.

Nota: Después de que recibas esta no me envíes más cartas aquí; ya cuando esté en La Habana te mandaré la dirección.

70

La Habana, 13 de enero de 1920
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Recibí tu carta por la que veo que todos seguís perfectísimamente bien; yo, como siempre. Perdóname, ante todo, el no haberte enviado la felicitación de Pascuas, pero bien comprenderás que si no lo hice fue debido a la falta de tiempo, pues el trabajo que tengo es abrumador y no tengo punto de reposo. Pero estoy satisfecho con él porque veo recompensado mi trabajo, dado que hasta la fecha llevo vendidos cerca de 400.000 pesos (dos millones de pesetas); así que el esfuerzo que hago lo realizo con gusto, pues pocos viajeros han vendido lo que vendí yo en tan corto tiempo. Pero vaya la presente como testimonio de mi saludo entusiasta en el presente año.

Con gran satisfacción he leído tu carta, casi un compendio de mis anteriores. En lo que me dices del viaje por tren, es debido a que no había pasaje por mar y tuve que hacerlo por el tren que sale de New York y llega a Key West, que está al sur de los Estados Unidos, y desde donde se toma un vaporcito y en siete horas se llega a La Habana. El viaje es muy incómodo, pues son cincuenta y seis horas de tren y no se para en casi ningún lado. Fi-

gúrate qué pena ver a Washington desde el tren sin tener una hora siquiera para visitar la hermosa capital yanqui.

Siento haber metido la pata en lo de Pepa. Yo nunca creí que fuera hermana de tía, pero, como vi el sobre negro, supuse que lo era.

No acabo de comprender lo de la pollita que acompaña tu retrato, pues supongo que el luto no impide para retratarse. En fin, que sea como sea, tengo ganas de recibir tu retrato, aunque en vez de pollita le dé escolta un pollón con patas de gallo.

El sobrino del inolvidable Azpiri (q. e. p. d.) lo vi desde el día que desembarcó y está bien colocado en la carpeta de una casa de comercio.

Mucho me contenta que Xuanín vaya todos los domingos a esa casa; pero, dime, ¿supieron algo de Pepe? Y el negocio de la fonda, ¿les va bien? ¿Y el príncipe Rodrigo?

Yo, será probable que el mes próximo vuelva para New York, y lo siento bastante, porque tenía deseos de ir a México, pero la gran escasez de mercancía hizo a la casa desistir del viaje. Si me voy, ya te avisaré para que mandes las cartas a la oficina de New York.

De Serafín y de Pedro he tenido cartas y me dicen que siguen buenos.

No quiero cansarte más, dale muchos recuerdos a tíos y primos, abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que muchísimo te quiere y verte desea,

Sixto.

71

La Habana, 10 de marzo de 1920
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Recibí tu carta y también lo que Serafín te escribió con respecto a que ya tenía una casa amueblada, cosa que yo ignoraba, y me he fijado también en tus escrúpulos para lanzarte de hecho a irte con él. Yo a todo esto no te contesto, pues creo sabrás ya su grandísima suertaza al sacarse el premio gordo en una lotería especial que se celebró en aquella capital. Los datos que tengo de tan buenísima noticia no son más que los que dice un periódico

que me envió con fecha día 6 de febrero y que yo recibí el día 6 de marzo. En el periódico decía que entre él, Pedro y otro señor más se había sacado un premio de 500.000 (QUINIENTOS MIL DUROS MEXICANOS). Bueno, cuando esto leí, por poquito me da un síncope, porque, la verdad, no es para menos que, de la noche a la mañana, se vea uno rico.

Ni Serafín ni su socio Pedro me han escrito nada. Yo creo que fue tan grande la emoción que recibieron, que les deben faltar las fuerzas para escribir, pues debían comprender que asunto tan importantísimo me interesaba muchísimo por venir quizás a variar el curso de los acontecimientos o esperanzas futuras. La cantidad fijamente no la sé hasta recibir carta de ellos, puesto que lo mismo Serafín pudiera haberse sacado ciencuenta o veinte o cien mil pesos. Bueno, a veces, me pongo a pensar cuánto sería y te garantizo que con mis cavilaciones usureras dejo a los otros sin blanca. Ahora bien, si esta noticia es nueva para ti, es bueno que después de leer la carta te tomes un poquito de tila o algo que se le parezca. Por esta razón es por lo que yo nada te contesto a los proyectos de Serafín y a tus argumentos.

Yo sigo bueno, gracias a Alá y al señor Mahoma y demás profetas, disfrutando como siempre de buen humor y de felices tiempos, no tan buenos como los pasaría en tu compañía. El negocio marcha muy bien y me embarcaré probablemente a primeros del entrante.

Los carnavales, algo aburridos, y el tiempo, bastante frío.

Dale muchos recuerdos a tíos, primos, amigos; abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que muchísimo te quiere,

Sixto.

72

Miss Florentina Fernández
Travesía del Comercio, n.º 4
Gijón
España

Pidiéndote perdones mi tardanza en escribirte la presente, te envío muchos abrazos para ti y para José. Tu hermano, que no te olvida,

Sixto.

P. D.: No temas por lo de México, recibí carta de Serafín y está bueno.

New York, 11 de mayo de 1920
 Srta. Florentina Fernández
 Gijón

Queridísima hermana:

Después de un viaje felicísimo, me encuentro en este New York de las grandes casonas. El viaje fue de lo más divertido, pues ni una triste ola, como te dije en la carta que te escribí desde a bordo, mecía el buque.

Por lo que pasa en Méjico no te asustes, pues yo he tenido carta de Serafín y de su socio y me dicen que la nueva revolución no afecta a sus intereses, dado que están acostumbrados a estas revueltas y, por lo que se lee en los periódicos, los revolucionarios apenas celebran combates, debido a que todas las fuerzas adictas a Carranza desertan para unirse a las filas enemigas. Se dice también hoy en los periódicos que Carranza fue hecho prisionero por los revolucionarios y, si esto es verdad, la revolución durará poco.

Respecto a mí, te diré que sigo muy bueno y comenzando, con el *friucu* de este clima, a echar colorines en la cara.

Perdóname que no sea más extenso en escribirte, pero el gran trabajo que tengo me impide ser extenso, hasta tal extremo que los buenos amigos que dejé en La Habana, y a quienes di palabra de escribirles, no les podré escribir.

Dale muchos recuerdos a todos, abrazos a José y tu [hermano] que muchísimo te quiere y salud te desea,

Sixto.

Dirección:

Sixto Fernández
 González Bros. & Co.
 350 Broadway St.
 New York

74

Srta. Florentina Fernández
Covadonga, 69, 2º
Gijón Asturias
España

Salud y prosperidad te desea tu hermano, que muchísimo te quiere,
Sixto.

75

Srta. Florentina Fernández García
Gijón
Habana, 21/1920

Muchas felicidades te deseo en el próximo día de tu santo y que los «bartolos» te aprovechen mientras yo me chupe el dedo. Tu hermano, que nunca te olvida ni se olvida de las buenas mantecadas,
Sixto.

Para indigestiones, pídanse referencias en casa la Casilda, Sabina, Rato, etc.

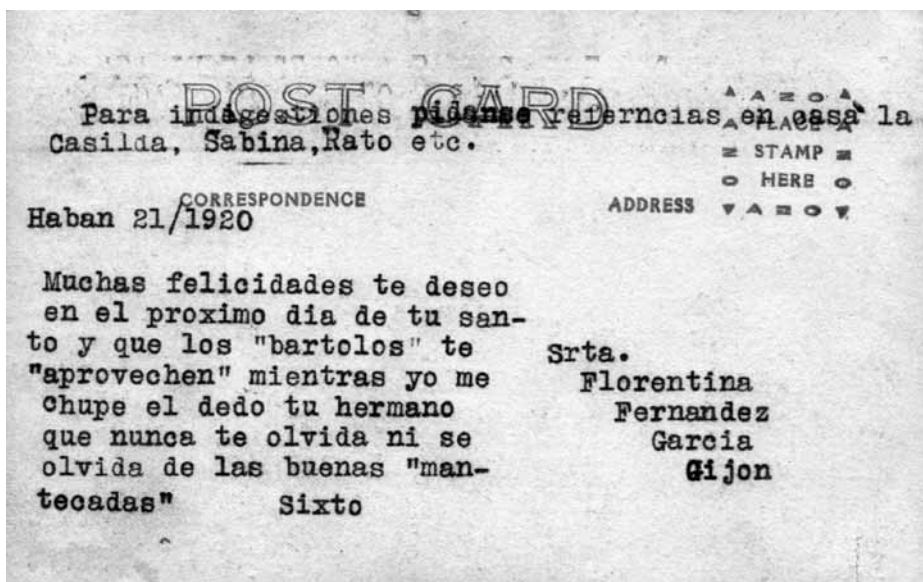
76

México, 14 de marzo de 1921
Srta. Florentina Fernández García
Gijón

Queridísima hermana:

Sin ninguna tuya a que referirme, te escribo la presente hoy, día de tu santo, para que veas que siempre me estoy acordando de ti y deseando con alegría el verte.

Yo sigo encantado de esta bonitísima ciudad de los palacios. Diversiones donde regocijar el alma nunca faltan. Casi todos los domingos se celebran



Tarjeta postal enviada por Sixto Fernández a su hermana Florentina en la que se ve el «Palacio Centro Gallego», La Habana, 1920.

fiestas en clubes españoles donde se les rinden cultos a la gran diosa Terpsícore, resultando unos bailes sumamente agradables, puesto que a ellos concurren muy buenas familias. Como es natural, no pierdo una de estas fiestecitas, donde se solaza el alma entre los vaivenes de un vals o el ruido chabacanesco de un *fox-trot*.

Carnaval en esta tierra no hay. Por el paseo de Chapultepec, que para mí es el más bonito del mundo, no hay ni un simple desfile de carruajes adornados. Los que en el alma llevan encerrado el anhelo suspirante de un Pierrot, o la figura burlona de un desbancador Arlequín, o esas muchachitas ingenuas, esas niñas que sueñan con los amores de antaño, que en sus noches han visto cruzar trovadores y juglares, que allá en esas noches de luna sus fantasías volaban tan lejos que, conducidas en alas de la ilusión, se veían en el fondo de transparente lago, su cabellera empolvada, sus rizos, como alegre cascada, caer sobre sus niveos cuellos, con sus plisados trajes tan ceñidos a la cintura que casi se podrían abarcar con la palma de la mano, no pudieron darle soltura a sus caprichos e ilusiones y tuvieron que conformarse con seguir viendo en álbumes y revistas las mujeres de Watteau o las chisperas y majas de los famosos tiempos de Goya y Pepe-Hillo. Sin embargo, algunas sociedades españolas dieron algunos bailes de Carnaval y podían verse algunos bonitos disfraces, abundando las airosas mantillas, entre cuyas ondas, que graciosamente caían sobre aquellas caras bonitas, algunos se les figuraba ver un tempestuoso mar entre cuyas aguas muchos quisieran ser náufragos.

Yo, muy contento con Serafín, por su buen comportamiento. Él no sabe todavía cuando irá para esa, pues hay muchos asuntos que resolver y no pueden dejarse; sin embargo, yo creo que para mayo pasará el charco.

Sin más por la presente, y con recuerdos de Serafín para todos, dales recuerdos a los tíos, primos, primas; abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que mucho te quiere y verte desea,

Sixto.

México, 8 de abril de 1921
 Srta. Florentina Fernández García
 Gijón

Queridísima hermana:

Recibí tu carta, por la que veo que todos seguís buenos de salud, lo que me alegra infinito. No deja de causarme extrañeza el que la tía Consuelo frecuente ahora tu casa. Son, como dicen en no sé qué obra, maravillosas las mujeres. Cuando os estáis tirando del moño, cuando amigas entrañables. Dices bien, quizás la procesión ande por dentro. Pero del mal el menos. La cordialidad en la familia es un buen síntoma de que por ambas partes existe el deseo de las buenas relaciones a la enemistad odiosa.

Según me dices, el carnaval este año estuvo aburridísimo. Carnaval de pobres, que podría llamarse. Pues en esta no se celebra, como te dije en mi anterior, pero tendremos batallas de flores, ya que este país es, como si dijéramos, una provincia valenciana. Se dan cantidades enormes de flores todo el año, así que espero que este espectáculo, que veré por primera vez en mi vida, dejará una grata impresión en el alma.

Lo que pusiste en la carta del amigo nuestro, se lo enseñé a la «persona interesada» y le hizo mucha gracia vuestras divagaciones sobre su «caricatura».

Serafín se irá para esa a últimos de mayo o primeros de junio, pues ya estamos acabando con las cuestiones principales que le han hecho demorar el viaje.

Yo te enviaré un buen presente, que espero sea de tu agrado; pero no sé si también mandarle a las primas, pues, como todos habíais hecho las paces, resultará que si les mando a unas y si no le mando a otras, podrían disgustarse; así que espero tú me indiques algo al respecto a esto, no vaya a ser que meta la pata, cosa que lamentaría. Yo le mandaré un regalito a Hortensia, ya que es muy buena para contigo, pero si después vienen las habladurías y los chismecitos, me dolería bastante, por eso espero que tú me des una respuesta categórica sobre esto.

De aquí, nada de particular. La salud, inquebrantable, y el negocio, como la célebre poesía de Espronceda: viento en popa a toda vela. Del país, cada

día más encantado. Es mucho mejor que Cuba en todos los sentidos. Días pasados fui a Xochimilco, una ciudad que está a dos horas de tranvía, ciudad que está compuesta en casi su totalidad de canales, conservando el matiz de los tiempos de los conquistadores. Los indios gobiernan las extravagantes lanchas hundiendo unos enormes palos, y todas las lanchas van adornadas de flores, y las diferentes islitas que forman los canales son verdaderos campos de amapolas, claveles, rosales, etc.

Con abrazos de Serafín para vosotros, recíbelos tú y José; recuerdos de los dos para las primas. Sabes te quiero muchísimo y verte deseo,

Sixto.

78

México, 13 de marzo de 1926
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

No puedes imaginarte tú el trabajo que me cuesta el escribirte la presente. Bien quisiera que el inmenso dolor que esta te va ocasionar no te lo hiciera, pues sé que te va hacer un daño horrible esta carta, pero es imposible que guarde más tiempo silencio; lo sabrías por otro lado y quizás tu pena fuera mayor al ver que yo nada te decía y, sin embargo, otras personas lo supieran.

Desgraciadamente, nuestro querido hermano Serafín ha fallecido. Ya sus despojos duermen el sueño eterno bajo esta tierra mexicana a quien él tanto quería. Él falleció el día diez de febrero, como verás por la esquila que te envió, por bronco-neumonía. Fue una enfermedad rápida, pues no duró más que cinco días en cama, debido más que todo por su debilidad por el alcohol.

Fue una sorpresa para mí mismo y para todos, que le veíamos tan fuerte y grueso, que se nos fuera tan rápidamente. Todos esperábamos que pudiera resistir la cruel enfermedad y el mismo médico que lo atendía, después de haberle puesto una fuerte inyección contra dicha enfermedad, tenía alguna esperanza de salvarlo, pero cuando parecía mejorarse le vino el delirio y no pudo resistir su organismo.

No quiero extenderme en consideraciones ni darte una relación de su vida, ni de sus últimos momentos, por no amargarte más, pues sé lo sen-

sitiva y lo buena que eres para no comprender que una apología de aquellos instantes anegaría más tus ojos y yo quiero que pienses que, aunque él nos abandonó, quedo yo para quererte y adorarte, como sabes bien que te quiero. Piensa en mí y tus sufrimientos se amortiguarán, pues el llanto y el dolor que sacude nuestros espíritus nada podrán resolver ante la fatalidad. La conformidad ante el dolor, la plegaria por su eterno descanso, debe ser la norma de nuestros corazones.

Cuando ya tu dolor intenso haya pasado, te escribiré con más detalles. Hoy no lo hago por las razones que tú has de comprender. Es horrible la fatalidad, pues cuando a tu poder llegó el bolsillo que te envié por el amigo Galguera, a los pocos días Serafín expiraba. Perdóname que no me extienda en consideraciones, pues ante el recuerdo siento que estrujan mi corazón.

Adjunto te envío un *check* por quinientas pesetas para que os compréis ropa negra y para que hagas lo que te voy a indicar. Vas a Muros de Pravia y con el cura párroco, o la persona que allí te indiquen, pides copia de lo siguiente:

El acta de matrimonio de nuestros padres.

La partida de nacimiento de Serafín.

En Gijón: El acta de nacimiento mía.

Estos documentos los llevas a legalizar al consulado mexicano de Gijón y me los mandas certificados, pues son indispensables para la testamentaría.

En la próxima te diré cómo fue el testamento, no haciéndolo ahora porque no tengo copia y quiero hacerlo con la copia correspondiente. Ruégote encarecidamente tengas calma para el dolor, pues acuérdate que si él se fue, quedo yo [...] ti.

Dale muchos abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que hoy te quiere más que nunca y espera verte pronto,

Sixto.

México, 14 de abril de 1926
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Recibí tu carta de cuyo contenido desgraciadamente ya había sucedido. Con la presente te envío un *check* de trescientas pesetas para que atiendas a tus necesidades, cantidad que te enviaré con toda regularidad mensualmente.

Dispénsame que sea corto en escribirte, pero has de comprender que el mismo dolor que me embarga me impide el ser largo para comunicarte noticias que, según me dijo Pedro, ya te las había comunicado, y como es para mí muy penoso volver a recordarte lo sucedido, prefiero más guardar silencio a fin de no atormentarte ni atormentarme.

Para la próxima, te enviaré unas fotografías de la tumba donde descansa nuestro hermano, al cual pienso hacerle un mausoleo para el mes de octubre, cuando hayan pasado las aguas.

Sin más por la presente, y con abrazos a José, recíbelos tú de vuestro hermano, que os quiere muchísimo,

Sixto.

México, 26 de abril de 1927
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Soy un ingrato, lo reconozco. Siendo tú lo que más quiero en este mundo, no me porto como debiera portarme. Yo que solo pienso en ti, que deseo que seas feliz, contribuyo inconscientemente a no hacer tu vida lo más agradable posible. Cuántas veces, en el transcurso de los meses que he dejado de escribirte, lo quise hacer. Cuántas veces, pensando en poder sacar un giro con que cubrir parte de tus necesidades, he dejado hacer lo uno y lo otro

por causas completamente ajenas a mis deseos. Pensé tantísimas veces en el dolor que te estaba ocasionando mi silencio, que yo mismo me sentía ruin y cobarde. Pero, desde noviembre que te envié la última carta, pasaron tantas cosas que ese silencio mío tenía su explicación.

La muerte de nuestro hermano (q. e. p. d.) abatió mi espíritu de tal grado, que perdí el control de mí mismo. Yo te lo oculté por no causarte a ti una pena más. Cuando él murió, dejó pendiente en la casa unas cuantas deudas atrasadas, cuentas vencidas y que había que saldar. Los primeros meses pude saldar algunas de ellas porque la situación económica por que atravesaba el país era bastante bonancible. Pero, después, empeoró a tan grado que las ventas aflojaron grandemente y perdí los estribos, hasta el grado de dar un viaje a La Habana para quitarme tanta preocupación como amargaba mi alma. Este viaje, naturalmente, aumentó mis débitos, pero en cambio afianzó mi cerebro, tonificándolo grandemente con aquella ausencia, que me fue muy beneficiosa.

La situación seguía tan mala que las ventas no compensaban los esfuerzos que hacía y tuve que recurrir a toda clase de economías para salvar mi crédito comercial. En esta economía, desgraciadamente, tuve que meterte a ti, porque era imprescindible que yo hiciera los mayores esfuerzos posibles para sacar adelante mi negocio. Separé a los dependientes y me quedé yo solo trabajando, a fin de recuperar lo perdido. En estas condiciones, ¿cómo iba a escribirte sin mandarte un giro?, ya que comprendía perfectamente que tus necesidades eran bastantes y yo me había comprometido a solventarlas. Y esperando que el mes próximo se mejorara un poco la situación, lo fui dejando hasta que, por vergüenza que me daba, no te escribía. Y pasaron los meses con la velocidad que le imprime el deseo que tienen de torturarnos, hasta que llegó tu carta certificada y la que le enviaste a Pedro, y comprendí que no era bueno contigo.

La situación en esta sigue peor cada día, pero yo, gracias a los esfuerzos hechos, no debo nada a nadie. Las ventas, bien es verdad que no nivelan los gastos de mi negocio, pero no paso apuros, ni tengo que ocultarme para no decir que vengan otro día. Hoy estoy a flote y eso me ha devuelto el ánimo. Precisamente en los días que recibí tu última carta, tenía yo en caja más de \$ 1.000, y, cuando leí tu carta, un hondo dolor me entró al ver aquella cantidad que a ti tanto bien te hubiera hecho, pero que no podía disponer de ella porque era para saldar las últimas cuentas que tenía pendientes y, para mayor ironía, era para mandar a Barcelona a dos casas con las que tengo negocios.

Otra de las causas, tanto en el atraso de mis cuentas como en el envío de dinero para ti, es la moneda. Las ventas las hacemos todas a base de plata

y, en cambio, los giros y pagos los verificamos en oro. La plata ha llegado a tener un veinte por ciento de descuentos sobre oro y hoy mismo tiene un once por ciento de demérito. La maravillosa obra reconstructiva que Primo de Rivera está siguiendo en España ha hecho que la moneda española esté carísima y resulta que las trescientas pesetas que antes te mandaba me costaban \$ 80,00 hoy me costarían \$ 150,00.

Como la situación de México no es bonancible, y siguiendo los consejos de Pedro, acordé con él que todos los primeros de mes venga a mi casa por \$ 100,00 oro para que por esa cantidad saque pesetas y te las envíe para, así, ser más exacto en el envío de dinero.

Ya ves, hermana querida, la causa de mi silencio. No tengo, ni tuve, ni tendré jamás ningún resentimiento por lo que me digas o dejes de decirme. Si tú eres la persona que más me quiere en el mundo, ¿cómo voy a enojarme por si me escribiste diciendo tal o cual cosa? Para mí ya sabes que eres una segunda madre y, por tanto, todo lo que me digas lo leo con el mismo cariño, sin importarme sean reconvenciones o lo que sea. Son tus cartas la expresión de tu cariño y eso es suficiente para aceptar todo lo que en ellas esté escrito.

Yo, ahora, soy el secretario del Centro Asturiano, cargo que me da bastante trabajo, pero que distrae grandemente mi cerebro, porque le quita preocupaciones mercantiles. Precisamente por este mismo correo le envío una carta al Comité de la Feria de Muestras de Gijón sobre dicha feria.

Sin más por la presente, con abrazos a José, sabes te quiere con cariño infinito tu hermano,

Sixto.

81

México, 27 de junio de 1932
Srta. Florentina Fernández
Gijón

Queridísima hermana:

Con gran satisfacción te escribo la presente para manifestarte que, cumpliendo con mi promesa, hace unos días te envié el poder para que puedas disponer de todos los bienes que tengo en esa. No te había escrito antes por no haber podido arreglarlo antes.



SOMBRERERIA

SIXTO FERNANDEZ GARCIA

AV. PINO SUAREZ No. 7

APARTADO POSTAL 7679

TEL ERIC 2-85-91

MEXICO, D. F.

México 27 de Junio de 1932

Srta. Florentina Fernandez
Gijón

Queridísima hermana;

Con gran satisfacción te escribo la presente para manifestarte que cumpliendo con mi promesa, hace unos días que te envíe el poder para que puedas disponer de todos los bienes que tengo en esa; no te había escrito antes por no haber podido arreglarlo antes.

Mis negocios, aunque no van bien tampoco van mal; me voy defendiendo con dificultades, pues has de comprender que la gran crisis que azota al mundo entero por lógica tiene también que repercutir en este país; pero mi temperamento hace que no desmaye en deshacer esta situación mía que por mala cabeza me he creado; pero gracias a Dios ya esta entrando la formalidad en mí; hasta tal punto que soy una de las figuras que más se destaca entre los españoles que radican en esta capital; figuro en las directivas de las más importantes sociedades españolas y mis conceptos e ideas de los diferentes temas que se suscitan son de las más apreciadas, debido a que yo, aunque lleve una vida un poco bohemia procure cultivarme y eso me ha servido para no ser uno del montón. También soy el Secretario de un grupo cultural que denominados Jovellanos, y damos conferencias mensualmente y yo en todas ellas tengo que pronunciar pequeños discursitos ~~antes~~ ante selectos auditores y hasta ahora he tenido éxito; probablemente de yo una conferencia que para mí no sería una novedad, ya que hace tiempo di una sobre el Amor te sorprenderan estas cosas ya que nunca te mando artículos que escribo en periódicos y revistas. Na neña que toy fechu un Castelar.

Me decías en tu carta anterior que Ignacio se había establecido y desearía que me contaras como le va. En la cuestión política ni te pregunto porque al hablarte de la República eres capaz de persignarte como ante el recuerdo de un espíritu malo.

De salud estoy que parezco un ~~ch~~aval de veinte años; un poco menos de pelo pero nada más; todos me echan veinticinco a treinta años y no saben que soy más vieyu que Matusalen. Pero en fin de eso vivimos de engañarnos hasta a nosotros mismos.

Lo que cada día que pasa, me entra más ganas de irme a España; es una obsesión que no me abandona; te juro que en cuanto me saque la lotería me voy a Xixon, me caso con una de esos neñes gan resalaes y a vejeter.

Dispensame que no sea más largo en escribirte pero desde ahora me comprometo a contestar todas tus cartas aunque sean estilo telegrafico.

Ahora que se vaya Benjamin, el esposo de la hija de Rato, tendré el gusto de enviarte algun obsequio.

Sin más por la presente con recuerdos a todos, abrazos a José y

Carta enviada por Sixto Fernández a su hermana Florentina, cuyo encabezamiento es la sombrerería de su propiedad. México, D.F., 27 de junio de 1932.

Mis negocios, aunque no van bien, tampoco van mal. Me voy defendiendo con dificultades, pues has de comprender que la gran crisis que azota al mundo entero, por lógica, tiene también que repercutir en este país. Pero mi temperamento hace que no desmaye en deshacer esta situación mía que, por mala cabeza, me he creado. Pero, gracias a Dios, ya está entrando la formalidad en mí; hasta tal punto que soy una de las figuras que más se destaca entre los españoles que radican en esta capital. Figuro en las directivas de las más importantes sociedades españolas y mis conceptos e ideas de los diferentes temas que se suscitan son de las más apreciadas, debido a que yo, aunque lleve una vida un poco bohemia, procuré cultivarme, y eso me ha servido para no ser uno del montón. También soy el Secretario de un grupo cultural que denominamos Jovellanos y damos conferencias mensualmente y yo, en todas ellas, tengo que pronunciar pequeños discursitos ante selectos auditorios y, hasta ahora, he tenido éxito. Probablemente dé yo una conferencia, que para mí no sería novedad, ya que hace tiempo di una sobre el Amor. Te sorprenderán estas cosas, ya que nunca te mando artículos que escribo en periódicos y revistas. *Na, neña, que toy fechu un Castelar.*

Me decías en tu carta anterior que Ignacio se había establecido y desearía que me contaras cómo le va. En la cuestión política ni te pregunto, porque al hablarte de la República eres capaz de persignarte como ante el recuerdo de un espíritu malo.

De salud, estoy que parezco un chaval de veinte años. Un poco menos de pelo, pero nada más. Todos me echan de veinticinco a treinta años y no saben que soy más *vieyu* que Matusalén. Pero, en fin, de eso vivimos, de engañarnos hasta a nosotros mismos.

Lo que cada día que pasa me entran más ganas de irme a España. Es una obsesión que no me abandona. Te juro que en cuanto saque la lotería me voy a Xixón, me caso con una de *eses neñes tan resalaes* y a vegetar.

Dispénsame que no sea más largo en escribirte, pero desde ahora me comprometo a contestar todas tus cartas, aunque sean estilo telegráfico.

Ahora que se vaya Benjamín, el esposo de la hija de Rato, tendré el gusto de enviarte algún obsequio.

Sin más por la presente, con recuerdos a todos, abrazos a José y tú recibe muchísimos de tu hermano, que sigue queriéndote como en su adolescencia,
Sixto.

ÍNDICE

<i>La vida legendaria de Sixto Fernández García,</i> por Alfonso López Alfonso	7
Nota a la edición.	17
CARTAS	19

Como la mayoría de los emigrantes que dejaron Asturias entre mediados del siglo XIX y 1936, Sixto Fernández fue a La Habana, con la vida por delante, a comerse el mundo. Cuando en febrero de 1913, con apenas 17 años, sale del puerto de Gijón, la pena por la partida se atenúa fijando la vista en un horizonte de esplendor. «No seré uno de tantos», le escribió a su adorada hermana Florentina, y desde luego, aunque seguramente no en el sentido que a él le hubiera gustado, hay mucho de cierto en esa afirmación. Las cartas, que con inusual fervor le escribió a su hermana, lo muestran en muchos sentidos como el arquetipo de emigrante: la búsqueda de un futuro mejor, la preocupación por la salud, la familia, el trabajo, el amor y otros asuntos de parecida importancia afloran de su puño para convertirse en letra que fija iguales hazañas, o muy parecidas, a las de otros en su misma situación. Y sin embargo, el lector actual apreciará también en estas cartas lo que separa a este emigrante de todos los demás.

Las anécdotas que jalonan la novela que fue la vida de este hombre único, con su irrepetible trayectoria —vivió y trabajó en La Habana, pero también en Nueva York y México D.F.—, su particular manera de entender el mundo y sus sueños, dotan a sus cartas de un peculiar estilo en el que la jovialidad le da la mano a la melancolía y las dulces palabras sirven para aderezar las asperezas de la realidad. Como todos los hombres, Sixto Fernández fue un libro abierto y un profundo enigma. Todo lo que sabemos de él lo escribió él mismo y está en este libro.

ISBN 978-84-96906-37-2



9

788496906372